

N O S O T R O S

LOS "INTELECTUALES" Y LA REALIDAD SOCIAL

Carta al Dr. Ricardo A. Paz

Mientras los filósofos discuten, el hombre y el amor conducen al mundo.

SCHILLER.

La existencia es, en su realidad esencial, un espectáculo para contemplar y no un problema que resolver.

J. DE GAULTIER.

Sólo el día en que los pensamientos pasen no habrá ya creyentes. Para el que piensa, el pensamiento es "una labor sublime, una actividad sagrada", y reposa sobre una fe sólida, la fe en la verdad.

MAX STIRNER.

Si algún literato digera que su oficio no es el más ridículo de los oficios, el más peligroso de los oficios, envíadme a ese pobre hombre.

VOLTAIRE.

Querido Ricardo:

Hace algunos años — estoy casi seguro que no has de acordarte, por su nimiedad, de los hechos a que me refiero, — publiqué en una revista estudiantil, titulada *Insurrexit*, un breve artículo tendiente a justificar con algunas razones la desconfianza que el comunismo manifestaba respecto de los "intelectuales" adheridos a los partidos obreros. Leíste mi artículo y sus razones te parecieron inconsistentes y falsas, sosteniendo por tu parte que son las *ideas* las que llevan al mundo y son los "*intelectua-*

les" quienes han hecho todas las revoluciones sociales y políticas. Discutimos un poco, pero tu opinión era incommovible. Desde entonces no abandoné el problema, y emulado por lo irreductible de tu crítica, fui poco a poco reuniendo sobre esta cuestión, al azar de mis lecturas, reflexiones y notas que me confirmaron cada vez más en mi primer punto de vista.

Y ahora, hacia el mismo tiempo, durante los mismos días seguramente en que tú te entretenías por Charing Cross Road y sus alrededores, yo me recreaba con la lectura de tus interesantes alegatos jurídicos sobre la libertad de pensamiento; alegatos que volví a leer con doble interés, primero por sus méritos jurídicos y literarios, y luego por que su lectura me acercaba más al amigo ausente; sorprendiéndome esta vez sobremanera, las apreciaciones que van de la pág. 69 a la 80, en las que tratas de demostrar que la prensa ha sido en todo tiempo impotente para crear ningún movimiento social (1). ¿El contenido de dichas páginas no es como la confirmación de la tesis de mi artículo de *Insurrexit?*, me pregunté. Lo cierto es que la lectura de esa interesante parte de *La libertad de pensamiento ante los tribunales*, me decidió a ordenar lo más concisamente que sea conciliable con la vastedad del tema — de importancia psicológica, social, estética y hasta metafísica — parte de las notas y reflexiones a que antes me he referido, y a someterlas, como comentario marginal a las precitadas páginas tuyas, a tu apreciación y crítica desde que tú has sido el único culpable de que estas reflexiones se hayan ido sumando poco a poco en mis cuadernos de apuntes.

Mi primer artículo sobre tan arduo tema fué, pues, un breve comentario a las 21 condiciones tácticas de la Internacional de Moscú. Así empecé a interesarme por la cuestión. Es verdad que entre las 21 condiciones de la Internacional comunista no hay una expresa contra los "intelectuales" (2); pero la enemiga contra los "intelectuales" es manifiesta en muchos textos comunistas. En el número 7 de las Condiciones de Moscú se preconiza la necesidad de una ruptura completa con los "reformistas" y con los "centristas", y se advierte de la imposibilidad de tolerar en el partido comunista a "oportunistas notorios" tales como Turati, Kautsky, Hilferding, Hillquet, Longuet, Mac Donald y

Modigliani, en una palabra, a los "intelectuales" del socialismo internacional.

No hay duda que la actividad política, particularmente europea, se va poco a poco polarizando en dos extremos: el fascismo de un lado, aparentemente triunfante por ahora en casi toda Europa, y del otro el comunismo, cuya vanguardia está en Moscú. Los autores del *A. B. C. del Comunismo* establecen estas dos grandes fracciones del mundo político ruso: de un lado el partido obrero (partido de los comunistas bolchevistas) al que adhieren los obreros y los campesinos pobres, los mejores; y del otro lado el partido de los propietarios y de los capitalistas, al que adhieren los más enérgicos entre los capitalistas y propietarios, así como *sus criados* — agregan los autores del libro — es decir, los abogados, los profesores, los oficiales y generales, etc., en una palabra, los "intelectuales". Y lo mismo va ocurriendo en el mundo entero.

En sus *Reflexiones sobre la Violencia* (página 240) Sorel escribe: "Marx supone, así como los sindicalistas, que la revolución será absoluta e irreformable, porque tendrá por efecto poner las fuerzas productivas en manos de *hombres libres*, esto es de hombres que sean capaces de conducirse en el taller creado por el capitalismo sin tener necesidad de amos. Así en todos los estudios que se han hecho sobre el *socialisme sage*, se ha terminado por reconocer que este socialismo supone la sociedad dividida en dos grupos: uno forma una *élite* organizada en partido político, que se da por misión pensar en lugar de una masa no pensante, y que se cree admirable por que quiere hacer participar a la masa de sus luces superiores (son los "intelectuales"); — el otro es el conjunto de los productores. La *élite* política (los abogados, médicos, ingenieros, profesores, etc., del socialismo parlamentario) no tienen otra profesión que emplear su inteligencia y halla muy conforme a los principios de la Justicia inmanente que el proletariado trabaje en mantenerla y proporcionarla una existencia que no recuerde demasiado la de los ascetas".

El mismo autor, en *Materiales de una teoría del proletariado* (página 132), escribe: "El proletariado debe trabajar por emanciparse, desde ahora, de toda dirección que no le sea interna. Debe adquirir las capacidades jurídica y política por el mo-

vimiento y la acción. La primera regla de su conducta debe ser: *ser exclusivamente obrero*, es decir *excluír a los intelectuales* cuya dirección tendría por efecto restaurar las jerarquías y dividir el cuerpo de los trabajadores. El papel de los "intelectuales" es un papel auxiliar: pueden servir como empleados de los sindicatos; no tienen ninguna cualidad para dirigir hoy que el proletariado ha comenzado a adquirir conciencia de su realidad y a constituir su organización propia".

Según el pensamiento de Marx (interpretado por Sorel) si la organización de las fuerzas y clases productoras, en una palabra, si el socialismo debe reemplazar alguna vez a la sociedad burguesa, la transformación ha de hacerse por un mecanismo interior; el orden y el derecho nuevos deben crearse en el seno del proletariado y por medio de sus recursos propios; *no por medios políticos* sino por la lucha de clases, por la revolución, por la conquista violenta del poder con el establecimiento de la dictadura proletaria hasta la total transformación de la sociedad. Mientras que la vocación verdadera de los "intelectuales" es la explotación de la política; y el papel de político es muy semejante al de cortesano y no exige actitud industrial. No hay que hablarles a estos políticos o "intelectuales" (reformistas, oportunistas, socialistas parlamentarios) de suprimir las formas tradicionales del Estado, y en esto, su *ideal*, por revolucionario que pueda parecer a las buenas gentes, es reaccionario. Estos "intelectuales" quieren persuadir a los obreros que su *interés obrero* está en llevarlos al poder y aceptar la jerarquía de las capacidades que pone a los trabajadores bajo la dirección de los hombres políticos. Los "intelectuales" tienen intereses profesionales y no intereses generales de clase (3). En la revolución ningún sitio será reservado a los sociólogos, a los hombres de mundo amigos de las reformas sociales, a los *intelectuales* que han abrazado la profesión de pensar por el proletariado. Por eso el socialismo parlamentario quiere aliarse a otras fuerzas considerables, a los moralistas, a la Iglesia, a la democracia para engalgar el movimiento capitalista en el sentido medieval, por medio de leyes; y todo esto sería tal vez posible dada la cobardía burguesa (4).

En el *Post-scriptum* agregado al *Avant-Propos* de la última edición de sus *Materiales de una teoría del proletariado*

(*Avant-Propos* que representa el apogeo de la doctrina soreliana) Sorel, que para muchos ha sido el inspirador teórico de los hombres de Moscú, Sorel que ha visto en la revolución rusa "la aurora de una Era nueva", escribe: "La sangrienta lección de cosas que se producirá en Rusia hará sentir a todos los obreros que hay una contradicción entre la democracia y la misión del proletariado; la idea de constituir un gobierno de productores no perecerá, y el grito: *Muerte a los intelectuales*, tan reprochado a los bolcheviquis, terminará tal vez por imponerse a los trabajadores del mundo entero."

*
* *

Como comprenderás, querido Ricardo, no me he propuesto hacer en esta carta estudios de exégesis marxista, de lo que no soy capaz (5). He querido tan solo citar algunos textos, inspirados directamente en el marxismo, en los que fuera evidente el odio a los "intelectuales", enemiga que puede ser tomada como una proyección de las declaraciones del Manifiesto Comunista sobre el socialismo conservador o burgués (Nos. 67 y 68). Ahora bien, ¿por qué este odio comunista hacia los *profesionales de la inteligencia*? ¿Cómo explicarlo, a qué se debe? ¿No han sido realmente los *profesionales de la inteligencia* quienes provocaron todas las revoluciones que aportaron un beneficio o un alivio a las clases que trabajan y sufren? ¿Todos los cambios y transformaciones sufridas por las sociedades humanas, el devenir histórico, no son obra de la inteligencia?

Estas y otras preguntas similares comprenden problemas demasiado arduos, de carácter esencialmente humano, y aún a riesgo de no hacer más que esbozarlos o apenas enunciarlos, quiero señalar su compleja importancia y su múltiple naturaleza.

Cómo nació la fe en la razón

Hasta la aparición del marxismo, toda la actividad del siglo XIX fué animada por la fe en la razón, que es fe en el ejercicio del entendimiento, fe en la actividad de la inteligencia.

¿Cómo nació esta fe en la razón? La historia es vieja, hay que remontar a los primeros balbuceos de la filosofía griega, cuando esta ciencia de jónica que era se hizo ática con Anaxágoras. "Anaxágoras, de Clazomene, hijo de Hegesíbulo, o de Eubulo, tuvo por maestro a Anaxímenes. Fué el primero que agregó la inteligencia a la materia. Su libro, escrito con tanta nobleza como elegancia, comienza así: 'Todo estaba confundido; la *inteligencia* vino y estableció la armonía". Es lo que nos dice Diógenes de Laertes. Anaxágoras fué, pues, el primer filósofo griego que, olvidando los elementos agua, tierra y fuego, en los que buscaban los jónicos los principios de todas las cosas, atribuyó a un principio simple e infinito que llamó *Espíritu* o *Inteligencia* (*Noos* o *Nous*) la causa de todo movimiento o de toda vida. Platón y Aristóteles dan pruebas del efecto extraordinario que causó la revelación de Anaxágoras, tanto que, al decir del mismo Diógenes, se dió al propio Anaxágoras el apelativo de *Inteligente*. Aunque Aristóteles no lo diga, tal vez por circunspección, el *Noos* de Anaxágoras causó sobre las almas tan profunda impresión, no porque se substituyera a los elementos de los jónicos, sino porque usurpaba el trono de los dioses. Otros, en vez de *Noos* dirán *Logos* o el Verbo; es la misma cosa. La definición que el catecismo cristiano ha heredado de la filosofía griega, *Dios es espíritu* (o inteligencia) tiene por padre a Anaxágoras.

La invención de Anaxágoras tuvo, en verdad, importancia enorme. Reconocer la vida universal y sus leyes, es observar; atribuir a un agente oculto, misterioso, como el *Noos* anaxagónico, los fenómenos de la vida y su orden visible, es imaginar. El pensador ático, al crear su *Noos*, imaginaba al igual que los poetas que habían dicho que el principio de las cosas era el Amor. Y vemos, pues, que el nacimiento mismo de la ciencia griega deriva de un acto de la imaginación; la imaginación no va a jugar más con fábulas, pero va a manejar abstracciones.

Hacia el mismo tiempo, Parménides y la escuela itálica daban realidad, también por otro acto de imaginación, a la idea del Sér y constituían sobre la naturaleza y atributos de este Sér una especie de símbolo tan oscuro como imponente. Pero la abstracción de Anaxágoras era más accesible y más susceptible de ha-

cerse popular. Fué una especie de antropomorfismo elevado que divinizó, no ya al hombre entero, sino al pensamiento humano, sin preocuparse si este pensamiento, separado o libre del hombre que piensa, puede tener alguna realidad o ser inteligible. Las abstracciones imaginadas han sido la debilidad del pensamiento griego, y de estas abstracciones, de tan escasa consistencia como las fantasías mitológicas, derivó a la larga la teología.

Hechas estas reservas, hay que admirar la fuerza de reflexión y la revolución audaz de que dió prueba la doctrina anaxagórica: advertía por primera vez al hombre de que no buscara en la naturaleza nada superior ni más grande que la inteligencia que se manifestaba en él, en su interior; suprimía así, del mundo y de la religión, las potencias caprichosas y las tradiciones ciegas. No sin motivo, pues, Anaxágoras fué perseguido como impío; fué el primero que proclamó la soberanía de la razón, y casi fué su primer mártir.

La fe en la razón, razón que ellos revelaban, fué el alma de la enseñanza de todos los filósofos griegos, la inspiración de su elocuencia. Heráclito de Efeso, según Diógenes Laercio, proclama: "Vastos conocimientos no forman la inteligencia, porque la sabiduría consiste únicamente en conocer el pensamiento que, presente en todas partes, gobierna a todas las cosas". Heráclito empezaba así su libro: "Esta razón, este *Logos*, que existe siempre, no es comprendido por los hombres; y los que abordan discursos y asuntos como el que yo desenvuelvo aquí, tienen el aire de estar desprovistos de sentido".

Esta conciencia del engeguimiento general de los hombres, encerraba un principio de crítica, que debía quebrantar los prejuicios de toda especie que los pensadores nuevos encontraban aceptados por todas partes como verdades. El desarrollo y la expansión de este elemento o doctrina crítica, en que se hizo constituir la nueva sabiduría, fué labor de espíritus brillantes que creían popularizar la obra de los grandes filósofos que *creaban* la ciencia. Estos propagandistas de la nueva ciencia o *sofía* se llamaron *sofistas*, palabra que no tuvo en un principio el sentido despectivo que luego adquirió en los diálogos platónicos, y que tal vez significó también que aquellos hombres eran en cier-

to modo artistas o virtuosos en cuestiones de pensamiento o de razonamiento. Y en efecto, desde el instante que el espíritu griego adquirió conciencia del poder de razonamiento y de crítica que sintió nacer en él, se apasionó por esta capacidad del pensamiento cuyos resultados parecieron sorprendentes. Nada se admiró tanto ni estuvo más a la moda que el talento de la argumentación y del discurso. La juventud se agolpaba alrededor de los nuevos maestros, seducida por un doble atractivo, el de la *dialéctica* misma (que así se llamó al arte nuevo) y el de las ideas que la dialéctica removía en todo sentido, y que abarcaban todo lo que puede interesar al individuo y a la ciudad. De este modo la palabra de los sofistas no se redujo a un refinamiento curioso, sino que se hizo instrumento de una profunda revolución moral. El espíritu dominante de la sabiduría sofística fué un espíritu negativo: destruyó las viejas creencias, el orden y las tradiciones establecidas, y en este sentido puede afirmarse que preparó directamente el advenimiento de la teología cristiana. Pero la sofística llegó todavía mucho más allá, y este paso avanzado fué lo que terminó por desacreditarla.

Los sofistas aplicaron su crítica hasta extremos radicales. A fuerza de disipar ilusiones, terminaron por ver en todo ilusiones. Protágoras afirmó que el hombre es la medida de todas las cosas. Las antilogías sofísticas constituyeron la fuente en que Platón recogió los argumentos que uno de los interlocutores de la *República* acumula contra la justicia. Gorgias fué más lejos y sostuvo que no hay nada real; que si existiera una realidad no podríamos reconocerla; que aunque la reconociéramos no podríamos demostrarla. Con los sofistas el espíritu sufrió una especie de embriaguez, como si se hubiera mareado de razonamientos. Se reprochó a los sofistas disponer de razones para todo, y de hacer triunfar muchas veces las malas razones a despecho de las buenas. Si con los sofistas griegos pareció, en efecto, muchas veces perdido o desviado el recto y justo ejercicio de la inteligencia, la inteligencia misma no pudo aniquilarse. Los sofistas habian creado la dialéctica, la retórica, la historia, la ciencia de los negocios, el arte todopoderoso del razonamiento, y dieron así al mundo los derechos imprescriptibles de la libertad de palabra y de discusión, y de la libertad de examen. La inteligencia

se dió así al mismo tiempo el principio mismo de su vida y de su negación.

La filosofía antigua

El esfuerzo de la inteligencia se ha concentrado todo él en esta pregunta: ¿es posible una explicación del universo? Esta pregunta esencial sobreentiende otras: ¿cuál es el sentido de la vida? ¿cómo vivir? ¿cuál puede ser la regla de nuestra conducta? Jules de Gaultier ha mostrado en sus notables ensayos filosóficos — inspirados directamente en Nietzsche — cómo la intervención del conocimiento ha tenido a través de la historia por finalidad constante reemplazar las viejas ilusiones por ilusiones nuevas. Platón fué el verdadero creador de la ilusión teológica sobre la cual vivimos todavía, y esta ilusión se resume con perfección en una sola idea, la idea de Dios, de Dios munido de sus atributos, lo bueno, lo verdadero y lo bello, trinidad reverenciada por todas las filosofías espiritualistas. El monoteísmo se formó en el seno del politeísmo, del que apenas difiere esencialmente: porque tanto en el uno como en el otro—y ya lo he indicado al hablar de Anaxágoras— el antropomorfismo es tomado como principio explicativo del universo. El procedimiento platónico es idéntico al procedimiento de Anaxágoras: realiza un empleo arbitrario de la abstracción, da realidad objetiva a las formas del conocimiento, separando las ideas de las actividades que las producen, dando a las ideas una existencia superior e independiente de los fenómenos. La astucia platónica consistió, pues, en este artificio del espíritu: no pudiendo explicar el hecho del conocimiento por el hecho de la existencia, invirtió los términos del problema y confirió al conocimiento el poder de crear al Sér. El concepto de Dios crea a Dios. Y la idea de Dios es la conclusión última del *quid-pro-quo* platónico en virtud del cual las formas del conocimiento, inventariadas y descriptas en el curso de la dialéctica, son tomadas por los atributos de la existencia. Con Platón, pues, todas las ideas de las perfecciones morales e intelectuales, abstraídas de los fenómenos del mundo visible y del mundo moral, completadas por la idea de fuerza o de poder abstraída de los fenómenos de la naturaleza, se convierten en el

patrimonio de Dios, de quien reciben la existencia con la misma lógica de que se daría prueba dotando de existencia al concepto de la nada, producto legítimo del mismo procedimiento de abstracción. "Sé y ser conocido es la misma cosa", dice Aristóteles, erigiendo en doctrina el principio mismo de la ilusión. "Con la perfección infinita de Dios, su omnipotencia, su presciencia, con el libre arbitrio, la existencia del mal y del dolor, la obra racionalista ha bordado sobre una tela irreal — dice De Gaultier — concepciones más fantásticas que la fauna pintada por los ilustradores chinos sobre la seda bordada de sus abanicos y biombos". El Dios judío autoritario se unió estrechamente a la metafísica inconsciente de la Grecia, y este consorcio casual atrajo hacia sí una enorme clientela de espíritus débiles, eruditos y falsos; obró sobre ellos como un brebaje sofisticado, convirtiendo en una especie de alcohólicos de la mentalidad a los espiritualistas, racionalistas, librepensadores y deístas de todos los tiempos; hizo de los tabernáculos de Jehová catedrales, templos, Universidades y Sorbonas. Es esta teología racional, y no precisamente el dogma, lo que obnubila los espíritus, lo que deforma a la razón, instrumento de conocimiento; y dicha teología racional, fundada por Platón, perduró gracias a San Agustín y los padres de la iglesia, a San Anselmo, a Santo Tomás, a San Bernardo, a San Alberto y los doctores de la Edad Media; luego con ayuda de teólogos como Bossuet y Fenelón, de filósofos como Descartes y Leibnitz; y con la ayuda poderosa, a pesar de su antagonismo superficial, de vulgarizadores como Voltaire y los enciclopedistas. Todo este concurso de voluntades coligadas perfecciona la obra y afirma el edificio fantástico de la teología racionalista, "verdadera necrópolis, peligrosa, letárgica y silenciosa del conocimiento" que yace en ella oculto y domado (6).

*
* *

El platonismo, absorto en la contemplación de las Ideas y de las Esencias, consideró el mundo sensible como una simple ilusión que su Idea pura no consigue explicar. El platonismo cayó en el absurdo. El empirismo aristotélico escrutó a fondo

la realidad para reconocer sus propiedades íntimas y esenciales. Fiel, como el platonismo, al método socrático, e igualmente convencido que lo universal es el verdadero objeto y la única base sólida de la ciencia, buscó la forma esencial, la esencia de toda realidad, no en el género que la contiene en potencia, sino en la especie que la contiene en acto. Aceptó la realidad, tal cual la revela la experiencia, la estudió, la analizó, la definió, la clasificó, la relacionó a su causa motriz y a su fin, siguiendo siempre, guiado por la experiencia, el movimiento ascendente de la naturaleza, y deteniéndose en una última causa final, individual y separada del mundo, principio de dirección y de perfección, pero no de existencia, ni de esencia, para los seres del universo. El supremo esfuerzo de la filosofía aristotélica es la vida universal concebida como un sistema de seres individuales poseedores por sí mismos del ser y del movimiento, y recibiendo de una Causa superior tan sólo la dirección de su actividad. Esta filosofía peripatética no se preocupó del principio universal, absoluto, de la Existencia ni de la Esencia de estos seres individuales y contingentes, cuyo armonioso sistema forma lo que Aristóteles llamó Naturaleza. Para Aristóteles fuera de los individuos no había más que abstracciones.

Estas dos doctrinas — el platonismo y el aristotelismo, en que culminan los esfuerzos de la inteligencia griega — ambas igualmente exclusivas, puesto que el idealismo platónico niega o desdénia los individuos y es impotente para explicar todo lo que entra en la esfera de la experiencia, mientras que el empirismo peripatético reduce lo universal a una abstracción lógica y renuncia al orden de las verdades puramente inteligibles, estas dos doctrinas, digo, se contradicen y se niegan recíprocamente, y su lucha tuvo por efecto degradar el pensamiento especulativo y reducir la filosofía al círculo estrecho de las cuestiones lógicas y morales. Así limitada la especulación filosófica, la contradicción se repitió entre la doctrina del deber y la doctrina del placer, entre la razón y la sensación. La filosofía griega degeneró entonces en una guerra general entre las escuelas: oposición entre platonismo y aristotelismo, entre la nueva Academia y el estoicismo, entre el estoicismo y el epicureísmo, y sobre los desgarramientos de esta lucha encarnizada se entronizó el pirronismo

para destruir las bases del dogmatismo y establecer que la duda, la incertidumbre, es el estado natural y normal del espíritu humano. El pirronismo, el escepticismo griego opuso las facultades del espíritu unas a otras y entre sí, la experiencia a la experiencia, la razón a la razón, pero sobre todo la razón a la experiencia para demostrar a la vez la necesidad y la imposibilidad del tiempo, del espacio, del movimiento, de la causa, de la substancia, de Dios, de los géneros, de las especies, de los individuos, en fin de todo lo que es objeto de afirmación para los dogmáticos, preludiando de este modo el sistema moderno de las *antinomías*.

Tal era el resultado de la especulación filosófica griega cuando apareció el neoplatonismo. Los primeros alejandrinos creyeron que el nudo de la solución estaba en la armonía de los dos grandes métodos eminentemente representados por Platón y Aristóteles, en establecer la concordia entre la razón que concibe (mejor sería decir que crea, que imagina) el Sér, la Idea, lo absoluto, lo universal, y la experiencia que percibe el fenómeno, lo real, lo individual, lo contingente. A esta obra ecléctica, a esta reconciliación difícil, entre Platón y Aristóteles, entre la razón especulativa y la experiencia, el neoplatonismo alejandrino, con admirable perseverancia, consagró una erudición, una fuerza de intuición y un poder de dialéctica no sobrepasados por ninguna otra escuela filosófica. Y sin embargo, a pesar de sus muchos méritos, el neoplatonismo fracasó en su principal empeño de reconciliar la experiencia y la razón. Su doctrina fué una mezcla ingeniosa de abstracciones provenientes del análisis y de imágenes tomadas a la filosofía oriental. Siguiendo su método que se eleva de abstracción en abstracción, método idealista y místico que busca una síntesis forzada, y artificiosamente elaborada, de todas las doctrinas, el neoplatonismo alcanzó la Unidad suprema, el Principio de los principios, fuente inagotable de los seres inteligibles y de los seres sensibles, substancia primera de todas las hipóstasis. Pero su enorme esfuerzo de doce siglos se derrumbó falto de base, se abismó en la nada por que el análisis alejandrino, al considerar todo, la Naturaleza, el alma, la inteligencia, Dios, desde el punto de vista de la Unidad, suprimió a

todas las cosas el sér, la vida, la substancia, y dejó subsistir en el mundo vacío y silencioso nada más que abstracciones.

Si la doctrina de los Alejandrinos — mezcla verdaderamente adúltera de todos los sistemas anteriores — terminó en un intento inconexo, exclusivo y confuso, fué por no haber empezado por donde debe iniciarse toda filosofía, es decir, por una revisión completa de los procedimientos legítimos del espíritu. Toda escuela filosófica ha de comprobar ante todo la naturaleza y alcance de cada facultad y circunscribir con la más rigurosa precisión el campo que le corresponde en el dominio de la ciencia; toda filosofía, para merecer el nombre de tal, ha de descansar sobre la base de un análisis completo de los elementos del conocimiento. Este análisis compitió a la filosofía moderna. La filosofía griega murió con el neoplatonismo, y el neoplatonismo fué un sistema más, vasto y poderoso, en la historia de la filosofía; pero no contribuyó a constituir definitivamente la filosofía ni a resolver ninguno de sus problemas. El neoplatonismo abandonó la sociedad y la ciencia al Cristianismo, fuente de las nuevas ilusiones necesarias al florecimiento de la vida.

La filosofía moderna

La lucha entre la razón y la experiencia, entre el empirismo y el idealismo, entre el sensualismo y el espiritualismo, se reinició con los primeros pasos de la filosofía moderna. El problema de la reconciliación entre la razón y la experiencia se planteó en el campo de la psicología, a lo menos así se inició. *Pienso, luego existo*, fué la verdad primera, de la cual dedujo Descartes las principales proposiciones de su doctrina, la naturaleza del alma, su simplicidad, su inmaterialidad, su inmortalidad, su independencia respecto del cuerpo, la demostración de la existencia de Dios y de sus atributos, la creencia hipotética en el mundo exterior. "Sólo existo como ser pensante; no sé si tengo un cuerpo, ni si existen cuerpos; no conozco más que una existencia, nada más que una esencia que me es revelada por el pensamiento, a saber, mi existencia y mi esencia de ser pensante". Encerrado en la conciencia de su pensamiento, Descartes no intentó salir de él; por el contrario, en él se sumergió entero y descu-

bió todo un mundo. ¿Qué es el pensamiento? Algo simple e inmaterial. Ahora bien, este *algo* es la esencia del ser pensante, el cual existe solo porque piensa, se deduce que yo que pienso soy un ser simple e inmaterial, por lo tanto substancialmente distinto y diferente de la substancia corporal que sólo puede concebirse, si existe, como algo múltiple y compuesto. Del mismo modo, sin salir de su pensamiento, Descartes se eleva a la concepción de Dios y de sus atributos. Considerando el pensamiento no en sí mismo, sino en sus actos, es decir en sus ideas, Descartes percibe una, la idea de lo perfecto, de la que deduce, por un silogismo muy simple, la existencia real de un ser perfecto. El efecto no puede contener más que la causa; yo, ser esencialmente imperfecto, tengo la idea de un ser perfecto; luego esta idea solo puede provenirme de una causa al menos adecuada, es decir, de un ser perfecto realmente existente. Así probó Descartes la existencia de Dios. Es evidente que con él la ciencia filosófica permanece en los planos de la imaginación. Lo que le es más difícil, por que la cosa escapa al escamoteo de la conciencia y de su juego de abstracciones, es explicar la realidad fenomenal, el mundo exterior. Su *Cogito, ergo sum* es un principio cierto, del cual Descartes, como he dicho, ha podido deducir, no sin ciertas subtilidades escolásticas, una psicología y una teodicea, pero del cual es imposible derivar ninguna verdad relativa al mundo sensible. Todos los errores de la filosofía cartesiana, están contenidos en su punto de arranque. El pensamiento, tal cual lo siente Descartes, pensamiento general, independiente de su objeto y de su condición sensible, no es un hecho real de conciencia, sino una simple abstracción. El pensamiento real y vivo es siempre un acto concreto, en el cual la sensibilidad ayuda al entendimiento. El espíritu piensa con motivo de un objeto sentido y percibido. Todo pensamiento supone una sensación, toda sensación un objeto sentido. El pensamiento, tal como lo comprende toda la escuela cartesiana, no es más que un elemento abstraído por el análisis del fenómeno del pensamiento real y concreto. Este pensamiento abstracto no es más que un acto simple del espíritu, mientras que el pensamiento real es la relación del espíritu con el objeto. El pensamiento real, inseparable de sus condiciones, implica un objeto exterior, un no yo, sin el cual sería

imposible; el pensamiento abstracto no implica más que el entendimiento y la actividad que le es propia. La creencia en el mundo exterior, como la creencia en el alma o la creencia en Dios, no se demuestra por un razonamiento; no tiene otro fundamento que la percepción externa, *absolutamente inexplicable*.

El cartesianismo tuvo, sin embargo, el inmenso mérito de asentar otra vez el dominio y la fe en la razón, y de abrir el camino a la filosofía crítica. La doctrina de Descartes provocó, desde su difusión, las protestas de la experiencia. Hobbes le opuso un franco materialismo. Gassendi, en una crítica sólida e ingeniosa, demostró que el fenómeno de conciencia sobre el cual se funda el cartesianismo, no es más que una abstracción. En efecto, si es verdad que pienso, no es menos cierto que no pensaría sin la sensación. Al principio cartesiano: *Pienso, luego existo*, Gassendi substituyó otro axioma: *Siento, luego existo*.

Más tarde Locke, aplicando, en el sentido indicado por Gassendi, el método psicológico de Descartes, terminó en una doctrina por completo opuesta. Mientras Descartes había visto en el pensamiento tan solo el elemento inteligible, la idea pura, Locke solo vió el elemento sensible, la sensación, y otra facultad, la reflexión, que nada saca de sí misma, y que trabaja sobre los datos suministrados por la sensación. Condillac simplificó aún más este empirismo de Locke, suprimiendo la reflexión, y por la eliminación absoluta del elemento inteligible en el pensamiento, suprimió del dominio del conocimiento todas las nociones racionales, infinitas, absolutas, los géneros, las especies, el tiempo, el espacio, la substancia, Dios, el Bien, lo Bello, la Verdad, todos los principios, todos los axiomas, todas las leyes de las ciencias de razonamiento y de observación.

Leibnitz quiso conciliar la escuela de la experiencia y la escuela de la razón, quiso resolver la larga querella entre sensualismo y racionalismo, con su principio profundo: *Nihil est in intellectu quod non prius fuerit in sensu*, "*nisi ipse intellectus*"; pero la oposición continuó entre las doctrinas exclusivas. Mientras el sensualismo se desarrolló y se propagó en Francia bajo la influencia poderosa de Condillac, mientras el escepticismo audaz de Hume en Inglaterra destruía el mundo de los cuerpos y el mundo de los espíritus, no dejando otro objeto a la creencia

humana más que las percepciones y los actos de los que tenemos conciencia, en Alemania se desarrolló al fin una filosofía verdaderamente crítica que atacó, no ya sólo tal o cual doctrina dogmática, sino el principio mismo del dogmatismo. Kant, en el problema tan retardado del origen de nuestros conocimientos, realizó lo que ningún filósofo antes que él había intentado. En un análisis completo del espíritu o de la inteligencia, de una sagacidad y de una profundidad incomparables, Kant discierne con precisión perfecta la parte de la inteligencia y la parte de la experiencia, y en todo conocimiento *objetivo* distingue, define, enumera, clasifica todas las formas del pensamiento, relacionándolas a tres facultades especiales: la *sensibilidad*, el *entendimiento* y la *razón*. La conclusión crítica del análisis kantiano es que la única función legítima del pensamiento consiste en coordinar, y, según la fraseología kantiana, en *sintetizar* las intuiciones confusas de la experiencia, convirtiéndolas en representaciones, nociones y conceptos. La prueba decisiva, según Kant, de que la razón pura no tiene otro alcance, a pesar de sus pretensiones dogmáticas, es que nada puede afirmar respecto del objeto del conocimiento, sin caer en una absoluta contradicción. De ello deriva un sistema de *antinomías* que, abrazando todos los objetos del dogmatismo, Dios, el alma, el mundo, el tiempo, el espacio, el infinito, la causa, la substancia, etc., opone en todo la antítesis a la tesis, demuestra a la vez que el mundo es infinito y finito en cuanto al tiempo y al espacio, que hay y que no hay substancia simple, que hay y que no hay libertad, que existe y que no existe un sér necesario, y así halla siempre una negación para contradecir una afirmación. De manera, pues, que para Kant todo concepto de la inteligencia no tiene más que un valor de verdad subjetiva: el tiempo y el espacio no son más que formas de la sensibilidad; la causa, la substancia, la unidad, la universalidad, la necesidad, la infinitud, no son más que formas del entendimiento; el Sér absoluto y perfecto, Dios, no es más que una idea de la razón, suprema unidad a la cual viene a relacionarse todo el sistema de los conceptos del entendimiento y de las intuiciones de la sensibilidad. Ciertamente es que Kant intentó levantar el edificio que había derrumbado, atribuyendo a la *razón práctica* el alcance que había negado a la *razón pura*; pero el

nuevo dogmatismo, y ya nadie lo discute, fué una violenta consecuencia que ninguna filosofía seria puede aceptar.

La distinción de la *razón pura* y de la *razón práctica* fué un recurso pueril para colmar el abismo profundo abierto por la crítica de Kant. Tampoco habría de bastar para sacar de este abismo a la especulación filosófica, resolver las antinomías, obra ya de por sí muy difícil; pues aunque se restableciera el acuerdo entre las diversas facultades del espíritu, aún habría que demostrar que la inteligencia percibe y concibe los objetos tales como son: lo que parece imposible. La filosofía postkantiana, de Fichte a Hegel, comprendió que, sentado de esta manera, el problema no comportaba solución. Visto que es racionalmente imposible al dogmatismo franquear el círculo en el cual lo había encerrado la crítica kantiana, la nueva filosofía saltó el círculo kantiano para caer, ¿dónde?, ¿en la verdad?, nó, en la divagación y en la locura, como lo dijo Heine.

El problema de la verdad no es tan simple como parece. Es una opinión aceptada por la mayor parte de las escuelas, y que ha pasado al patrimonio del sentido común, que la idea es una imagen de la realidad, y el espíritu un espejo más o menos fiel de la verdad. ¿Cómo asegurarse de que la imagen es exacta y el espejo fiel, a menos de conocer directamente la realidad? La crítica de Kant destruyó esta ilusión común. El espíritu no es un espejo, ni la idea una imagen de la realidad; por el contrario, la realidad parece más bien una representación más o menos clara del pensamiento. El idealismo tiene razón en esto. Sin el pensamiento no hay verdad; lo que no quiere decir que el espíritu constituya toda la realidad, como lo pretendía el absurdo Hegel. Suprimase por hipótesis la humanidad, y por lo tanto el espíritu, y la realidad subsistirá, aunque no tenga la unidad, la forma y el carácter inteligible que hacen o crean la verdad. Sería absurdo negar que la realidad subsiste, hecha abstracción del espíritu que se hace de ella una idea; *pero que la realidad exista con tales caracteres, tales propiedades, tales formas, independientemente del entendimiento que la percibe o la concibe, es una ilusión que el sentido común acepta fácilmente.* ¿Suprimiendo por hipótesis el pensamiento y sus formas, persisten las percepciones y las

representaciones? La realidad existe fuera del espíritu; pero por el espíritu se hace inteligible, *se convierte en verdad*.

¿Esta doctrina del conocimiento es la verdadera solución del problema de la verdad, la única base sólida de la filosofía? El error del idealismo absoluto postkantiano fué haber exagerado esta doctrina para poner en duda la existencia de las cosas. Toda verdad está en el pensamiento; pero el pensamiento tiene por condición la realidad, el objeto. El espíritu no parece obrar en lo abstracto y en el vacío; no hay pensamiento sin una intuición de la experiencia, ni intuición sin un objeto exterior, distinto del espíritu. La inteligencia obra bajo la impresión de una causa; el pensamiento sin objeto no es más que una facultad, una simple potencia, como diría Aristóteles; no es siquiera una forma vacía. Toda idea es un acto del espíritu; pero todo acto del espíritu supone un objeto. Cuando el espíritu concibe una verdad abstracta, ideal, es siempre a propósito de una realidad percibida por la experiencia; hasta la noción completamente subjetiva del ideal implica indirectamente un objeto.

Esta reconciliación en un solo principio del mundo sensible y del mundo inteligible fué formulada definitivamente por Arturo Schopenhauer. Su proposición fundamental: *el mundo es mi representación* — que acertadamente Remy de Gourmont llamó “una fortaleza inexpugnable” — que se lee en la primera línea de su magna obra es idéntica a la conclusión de la filosofía de Berkeley: *esse est percipi*. La noción de objeto supone el sujeto. El mundo entero es objeto con relación a un sujeto, es percepción con relación a un sujeto que percibe. Comprender el sentido profundo de esta verdad fundamental, “es crear en sí el espíritu filosófico”, dice Schopenhauer, es librarse enteramente de este “realismo instintivo” que erige el objeto en una realidad independiente del sujeto, de este “realismo ingenuo e infantil que aportamos todos al nacer” y “que parece resultar del destino primitivo de la inteligencia.”

“El mundo es mi representación” es una proposición semejante a los axiomas de Euclides, “que todo el mundo debe admitir desde que se la comprende”. Expresa una identidad inmediata del objeto con la representación. El objeto y la representación significan la misma cosa, son absolutamente idénticos,

equivalentes. Por que para ser lo que es, el objeto debe ser representado, es decir, ser una representación. Es la primera identificación, la primera reducción del idealismo schopenhaeriano que hace a todo lo que existe dependiente de su sujeto. El modo como nos es dada la representación escapa a toda medida, a toda ley concebible. No hay relación conocida entre la causa y la sensación, como no la hay entre ésta y la representación. El paso de la causa a la sensación, de ésta a la representación se opera inconscientemente. Así, cuando leemos, o cuando escuchamos, no percibimos más que palabras; pero pasamos tan rápidamente a las ideas que designan que es absolutamente como si percibiéramos directamente los conceptos expresados; porque no tenemos conciencia del paso de las palabras a las ideas. Por otra parte, toda ley no concierne mas que a la relación de los fenómenos entre sí, es decir, a representaciones. Sin embargo, toda relación de fenómenos, como los fenómenos mismos, supone el tiempo y el espacio. Y como el sujeto, en su condición de sostén del tiempo y del espacio y por lo tanto de los fenómenos, está fuera de ellos, está por consecuencia fuera de toda relación, de toda ley. No hay, pues, ninguna relación causal posible entre el sujeto y el objeto. La filosofía que parte del sujeto para deducir de él el objeto, como el idealismo absoluto, o la que parte del objeto para deducir el sujeto, como el materialismo, están forzadas a establecer cierta relación causal entre el sujeto y el objeto, lo que, según Schopenhauer, es imposible.

¿En qué termina la filosofía del conocimiento?

Excúsame, querido Ricardo, esta larga referencia a la historia de la filosofía que he creído necesaria para presentar con más apariencia lógica mis conclusiones. Es verdad que la mayoría de los hombres, azuzados por el instinto de la vida, ignoran este *tormento metafísico* y "creen, como los brutos, en la realidad de las cosas". (7) Para explicarse el fenómeno de la existencia se satisfacen con las más pueriles explicaciones, y de estas explicaciones la de la creación y la de un Dios creador es la más ingenua de todas. Sin embargo, no puede negarse la uti-

lidad práctica y social de estas suposiciones metafísicas, que han tenido por función asegurar en la historia el triunfo a modos generales de sensibilidad, a maneras de ser cuyo predominio, derivado del azar de las infinitas acciones y reacciones individuales, dió a la vida social cierta ordenación y coherencia.

Los esfuerzos de la filosofía han terminado, como lo has visto, en el idealismo que a su vez lleva a un subjetivismo absoluto, según el cual el hombre queda encerrado en su yo sin escapatoria posible, forzado a crear constantemente el mundo para alcanzarle y percibirle, obligado a animar su soledad con la exuberancia de sus propios sueños. La necesidad de la relación de objeto a sujeto formulada más netamente por Schopenhauer, es la condición inevitable de todo conocimiento, la única ley formal fuera de la cual no es posible concebir ningún estado de conocimiento ni de existencia. Dada la oposición del objeto y del sujeto como condición *sine qua non* de la existencia del pensamiento, las ideas de tiempo, de espacio y de causalidad, que condicionan todas nuestras sensaciones, todas nuestras percepciones, completan con rigurosa necesidad aquella necesidad primera de la división del pensamiento en sujeto y objeto, sean estas ideas arbitrarias invenciones del arte mental o tengan su origen en la experiencia. Lo cierto es que la fatalidad de este mecanismo del conocimiento, que puede compararse a un juego de óptica y a sus combinaciones de perspectivas que crean, en un panorama, la ilusión de la distancia y del relieve para simular la vida; lo cierto es, repito, que este sistema impone al espíritu esta conclusión ineludible: *que la existencia es, en su realidad esencial, un espectáculo para contemplar y no un problema que resolver* (8). Por lo tanto resulta enteramente vano buscar, por la razón, el sentido de la vida, como hasta ahora lo han buscado las filosofías de tendencia moral, "en un esfuerzo de lo relativo hacia lo absoluto, en un proceso de una serie imperfecta de hechos éticos hacia un estado que implique perfección, en una evolución de lo inestable hacia lo inmutable, de lo inconcluso hacia lo definitivo, así como de un estado de conocimiento fragmentario hacia un estado de conocimiento completo, consiguiendo divulgar la primera y la última palabra de las cosas". Tal punto de vista filosófico ha sido útil como suscitador de ilusiones ne-

cesarias; pero no deja por ello de ser menos ilusorio. El objeto es condicionado por la existencia del sujeto, el espectáculo por la existencia del espectador, y recíprocamente. La existencia simultánea del objeto y del sujeto, del espectáculo y del espectador, condiciona el hecho mismo de la existencia. No debe, pues, asignarse al conocimiento un fin de utilidad, ni de éxito, ni de moralidad pública; su fin es únicamente la alegría de la contemplación. El pragmatismo de la filosofía del conocimiento puro no es un pragmatismo utilitario ni ético, sino un pragmatismo estético. Nada importa que la inmensa mayoría de los hombres quede indiferente a las advertencias de la crítica y no comprenda que las leyes incontrovertibles del conocimiento no son más que medios buenos para constituir el panorama cósmico, pero absolutamente impotentes para alcanzar la Verdad invariable; esta mayoría no se conforma con considerar el mundo fenomenal como un sistema puramente ilusorio; esa mayoría considera el mundo como una realidad, y ambicionará siempre tener de esta realidad una explicación satisfactoria, obstinándose en conocer más allá de los límites del verdadero conocimiento, y sin resignarse a considerar que la génesis del universo cognoscible se pierde en lo incognoscible. La ilusión, la necesidad de la ilusión, es una condición de vida, y allí donde el instinto de conocimiento puro analiza, desmonta y destruye las viejas ilusiones, el instinto vital sabe suscitar muy pronto otras nuevas ilusiones con que reemplazar las antiguas. Por eso Nietzsche ha podido decir muy justamente que no es indispensable que algo sea verdadero, sino que tan solo es necesario que algo sea *creído* verdadero.

*

* *

El renacimiento de la razón con el cartesianismo tuvo enorme influencia sobre el desenvolvimiento del espíritu humano. El cartesianismo fué adoptado por todo el siglo XVII. En la famosa querella de "los antiguos y los modernos", Perrault y quienes sostuvieron con él la teoría del progreso, contra los ad-

miradores de la antigüedad presididos por Boileau, representaron la razón contra la tradición. El movimiento cultural del Renacimiento, tan bien caracterizado por Descartes en su *Discurso sobre el Método*, se detuvo un instante, en el siglo XVII, para intentar una especie de compromiso con la autoridad tradicional, de lo que resultó tan solo una reforma tímida del catolicismo. Pero el cartesianismo terminó por triunfar ampliamente.

Sorel, en *Les Illusions du Progrès*, explica el éxito del cartesianismo por varias razones. Ante todo, dice, *les gens d'esprit* abrazaron con ardor el cartesianismo por que esta filosofía justifica, en efecto, la pretensión que han tenido siempre los hombres mundanos (la *gente bien*), las clases acomodadas, de hablar con seguridad imperturbable de cosas que no han estudiado, — y en razón de sus *lucres naturales*. Y considerando bien las cosas, se reconoce sin trabajo que las concepciones fundamentales de la filosofía cartesiana correspondían perfectamente al estado de espíritu de las gentes de entonces. El cartesianismo era resueltamente optimista (9), lo que satisfacía a una sociedad deseosa de divertirse libremente y disgustada del rigor del jansenismo. Por otra parte, hay que señalar, como lo hace Brunetière (citado por Sorel) que el cartesianismo no comporta ninguna moral; Descartes redujo la ética a una regla de conveniencia que prescribe respetar los usos establecidos: esto fué muy cómodo para un tiempo en que las costumbres se habían hecho menos severas. Descartes no se preocupó jamás del sentido de la vida, y en su condición de antiguo alumno de los jesuitas, no se detuvo nunca a reflexionar sobre el pecado original y sus discípulos pudieron suprimirlo de sus preocupaciones. Sainte-Beuve (citado por Sorel) dice que Descartes había relegado la fe “como los dioses de Epicuro en no sé que intermundos del pensamiento” y ello convenia a gentes que aspiraban a sentirse libres del yugo cristiano.

Desde entonces la filosofía francesa quedó definitivamente marcada con caracteres racionalistas, muy especiales y que la harán agradable *aux gens du monde* (a los mundanos, a la gente distinguida, a las clases bien); la física cartesiana pudo ser abandonada y declarada ridícula por el siglo siguiente, pero el cartesianismo siempre subsistió como el tipo de la filosofía francesa

porque se adaptaba perfectamente a las tendencias de una aristocracia llena de espíritu, que se jactaba de razonar y deseosa de encontrar los medios de justificar su ligereza.

MARIANO A. BARRENECHEA.

(Continuará).

NOTAS

(1) Ya que esta carta se va a publicar, me parece necesario reproducir las páginas a que me refiero de *La Libertad de Pensamiento ante los Tribunales*. Son las siguientes:

"Los gobiernos, Excma. Cámara, han temido siempre el poder de la prensa. Han creído y creen ingenuamente que los diarios son los creadores de la opinión pública. Grave error, que los impulsa a cada momento a la arbitrariedad. El temor que despierta en los gobernantes que un diario de ideas avanzadas, pueda crear una corriente revolucionaria que ponga en peligro su autoridad, los ha llevado con una frecuencia desoladora, a atentar contra la libertad de prensa. Este miedo pueril de los gobiernos a la omnipotencia de la prensa era el que hacía decir a Voltaire: "Si el monje Lutero, si el canónigo Juan Chauvin, si el cura Zwínglio, se hubieran contentado solamente con escribir. Roma subyugaría todavía todos los estados que ha perdido. Las trompetas no han ganado jamás batallas; no han derrumbado otras murallas que las de Jericó". Es que se confunde lamentablemente la causa con el efecto, el reflejo con la luz que lo produce. Se cree ingenuamente que la prensa es todopoderosa, que su acción es incontestable, que ella es la hacedora de todos los movimientos políticos o sociales. ¡Cuán equivocados están los que así piensan! La impotencia de la prensa, su debilidad frente a los grandes movimientos de opinión, es tan manifiesta que se demuestra con el más ligero análisis. La exageración del poder periodístico proviene de los adversarios de la libertad de imprenta, porque comprenden que negar eficacia a la acción social de los diarios, los conduce irremisiblemente a la doctrina de la impunidad en materia de delitos de prensa.

Los diarios viven y circulan simplemente porque son los intérpretes del sentir y del pensar colectivo, pues están obligados, por razones de propia existencia, a seguir el curso de las corrientes. El día que un órgano periodístico, pretende reaccionar sobre las ideas o los sentimientos del momento; el día que aspira a formar opinión distinta de la sostenida hasta la víspera, ve disminuir vertiginosamente el número de sus lectores, hasta morir por consunción. En nuestros anales periodísticos existe una anécdota que lo demuestra. En cierta ocasión, el general Mitre resolvió emprender en su diario una campaña ardiente que contradecía en aquellos momentos la opinión del pueblo de Buenos Aires. Alarmado el administrador al ver disminuir cuotidianamente los ingresos y el tiraje del diario, se apresuró a expresar al general sus temores de que esa campaña pudiera ser la causa de la ruina de *La Nación*. "En ese caso, le contestó el general, imprimirá usted dos ejemplares: uno lo leerá usted y otro yo." El tribuno había vencido los intereses del periodista, y amargamente debió reconocer, ante los hechos, que el poder de los diarios sobre sus lectores, era una encantadora ficción.

Ayer como hoy, en todos los tiempos, la influencia de la prensa sobre los acontecimientos ha sido aparente; es indudablemente una fuerza, pero su impulsión la adquiere como el camalote de la corriente; mientras vaya a favor será arrastrada; pero si trata de luchar contra ella, no debe abrigar otra esperanza que la de zozobrar.

Napoleón I se burlaba cáusticamente de este pretendido poder de la prensa, exclamando: "La libertad de la prensa, ¿por qué la temeré en adelante? Después de todo lo que han escrito de un año a esta parte, ya no tienen nada que decir sobre mí, pero queda todavía mucho que decir sobre mis adversarios".

Y a Napoleón I no lo derribó la prensa francesa: fué necesario Waterloo.

Numerosas son las opiniones que puedo traer en refuerzo de mi argumentación, de partidarios como de adversarios de la libertad de la prensa. Fiévée, el 15 de julio de 1819, se expresaba en la siguiente forma: "Es necesario no atribuir a las palabras una importancia mayor que la que ellas mismas tienen; ellas extraen todo su valor de los sentimientos, de las verdades, de las pasiones que dominan en un estado. Todo el mundo callaría, y la inquietud sería iniquidad, como la sabiduría y la razón no cesarían de serlo, aunque el universo entero se acordara para negarlo... Leed la Santa Escritura; ella no dice en ninguna parte que la libertad de la prensa perderá a las naciones; pero ella anuncia con una autoridad divina, y que por consecuencia no ha sido todavía desmentida, que todo poder que viola las condiciones morales de la sociedad, corre a su ruina. ¿Qué importa lo que los hombres callen! La verdad no está en las palabras; está toda entera en las cosas".

Y Chateaubriand, decía en el mismo sentido: "Las gacetas de M. Fouché, nos han tratado como las del conde Decazes, pero por ello las personas que nos acordaron su estimación, no nos la han retirado, y han conseguido hacer leer un poco más las obras que querían proscribir. Podemos asegurar que los golpes dirigidos a un hombre honesto no hacen ningún mal. Poete non dolet. Y agregaba: "¿Qué no se ha dicho, qué no sufrido por ello? ¿Se ha eclipsado su gloria?"

Y el formidable polemista Emile de Girardín, ha dicho con toda precisión: "La impotencia de la prensa, atestiguada por todos los hechos, no es solamente para mí una convicción, es una certidumbre. El día en que esta certidumbre de uno solo llegara a ser la certidumbre de todos, como es la suerte de las verdades crepusculares, pues comienzan todas por ser negadas y concluyen todas por caer en la categoría de banalidades no se comprenderá más y se creará apenas que la palabra, bajo ninguna forma, haya podido constituir alguna vez, una contravención, un delito o un crimen". Y con una lógica irrefutable se pregunta: "¿Si no fuera por la impotencia de la prensa, cómo explicar que todo lo que se ha escrito y dicho a favor de la libertad de la prensa haya quedado en la categoría de las palabras de Isaías en el Desierto? ¿Cómo explicar que hayan sido vanos y estériles los elocuentes discursos de Mirabeau, de Royer-Collard, de Casimir Perier, de Sébastiani, de Humann, de Tracy, de Dupin el mayor, de Charles Dupin, de Odilon Barrot, del general Foy, y del general Bertrand, etc.; los sabios informes de Sieyes, Portalis, Pastoret, Raynouard, etc.; los vigorosos escritos de Voltaire, Beaumarchais, de Chateaubriand, de Benjamin Constant, de Paul Louis Courier, de Armand Carrel, de Alexis de Tocqueville, de Lacordaire, de Lamennais, de Aquiles Murat, de Milton, de Blackstone, de Junius, de Jefferson, de Filangieri, etc.; y en fin, las tardías declaraciones de Napoleón I? *¿Cómo explicar, entonces, que habiendo estado la prensa varias veces en posesión de su libertad la haya perdido siempre?*"

La prensa es, entonces, impotente para crear ningún movimiento social; los grandes impulsos que mueven a los hombres, que agitan las conciencias, que animan a las muchedumbres, tienen su fuente más precisa en las injusticias, en las expoliaciones, en los atropellos, en una palabra, en los hechos. Este es el venero inagotable donde se alimentan las convulsiones sociales y toda la perseverancia, el talento, la habilidad y el

carácter de un publicista no podría alcanzar a producir el más insignificante movimiento de los que provoca la insuperable elocuencia que tiene para la conciencia del pueblo, la certeza de que se ha llevado a cabo una injusticia.

A ese temor ingenuo e infantil de los gobiernos por la omnipotencia de la prensa, se debe el sacrificio o los vejámenes infligidos a tantos preclaros talentos, que no habían cometido otro delito que haber venido al mundo con una evolución biológica superior a la de sus contemporáneos.

Es que el miedo arroja a los gobernantes de lleno en la arbitrariedad. Agustín Alvarez, decía con razón: "Alej, Cuitiño, Salomón, y todos los de su calaña, son grandes miedosos reforzados por una recua de tímidos que delatan para blindarse contra las delaciones y asesinan de miedo a ser asesinados; almas cobardes y asustadas que la debilidad les lleva a buscar la protección del que tiene el peligro en su mano; almas sin sentido moral, que puestos a optar entre ser asesinos o asesinados, optan por ser asesinos". Esta es la psicología del despotismo; el miedo borra la ley, y actualiza el procedimiento ejecutivo.

Por otra parte, la mejor prueba de la impotencia de la prensa la daría *Bandera Roja*. La sentencia dice que este diario incitaba al delito y que aconsejaba la insubordinación, la matanza de diputados, que toda su propaganda estaba saturada de perversidad en sus intenciones y en sus fines. Asómbrese la Excm. Cámara. Este diario era leído por cuarenta mil lectores en Buenos Aires, tal era su tiraje; sin embargo, yo desafío que se me indique un solo atentado, un solo delito que pueda tener relación con la prédica de *Bandera Roja*. Este diario apareció dos meses después de la semana trágica y desarrolló su propaganda durante un mes y seis días, el tiempo de vida que le concedió el jefe de policía. Y bien, a pesar de que *Bandera Roja* arreciaba en su propaganda; no obstante que estimulaba los movimientos obreros, fué justamente la primera vez que fracasaron las huelgas y que ha podido adjudicarse su primer triunfo el capitalista. ¿Dónde está, entonces, el poder incontrastable de la prensa? ¿Dónde está el peligro social?

Por ello, es preciso que la reflexión demuestre a los gobernantes que el temor que les domina es infundado y que las medidas de salud pública a que recurren con tanta facilidad son injustificadas, porque la influencia de la prensa no es bastante para alterar la paz de la nación.

No hay, entonces, ningún interés social en cercenar la garantía que la Constitución Nacional concede a la prensa, consagrando su libertad. Se dice que la libertad de publicar sus ideas por la prensa que la Constitución ha declarado, se reduce a impedir que se establezca sobre ella la censura previa. Los intérpretes literales del texto constitucional se declaran sostenedores de una libertad limitada. Estas dos últimas palabras son antagónicas; no se concibe una libertad sujeta a limitación, porque la libertad es o no es. Los verdaderos límites de la libertad son sus propios excesos, decía Girardin. Decretar la libertad limitada, es decretar el poder ilimitado", y Alberdi ha afirmado: "No hay libertad donde no hay licencia y lo que tiene ésta de excusable, es que sólo hay licencia donde hay libertad. La licencia es la más de las veces hermana ilegítima de la libertad; su precursora y su vanguardia. Si permitis suprimir la licencia de la prensa, v. gr., creáis el mejor pretexto para suprimir la libertad de la prensa. A esta condición existe la libertad de la palabra parlamentaria; ella es inviolable hasta en sus abusos y no hay razón para que la libre prensa exista de otro modo que la palabra libre"

(2) Bueno es definir antes de discutir. Entiendo aquí por la palabra "intelectuales" lo que entiende Sorel: "Los "intelectuales" no son, como se dice con frecuencia, los hombres que piensan: son las gentes

que hacen *profesión* de pensar y reciben un *salario aristocrático* en razón de la nobleza de esta profesión." *Reflexiones sobre la Violencia*, página 240.

(3) Y observa con razón Sorel que los "ideólogos del socialismo parlamentario no se preocupan de las leyes de la economía, seguros de que la decadencia económica se detendrá en seguida el día en que tengan ellos el tesoro público a su disposición; estos socialistas parlamentarios están deslumbrados por la inmensa reserva de riquezas que serán libradas a sus manejos; ¡qué de festines, qué de *cocottes*, qué de satisfacciones de amor propio!"

(4) Los *proletarios* intelectuales, observa Sorel, son rebeldes a todo espíritu de solidaridad; sólo ven su *interés personal e inmediato* y le sacrifican los intereses generales; doquiera que actúan aportan el desorden por sus intrigas y, desde que pueden, se destrozan entre ellos. Cada uno aspira, como César, a ser el primero en un pequeño grupo". *Materiales de una teoría del proletariado*, página 97.

(5) El socialismo es necesariamente una cosa muy oscura, porque trata de la producción, es decir de lo que hay de más misterioso en la actividad humana; y porque se propone aportar una transformación radical en esta región que es imposible describir con la claridad que se encuentra en las regiones superficiales del mundo. Ningún esfuerzo del pensamiento, ningún progreso del conocimiento, ninguna inducción razonable podrán jamás hacer desaparecer el misterio que envuelve al socialismo; y por que el marxismo ha reconocido este carácter ha adquirido el derecho de servir de punto de partida a los estudios socialistas. Mas es necesario agregar que esta obscuridad se refiere únicamente al discurso por el cual se pretende expresar los *medios* del socialismo; se puede decir que esta obscuridad es solamente *escolástica*; no impide de ningún modo que sea fácil representarse el movimiento proletario de una manera total, exacta y penetrante por la gran construcción que se llama *huelga general*. No hay que olvidar nunca que la perfección de este modo de representación se desvanecería al instante si se pretendiera resolver la huelga general en una suma de detalles históricos; es necesario *compenetrarse de su todo indiviso* y concebir el paso del capitalismo al socialismo como una catástrofe cuyo proceso escapa a la descripción". *Reflexiones sobre la violencia*, página 217.

(6) Ver J. de Gaultier. — *De Kant a Nietzsche*, y mi libro *Un Idealismo Estético*; *passim*.

(7) Flaubert en *La tentación de San Antonio*.

(8) J. de Gaultier. — *De Kant a Nietzsche y Les Raisons de l'idéalisme*; *passim*.

(9) Brunetière, *Etudes critiques*, 4.^a serie, página 129, citado por Sorel.

POESIAS

Cómo vencerte?

*"Cierro los ojos para olvidarte, y
cuanto más procuro no verte, cuanto más
cierro los ojos, más te veo."*

EUGENIO DE CASTRO.

HE de vencerte, lágrima.
Cuando sienta que vienes ascendiendo
Desde la misma entraña dolorosa,
Yo bajaré los párpados tenaces,
Cárdenos de sufrir, y serán puertas
Los dos morados párpados
Con hermetismo opuestos a tu avance.

Y a tí también te he de vencer sollozo.
Cuando tu estremecer venga rompiendo
Las fibras todas de mi pecho, entonces
He de oprimir con estas manos mismas
Mi pecho y mi garganta... y tanto, y tanto
Los habré de oprimir, que doblegado
Volverás dócilmente hasta la cueva
Donde se agita el corazón enfermo
De sufrir y de amar. Y he de vencerte!

Pensamiento, también tu tiranía
Ha de vencer mi voluntad orgullosa.
Y cuando quieras el martirio, el duro
Martirio acrecentar con tu acicate,

*Mi voluntad orgullosa, fieramente,
Te pondrá, pensamiento, una mordaza.
Una fuerte mordaza, fuerte y firme,
Y mudo quedarás, mudo, tan mudo
Como las bocas que selló la muerte,
O garganta mordida por el miedo.*

*Pero y a ti, y a ti cómo vencerte
Imagen dulce sobre toda imagen?
Con qué otro pensamiento
Habré de combatir tu persistencia?
De dónde sacaré tierra de olvido
Para echar sobre ti, ni cómo hacerlo?
Todos los días sangras este pecho
Con fieras disciplinas de recuerdos...
Qué rincón de mí misma habrá de darme
Refugio contra ti y adónde huirte?
Mi voluntad orgullosa ante tus plantas,
Te dice solamente, yo te amo.
Porque eres dulce sobre toda imagen,
Y eres torturadora, como llaga
Que nunca ha de sanar... eres lo mismo
Que un clavo ardiendo hundido entre las cejas.
Pero eres dulce sobre toda imagen...
Por eso a ti, cómo vencerte imagen
Dulce y torturadora y adorada?*

Intensidad

T*é quisiera a mi lado,
Y no por una hora sino por muchas horas...
Por la entera cadena de horas del día largo.*

*Quisiera oír de nuevo
El acento de vida de tu voz, que en mi oído
Todavía resuena a pesar del silencio.*

*Quisiera oír un día
En tu boca que siempre para mi alma fué muda,
Las palabras eternas del Amor y la Vida.*

*Quisiera que clavarán
Tus pupilas sus páas en mis ojos, lo mismo
Que las clavarón hace ya mucho una mañana.*

*Quisiera que esta fiebre
Que fatiga mi espíritu trasmigrara a tu cuerpo,
Y ser ella yo misma para incendiar tu frente!*

*Quisiera que se hiciesen
Alfileres de fuego en tus labios sensuales,
Los besos que me distes y los que aun me debes.*

*Quisiera que mi carne
Se diluyera en llamas pálidas y livianas,
Para hacerte cenizas y en ellas agotarme.*

*Quisiera ser tan tuya,
Como el latido mismo que tu corazón ritma,
Y cual la sangre misma que en tus venas circula...*

*Sí, quisiera todo eso...
Pero ¿qué es lo que más, y más, y más quisiera?
Yo quisiera morir y que me recordaras
Indefinidamente, sin amparo ni tregua...*

*Tanto, que no pasara un día de tus días
En el que mi recuerdo,
Dejara de sellarte los labios con mi nombre,
Tal como con un beso de amor, un largo beso...*

NYDIA LAMARQUE.

NICOLAS AVELLANEDA, CRITICO (1)

EL romanticismo literario de carácter social, dominante en la generación de Alberdi y de Sarmiento, que como escuela se vincula a Francia con el nombre de Hugo y a España con el de Larra, penetra el espíritu de varias generaciones argentinas.

Con un móvil de redención humana y aun de propaganda política, trazábase el cuadro novelesco, la estrofa lírica, y se concluyó por forjar en el verbo poético, el mensajero "alado", que dice el ciego esmírneo, más la espada que al herir persuade, que la lira que al cantar encanta. No es inoportuno advertir que muchas veces el móvil ético fué pretexto de tremendas efusiones estéticas, y que en nombre de la libertad se sacrificó el decoro de las musas. El *Facundo*, empero, ejecutado con tal criterio, redime a un linaje literario, y nos hace pensar con Hugo, en una de sus polémicas juveniles, que a fin de cuentas las doctrinas son estériles palabras, y que el talento, venga de donde viniere, es lo que importa. ¡A fe que el ingenio rebosa en *Facundo* de Sarmiento!

El concepto del arte, tan ingenuamente supeditado al interés social, que tuvo, diremos de paso, cierta lógica al enunciarse, tratándose de pueblos recién nacidos a la cultura, y que, por ende, debieron de perseguir en esa cultura, no la belleza como cosa superflua, que dijo Voltaire, o como un libre juego, que dijo Schiller, sino como esencia rudimentaria de la civilización; el concepto del arte evoluciona entre nosotros, siempre bajo la égida romántica.

El progreso natural de la República desarrolla la conciencia de una fuerza colectiva. La aldea porteña respira nuevos ai-

(1) Estas páginas pertenecen al cuarto y último tomo de *Las ideas estéticas en la literatura argentina*, consagrado a la "crítica", que aparecerá próximamente.

res en un ambiente de paz y creciente riqueza. Europa empieza a descubrirnos. Fijémonos en un año elegido al azar, en el año 71. Las gacetas reflejan el fervor material: los ferrocarriles cruzan nuestros campos como nuncios de civilización en los dominios de la barbarie, hubiese dicho Sarmiento; los puentes recortan la cinta de nuestros ríos, y las corrientes inmigradoras, rebaños humanos venidos de muchos rincones universales, empiezan a poblar el desierto. No sólo el brazo nos visita, sino la mente. En ese mismo año son huéspedes de Buenos Aires Gastón Maspero, el famoso orientalista, Charton el dibujante francés, Adelaida Ristori, la trágica italiana.

Carácter insólito adquiere el ambiente. La cultura produce un extraño espejismo: sus luces reflejan, en la pampa misteriosa, contornos de urbes europeas y disipan las sombras tutelares. Santos Vega fué la primera víctima.

El período de evolución romántica tuvo sus representantes, dentro de la crítica. En un principio, se saluda con ojos asombrados la civilización que llega al Plata: se sueña en París; se persigue en la ciudad luminosa el dechado del arte y la ciencia, y el nombre de sus hijos preclaros se pronuncia con un estremecimiento de admiración. La propia tierra, empero, preñada de tradiciones familiares, se alza dominadora en la visión cosmopolita: la torre del Cabildo aun habla a las nuevas generaciones, con el bronce de su reloj, de las generaciones de Mayo y de Julio, y el nuevo tiempo aun mide con su cuadrante histórico.

Los escritores, fortalecidos por la creciente bonanza material, que, a la larga, les ahogaría en un vértigo irremediable, emancipan el arte de los postulados sociales y se complacen en admirar la belleza en su propia y augusta finalidad. Mas el ámbito romántico aun les envuelve: creen en la independencia del arte y en la mirada serena de la belleza, y creen también que sus cultores son seres señalados por el infortunio, y que cultivan "una planta maldita con frutos de bendición", como dijo Zorrilla en la tumba de Larra. No en balde Byron había cruzado por el mundo: el lord magnífico infundió con su vida legendaria un nuevo sentido a la poesía, y, sobre todo, al poeta como personalidad humana.

Nicolás Avellaneda es el crítico de dicha época romántica. Reverencia la hermosura con un fervor de amante pertinaz, y persigue en ella sus gracias celestes, desinteresado de las relaciones terrenas que la deidad puede mantener. Al propio tiempo, cree que el poeta es un ser misterioso, ungido de tremendas virtudes, que se nutre, como el pelicano, con su propia sangre. El amor, hermano de la muerte, alzado sobre los abismos cordiales y predestinado a recibir la revelación de la sombra, arrastra sus alas en las estrofas del poeta ideal. De ahí que limite el campo de la poesía y que mantenga en él una jerarquía impertinente; de ahí que proscriba del círculo olímpico a todo aquél que cante las bellezas comunes de la vida, alimentado en los sentimientos del corazón y la naturaleza, que no siempre son trascendentales; de ahí que destruya el caramillo, con sus razones críticas, como indigno de mezclar sus ecos a la trompa épica, olvidado de que fué instrumento virgiliano.

Avellaneda mantiene una polémica con Santiago Estrada sobre las poesías de Jorge Isaacs. El polemista esgrime sus principios estéticos que contrastan con la obra lírica, llena de sabor rústico, del vate colombiano, y advierte: "El tipo del poeta no es la rubia Ceres que preside las cosechas, ni el festivo dios Pan que no inventó la lira sino el caramillo para asociar sus desapacibles sonos a las tareas rústicas. El tipo eterno del poeta es aquel Orfeo que aparece en las leyendas índicas y griegas como el primer cantor sublime, revelador de los misterios divinos y humanos..." (1).

Avellaneda exalta la poesía épica, sacerdotal, más divina que humana. Sus cultores llevan en la frente un sello terrible. El martirio, fruto del genio, mueve su marcha por el mundo. Marcha breve, por cierto, pues todos sucumben "desesperados y jóvenes"...: Byron en Missolonghi, Schiller en Weimar y Alfredo de Musset en París". (2).

De ahí que no comprenda, al menos como teórico, el valor de ciertos géneros literarios, por ejemplo la comedia, que recogen muchas veces en la risa transeunte más filosofía de la que

(1) Véase NICOLÁS AVELLANEDA, *Escritos y discursos*, etc., t. I, p. 82, Buenos Aires, 1910.

(2) *Op. cit.*, t. I, p. 83.

se contiene en la amargura de las lágrimas; es fácil que creyera inferior el arte de Aristófanes o de Molière. Lamennais no fué menos rigorista en sus negaciones estéticas ni menos solemne en el concepto que le merece la poesía.

Es posible predeterminar, respondiendo al criterio apuntado, el poeta predilecto de Avellaneda: admirará siempre al vate de voz profunda que haga temblar los árboles de la selva o haga encrespar la onda de los mares; desdeñará, en cambio, a quien busque en su propio corazón la fuente desconocida, cuyo raudal, aunque invisible, puede lucir la caricia de los astros. En efecto, Byron, de quien narra fantásticamente un episodio de su existencia, y Hugo, a quien recuerda de continuo, son sus poetas predilectos. Se comprende que así sea (1). En la literatura argentina admira fervorosamente a Andrade, el de la inspiración hugoniana, a quien llama "sublime poeta".

No admira, como lógico contraste, a Bécquer. "Le falta — dicenos — intensidad y extensión, pero tiene, en verdad, instinto poético. No es un poeta, no; sino un ensayo, un intento, o un preludio de poeta, como el germen de una planta no es una flor" (2). Claro está que acostumbrado a las resonancias de Hugo, de Byron y Andrade, debió de parecerle lánguida, moribunda, la voz del más exquisito poeta español del siglo XIX.

También tuvo algún preconceito sobre las jerarquías estéticas, ya no sólo acerca de los géneros, sino de los metros literarios. Alguna vez nos dice que la *Cautiva* hállase escrita en el "octosílabo de callejuela" (3). Adivínase, en dicha expresión, el desvío que le provocan los metros populares. Es fácil creyese que los romances, que debieron de acariciar sus oídos infantiles, en Tucumán, eran ajenos en absoluto al arte, y que cuando más ostentaban cierta música traviesa y cierto sentimiento doméstico.

(1) Sin embargo, Groussac nos dice que el gran poeta de Avellaneda fué Musset, "antes que Hugo y Lamartine". Yo me permito disentir de tal juicio, pues me parece que la sensibilidad de nuestro escritor más se acordaba con el bronce de las *Leyendas* que con el argento de las *Noches*. Fuera de ello, sólo una vez — que yo recuerde — nombra a Musset, en un párrafo que transcribo en este estudio; en tanto que a Hugo tiene presente a cada paso. (Véase PAUL GROUSSAC, *Los que pasaban*, etc., p. 195. Buenos Aires, 1919).

(2) *Op. cit.*, t. III, p. 73.

(3) *Op. cit.*, t. III, p. 80.

Dichos gustos estéticos son resabios de la educación universitaria. En los doctos claustros de Córdoba recoge una visión destenida del clasicismo: más que la savia antigua hasta él llega la norma retórica y el alarde académico. Las frondas de Tíbur y de Mantua, tuvieron para él, en sus ramos, aves de artificio, que soltaban su canto obedeciendo, no a la naturaleza libre, inspiradora, sino al canon inventado por la razón de los hombres.

El incendio romántico puso fuego a la selva pseudoclásica; mas conservó, en la memoria del estudiante, algunos hexámetros de Horacio y de Virgilio, que frecuentarían constantemente sus prosas, y la sobredicha disciplina retórica.

El horizonte de Francia, de la "dulce Francia", se descubre a través del incendio selvoso. Chateaubriand es el maestro y señor. El joven literato se enamora del estilo del poeta de los *Mártires*: declama sus cláusulas—al menos así lo imaginamos,—a las cuales sólo les falta la rima para convertirse en estrofas; retiene las imágenes magníficas, y gusta largo rato el eco de las palabras, ya sonoras, ya acariciantes, ya bronceínas, ya sedosas...

Grande es el deslumbramiento que le produce Francia. Sus poetas, sus políticos, sus oradores, le arrancan un aplauso de admiración. Nombres hoy olvidados, como el de Berryer, le inspiran un hermoso estudio, donde evoca, a través de ciertas memorias póstumas, al orador insigne. Nombres ayer anatematizados, como el de Renán, le inspiran páginas de elogio, a él tan cristiano en la forma como en el fondo (1), pues pudo pasar por alto la tesis humana de *La vida de Jesús*, enceguecido con las gracias celestes de un estilo perfecto. Y, por fin, entre estos nombres, descubre al crítico famoso, que penetra en las raíces del corazón para poder recoger los frutos de la ciencia o las flores del arte: Sainte-Beuve sería su autor de cabecera (2).

(1) Rebase de los límites de este estudio el comentario sobre la fase católica de Avellaneda, en la acción pública; por ejemplo, sus postulados referentes a la enseñanza religiosa en nuestras escuelas. Ante el escepticismo que empezaba a corroer la cultura de su época, decía con efusión romántica: "Necesitamos hoy como nunca la palabra del Cristo Salvador..." (*Op. cit.*, t. III, p. 77).

(2) Tan es así, que el tomo IV de las *Causeries du Lundi* fué la última obra que leía Avellaneda cuando le sorprendió la muerte en el mar, a bordo del vapor "Congo", en viaje de regreso a la tierra natal, el 25 de noviembre de 1885. Dicho ejemplar se conserva con otros objetos pertenecientes al publicista, en nuestro Museo histórico.

Avellaneda da la bienvenida a Groussac, y le predice tácitamente su destino literario en nuestra tierra, en nombre de Sainte-Beuve. Cree descubrir en los trabajos juveniles del futuro autor de *Santiago de Liniers* — los primeros trabajos que publicó en castellano — la huella de su "crítico", distante del surco trazado por Villergas o Martínez de la Rosa (1).

El escritor que persigue el ideal de cultura en Francia, se conserva criollo hasta la médula y romántico amparador de las tradiciones de su pueblo. El estadista echa en cara a Sarmiento los vicios de una "organización política que sólo se apoya en la sabiduría extraña" (2); el patriota opónese a la demolición de la Pirámide, en 1883; el poeta pasea la mirada evocadora por lo pasado, y compone *La agonía de la colonia*; y pasea la mirada angustiosa por lo futuro, y compone *La religión de las tumbas*. "Salvemos — dice — el porvenir, rindiendo culto al pasado; y puesto que arrastrados por no sé qué fatalidad no podemos dar un paso sin perdernos en nuevas discordias, unámonos a lo menos para santificar la memoria de nuestros ilustres muertos, inoculemos en nuestro espíritu la religión de las tumbas..." (3).

Y el escritor aun tiene una mirada amante, comprensiva, para la madre hermosa de su madre hermosa, como él hubiese dicho en el latín de Horacio. "Somos españoles nacidos en América", escribía, en 1878, a Emilio Castelar (4). Y a pesar de la cultura francesa, de suyo exclusiva, rinde homenaje a los poetas de España: los versos de la *Epístola moral*, que cree de Rioja, y que en aquella época no podía creer otra cosa, acuden de continuo a su memoria entre los alejandrinos de Hugo.

Avellaneda fué un escritor de raza, a quien los intereses políticos le hicieron abandonar un tanto el rumbo innato: el estético. Y fué un escritor dueño de un estilo magnífico, al cual faltó, empero, si le sobró espontaneidad, cierta mesura, y, por ende, cierta compostura literaria, que más se siente que se define, pues su gusto artístico no llegó — por diversas circunstancias — a la madurez apetecida.

(1) *Op. cit.*, t. I, p. 127 y siguientes.

(2) *Op. cit.*, t. I, p. 18.

(3) *Op. cit.*, t. X, p. 615.

(4) *Op. cit.*, t. III, p. 104.

Sea como fuere, su estilo, reflejo de la palabra cantante del tribuno, ostenta cláusulas armoniosas, exornadas aquí y allí por flores no siempre frescas, y doradas por el fuego de un alma romántica, abierta a la verdad y la belleza. Léanse las páginas admirables, evocadoras, que consagra a Fr. Mamerto Esquiú, donde estudia — como un buen discípulo de Sainte-Beuve — la obra del santo varón a través de las anécdotas de su vida; léanse las páginas — creo que las últimas que trazó la pluma de Avellaneda — consagradas a Rivadavia, llenas de fervor patriótico, y las consagradas a Berryer, llenas de calor intelectual.

El arte literario de Avellaneda ha envejecido, y su estilo parécenos — acostumbrados a la frase desalentada de la escuela de *Azorin* — altisonante. Sin embargo, es posible recoger en él un valor estético que desafía las modas literarias, y reconocer que algunas de sus cláusulas lucen un sello de distinción espiritual, de armonía verbal, realmente notables.

Es menester abstraernos de la época presente, y aceptar el énfasis romántico de muchos renglones, v: gr.: “He visto caer el baldón sobre mi intención pura. Llevo polvo en mis vestidos, palidez enfermiza en la frente...” (1), para poder gustar — ya acostumbrados al “clima” del escritor — la belleza de sus descripciones o efusiones literarias, v. gr. en el discurso pronunciado en la inauguración del Parque 3 de Febrero — cuyo cincuentenario se cumplió el año anterior (1925), — donde se contiene el copioso raudal, irisado por el cielo y armonizado por las frondas, de sus palabras. Así dice el orador eminente: “Horas melancólicas del crepúsculo de las tardes, rayos primeros del sol naciente, murmullos de los vientos que formáis sobre las aguas y en los bosques las voces incomprensibles de las noches: coloco bajo vuestros inefables misterios, que os ligan con los movimientos más secretos del corazón humano, las avenidas, los lagos, los jardines del *Parque 3 de Febrero*. Cada generación vendrá a mezclar verdades, sueños, pasiones al movimiento de las hojas de sus árboles, hasta que la naturaleza y el hombre, con sus estrechos enlaces y sus

(1) *Op. cit.*, t. III, p. 142.

afinidades íntimas, desciendan igualmente bajo el eterno reposo" (1).

Un soplo de las selvas americanas — que anima el genio de Chateaubriand — orea dichas cláusulas, que conservan, al menos para mí, una honda melodía, y si hacen sonreír, por ejemplo, al señor Groussac, al mismo tiempo logran humedecer el alma con rocío de belleza. El soplo del escritor francés penetra siempre las prosas del publicista argentino, y les infunde una elegancia de onda, no la que se estrella en el acantilado marino, sino la que se dilata, en círculos concéntricos, en el seno de los lagos (2).

Avellaneda, político, crece, ante la posteridad, con la luz artística que de él dimana. Recuérdese que, siendo Presidente de la República, mantiene una polémica sobre las poesías de Jorge Isaacs. No es menester trazar comentarios: en ese hecho se descubre la cultura de la época, cuyos gobernantes promulgaban leyes, como en los días de Atenas y Florencia, acariciados con el ritmo de las Gracias. Virgilio y Horacio también frecuentaron — por mediación de Juan Cruz Varela — el gabinete presidencial de Rivadavia.

En Avellaneda, a pesar de su destino político, palpita en forma excluyente, avasalladora, el deseo de las letras. De ahí la angustia íntima, lacerante, provocada por la acción pública, el ajetreo cotidiano, la lucha de los hombres y las cosas, que le alejaban del ocio divino, en donde las horas dejan caer un intangible tributo de arte y poesía. De ahí, quizá, se explique la melancolía de algunas de sus confesiones, en las cuales creemos percibir cierta disconformidad, digna de las almas grandes, entre la realidad y los sueños. "...Siempre he sido — nos dice — un loco por dentro, siempre agitado, insomne, inquieto, profundamente triste en los días más felices..." (3). De ahí que acaso añorase en la corona del repúblico, que ciñó su frente, los mirtos del poeta...

(1) *Op. cit.*, t. IV, p. 217.

(2) El estilo de Joaquín González, más firme de gusto y más rico de léxico, recuerda el de Avellaneda; el vínculo hállase en Chateaubriand, cuya lectura impresionó, y en forma perdurable, la adolescencia estudiosa del escritor de *Mis montañas*.

(3) *Op. cit.*, t. III, p. 173.

Meditemos estas palabras, que reflejan la psicología de nuestro gran Presidente: "La acción política es más ruidosa, pero es también incierta en sus resultados, y ninguno de los que viven en su agitada arena puede calcular el alcance futuro de su nombre. ¡Cuántos personajes ufanos y vanagloriosos van pasando al olvido en la historia contemporánea misma, mientras que un verso de Schiller, de Byron o de Echeverría hará conocidos sus nombres en la más lejana posteridad!" (1).

Mas si en Avellaneda hubo o pudo haber ese drama estético, que hallárase en el amor de las letras y en el de la patria que le movía a la acción, para la posteridad su vida adquiere prestancias singulares, pues si en ella hay cosas dignas de ser escritas, o, una vez escritas, dignas de leerse — dijera Plinio el joven — al mismo tiempo luce la flor de la hermosura: el verso que él perseguía en el jardín de sus poetas!

JORGE MAX ROHDE.

(1) *Op. cit.*, t. I, p. 182.

LA IMAGEN DE RACHEL

La gloria de Rachel brilla tan pura, después de un siglo, como en el día de su singular aparición en el cielo del arte. Conserva su poderoso atractivo para nosotros aquella gran figura de comedianta, que, casi niña y con el primer aletazo, se igualaba a las que habían sido, en épocas anteriores, las reinas de la escena y los ídolos de la celebridad, a la Champmeslé, a Adrienne Lecouvreur, a Clairon y a Mlle. Mars. Le prestan su grave encanto un destino excepcional y rápido, el tono elegíaco que depara la muerte prematura, la atmósfera de estudio, de inteligencia, de idealismo artístico, de delicadeza moral que hay en torno a su vida. Mas nos seduce, sobre todo, ese sello inconfundible y raro con que la había marcado el genio.

La llama del genio que ardió en Rachel y fascinaba a sus contemporáneos es lo que nos hace inclinarnos todavía con emoción sobre su recuerdo, a fin de sorprender su secreto en la imagen verdadera que ofreció su existencia, en la gracia particular y mortal que adornó sus sentimientos más íntimos, en la sonrisa o la tristeza que pasaron por su semblante. ¡Delicioso enigma que su arte tan sólo no podría develar! Si toda obra de creación implica salirse del plano habitual en que viven los demás hombres y sacrificar parcelas de vida, de goce y de transporte a su representación, que es el arte, ese continuo desdoblarse llega a extremos crueles en el actor y la actriz de talento. Cual sucede en los "grotescos", que explota el humorismo del teatro moderno, la máscara los volverá dolorosamente ajenos a su personalidad y a su individuo. Diderot, en su famosa *Paradoja sobre el comediante*, escrita en 1773, al poco tiempo de haber conocido el autor del *Padre de familia* al célebre actor inglés Garrick, de paso por París, nos ha iluminado ese aspecto del intérprete

dramático. Aquel admirable diálogo, uno de los más agudos tratados de estética, no es menos rico en sugerencias y en hallazgos críticos que esos "Salones" de pintura, en que el enciclopedista, partidario del realismo en arte pero jamás de la copia servil de la naturaleza, hace, de antemano, el proceso al naturalismo, presiente el estilo y la expresión y hasta preconiza y señala, como norma de belleza, "un sistema de deformidades bien ligadas y bien necesarias"... Lo verdadero en el teatro, según Diderot, no será por supuesto mostrar las cosas tales como acostumbran ser en la naturaleza. Ello sería apenas lo común. Lo verdadero en la escena será la conformidad de los actos, de los discursos, de la figura, de la voz, del movimiento, del gesto con un modelo ideal de las virtudes y de los defectos de los hombres, imaginado por el poeta y agrandado, exagerado, insinúa Diderot, por el comediante de genio. Para lograr esa objetividad de espejo en que toda la vida viene a reflejarse y a constituir, por ese solo hecho, un mundo o plano distinto ya del de la vida, los grandes poetas, los artistas, los grandes actores, nos dice poco más o menos Diderot, tienen que ser espectadores asiduos y lúcidos, hasta el grado subconsciente, de cuanto acontece alrededor suyo, en el mundo físico y en el mundo moral. Luego, serán los menos sensibles de los seres en la acepción corriente. La consecuencia lógica de esto, en lo que atañe a la fisonomía moral del comediante considerado como individuo, se halla concretada sentenciosamente en la frase que dirige Diderot al interlocutor imaginario del diálogo, al que cree en la impresionabilidad como rasgo esencial del comediante: "Usted los encuentra grandes en la escena porque tienen alma, pretende usted; yo los veo chicos y bajos en la sociedad porque carecen de ella". Así parece concluir Diderot. ¿Pero no ha sido siempre prerrogativa del genio conciliar los inconciliables? Rachel tuvo genio. Ejerció influencia artística, no bien surgió con ese genio fulmineo. La ejerció, después, muy grande, por la perfección del arte que había encarnado, cual arquetipo de verdad y de emoción, en medio de las revoluciones pasajeras del gusto, que han menudeado en las distintas épocas, sin exceptuar al siglo XIX. Pero Rachel tuvo alma a la par de genio. Tuvo un alma de elección. Y así, mientras la estatua de mármol, en el pórtico de la Comedia Francesa, perpetúa como

un símbolo a la portentosa trágica en el papel de Fedra, donde nadie la ha eclipsado hasta nuestros días, tocada con la diadema y en la lánguida y doliente actitud de la princesa del corazón fatal,

"La fille de Minos et de Pasiphæe"...

al desnudar cuyas pasiones, Racine, el incomparable artista, había arrancado una nueva armonía del verso y una como música abstracta a la expresión de los sentimientos humanos; en tanto que la comedianta palpita en esos nobles vestigios, otros, más recatados y llenos de pudor, entibiados con su suave contacto de mujer, constituyen algo así como las piezas evocadoras de un museo íntimo, nos hacen soñar con la otra Rachel, la de sus cartas, la de sus proyectos, la de las veladas en familia a la luz austera del candil, la que vive inmortalizada en las páginas votivas y frescas del más enternecedor de los poetas.

La época de Rachel fué literariamente superior a la del Segundo Imperio. Sarah Bernhardt, la joven recomendada del Duque de Morny, ingresó al Conservatorio en 1858, el año de la muerte de Rachel. Cuando surge Rachel, bajo la monarquía de Julio, el ambiente estaba todavía caldeado por la batalla romántica. Chateaubriand, viejo, en la oposición y algo olvidado y distante como esa su misma gloria, que no cabía en un solo siglo, Hugo, Mérimée, Vigny, Dumas, Lamartine, Musset, ya orientados hacia sus respectivas sendas, se levantaban sobre su pedestal propio. El teatro romántico, en cambio, agonizaba. Había servido para ampliar el horizonte de la escena y preparar el drama moderno. Pero en su afán de reconstrucción histórica, al abundar en el sentido de lo individual, de las particularidades de color y de pintorescos locales, de todo aquello que Shakespeare desdeñara con razón o que lo hiciera encojerse de hombros, había sucumbido a su exceso de elocuencia, a su falta de psicología, a lo falso y endeble de los caracteres, no suplidos por la belleza ideológica, que escaseaba en él. Entonces apareció Rachel, haciendo correr nueva sangre en las venas de la tragedia clásica y exhumando las obras maestras del gran siglo. Camila, Junia, Hermiona, Monima, Berenice, Esther, Fedra, Roxana, Atalia, Paulina reaparecían, imágenes de una perfección y una sinceridad casi inconcebibles y se las volvía a descubrir. Ningún verdadero artista perma-

neció indiferente a esa suerte de milagro. Paul de Saint-Victor, Alfredo de Musset creyeron ver renacer a Esquilo y a Sófocles. "La Musa de la tragedia, escribe este último, tal cual aparecía en los bellos días de Atenas, cuando los vasos de bronce temblaban en el eco de su voz". Rachel, con su intuición genial y su admirable escuela, su temperamento extraordinario revelaba un Racine desconocido, de sensibilidad prodigiosamente moderna, aquel a que alude en *La Vida literaria*, Anatole France, reconviniendo con dulzura y filosofía al autor de una blasfemia, a Auguste Vacquerie, romántico intransigente, que lo había calificado de "estaca", junto a Shakespeare, la "encina"! "No era el vuestro el verdadero Racine, le dice el gran escritor, no era el primero de los pintores del alma, no era el moderno que antes de Juan Jacobo y de vuestra grande amiga Jorge Sand descubriera al mundo la poesía de las pasiones, el romanticismo de los sentimientos. No, por cierto, no era el verdadero Racine, no era mi Juan Racine... ¿Y siendo así, qué importa, entonces, si el vuestro era una estaca? A fe que lo era. Lo consiento. Abracémonos".

Elisa Félix, la hija de oscuros judíos alsacianos, que recorrían, como vendedores ambulantes, las ferias y localidades de Suiza y Alemania, la chiquilla mísera, con traza y hechizo de gitana, cuyo metal de voz, un día que cantaba en las calles de Lyon, sorprendió al músico Choron, quien la llevó a las clases de declamación de Samson, reputado maestro, era esa misma Mlle. Rachel, extraña criatura de dieciocho años, "llena de expresión, con su frente proeminente, su ojo negro escondido por la órbita, su cuerpo cenceño, no desprovisto en su flacura de cierta elegancia de actitudes", cuyo talento descubría el bueno del Doctor Verón, la noche de su estreno, en el papel de Camila de *Horacio*, proclamando al punto que sería "la gloria y la fortuna de la Comedia Francesa". Era el 12 de Junio de 1838. Jules Janin la consagraba definitivamente, algo más tarde, en su folletín del *Journal des Débats* y a los pocos meses, su carrera estaba hecha, había nacido la fe en su genio. La aclamarían, en jiras triunfales, los públicos de Londres, de las capitales de Europa y Norte América. No le escatimaría la suerte honores ni riquezas, sin colmar su ambición y su sueño de artista, y moriría de tísis, a los treinta y siete años, en el mediodía de Francia.

De un carácter modesto y afectuoso con los suyos, cuya prosperidad material labra, llena de ternura y solicitud para sus hermanas Sarah y Rebecca, a quienes hace actrices de fama y con sus amigos predilectos, desprendida de sus bienes, Rachel no podía ser juzgada en nada con el cartabón de la mediocridad. Era veleidosa, brusca, repentina en sus decisiones y en sus rupturas. Llegaba a imponer su voluntad con despotismo. Disputada, a raíz de sus primeros triunfos, por la alta sociedad, la aristocracia y los salones literarios, se adapta con admirable tino, ingenio y discreción de lenguaje a ese medio tan extraño para ella. La bella Mme. de Girardin hace, en cierto lugar de sus escritos, el elogio de la altivez y la dignidad de carácter, que le valían la consideración del gran mundo.

En cuanto a su arte, se sabe por memorias privadas y se puede inferir de otros testimonios que si era susceptible de violentos estallidos, no abusaba de ellos ni de los "gritos estridentes y terribles", prefiriéndoles una violencia de acento contenido, que daba la ilusión de que la "devoraba una llama interior, de que la emoción iba a quebrarla". Y eran los momentos, en que esa mujer, más bien pequeña, delgada, nerviosa, semejante por su línea a una Tanagra, asumía, de pronto, la grandeza y, como dice Teófilo Gautier, "la faz misma de Melpómene". En su interpretación de Camila, Rachel tuvo la idea de un juego escénico, que no se le había ocurrido jamás a nadie. Al serle anunciada por Valerio la muerte de su amante, "Rachel, con las manos extendidas hacia él, temblaba de emoción, parecía querer arrancarle la nueva fatal. El "Hélas!" que debe decir entonces, estaba más bien en su mirada de desesperación, en su gesto, en su voz. Luego, fuera de sí, daba algunos pasos tambaleantes, hasta caer desvanecida en un sillón, con un brazo colgando en el suelo, la cabeza apoyada en el hombro".

¿En qué consistía, a decir verdad, ese magnetismo tan grande del arte de Rachel? ¿Qué ponía suyo en los arranques de celos de Hermiona, en "el pudor ardiente, dice Saint-Victor, que echaba como un velo sobre los deseos de Fedra", en las imprecaciones de Camila "semejantes al gruñido sordo de la loba romana?" Era, sin duda, más sobria de efectos que Adelaida Ristori, su contemporánea, formada en el repertorio de Alfieri,

que Buenos Aires aplaudió y cuya riqueza de matices cautivaba. Con todo, Rachel solía retirarse del teatro extenuada de fatiga y de desgaste físico. ¡Qué desmentido a los que, por incompreensión, la acusaron de frialdad, pues los hubo, de carecer de sensibilidad! “Reproche a todas luces ininteligente, escribió Gautier. Ha conservado la eterna serenidad del arte.” Lo que deducimos con claridad de los juicios a que acudimos, en el deseo de ver animarse a Rachel ante nuestros ojos, de conturbarnos y de vibrar otra vez por ella, es el prodigioso talento plástico, que agregó a todos los demás requisitos de una gran trágica. Aquella mujer ha de haber producido en algunos de sus espectadores la impresión viviente, a la vez, y sobrenatural de una estatua, de un bajo-relieve que se movía, para implorar o para gemir con voz y expresión humanas. Musset ha evocado “esa gran manera de decir, esos gestos raros, profundos, esa maravillosa inteligencia”. En Paul de Saint-Victor, encontramos una apreciación que podría parecer calcada sobre la de Musset, si no concordara con la idea que desarrolla en otros juicios idénticos: “¿Quién no se acuerda de esa máscara delicada y terrible, esos ojos llenos de una llama renegrida, aquel gesto perfecto y raro, esas actitudes de una escultura tan elevada”?

Una noche de la primavera de 1839, al salir de la Comedia, Musset se topa con Rachel, acompañada por un grupo de admiradores. Rachel lo convida a cenar en su casa, que quedaba cerca. ¡Bien inspirada Rachel! De aquella reunión improvisada en un piso modesto, al modo de bohemios y de estudiantes, su imagen iba a surgir pura, adornada para la inmortalidad, viva, palpitante de juventud e intimidad eternas. Musset, que tenía la suprema aristocracia del espíritu, adivinó en Rachel a un alma gemela, digna de su pincel y de su efusión. Y a través de su prosa fina, intelectual, circulan todo el calor, toda la ternura y el lirismo, que se escondían en los repliegues de ese corazón desbordante y amargo.

“Un souper chez Rachel” ha sido para los que hemos leído esa admirable página en los bancos del colegio y hemos vuelto a hojearla, después, la revelación, el “coup de foudre” de un sentimiento intuitivo, hacia la gran artista y espontánea mujer, que no nos abandonaría ya nunca más.

Rachel, ella misma, como una estudiante, de peinador y de pañuelo de seda en la cabeza, cocina unos bifés para sus invitados y los hace comer con cubiertos de estaño, por haberse llevado la mucama las llaves del aparador. Esos cubiertos son un recuerdo de los tiempos de dura miseria y de sacrificios. Por más que la señora Félix, madre de Rachel, haga visajes y que las hermanas refunfunen algo en alemán, Rachel, deliciosa de naturalidad y de desenfado, rememora la época, en que no tenía más que dos pares de medias y se levantaba a las seis de la mañana para tender las camas e ir al mercado. Musset envía una mirada de soslayo a las manos de Rachel. No conservan la huella de esas fatigas y esos menesteres. Son delicadas, blancas, de dedos ahusados. Unas manos de reina o de duquesa. Cuando la conversación recae sobre el teatro: "Quiero hacer Fedra, exclama Rachel, golpeando con el puño sobre la mesa. Me dicen que soy demasiado joven y cien pavadas por el estilo. Yo contesto: "Es el más hermoso papel de Racine, pretendo representarlo". En esto se han retirado, uno tras otro, los huéspedes importunos, se ha quedado dormida la madre en un sillón, Rachel ha leído a Racine al lado del poeta. "El genio de Racine alumbra su semblante, prosigue éste. Palidece, se sonroja. Jamás he visto nada más bello ni más interesante. Jamás en el teatro produjo en mí tanta impresión." Y luego: "... esos ojos brillantes que me consultan, una sonrisa infantil que halla el medio de deslizarse entre todo esto; en fin, hasta esta mesa en desorden, esta vela de llama temblorosa, esta madre que se ha dormido a nuestro lado, todo ello compone un cuadro digno de Rembrandt, un capítulo digno de Wilhelm Meister y un recuerdo de la vida de artista que no se borrará nunca de mi memoria"...

¿Era bella Rachel? ¿Cuál era su belleza? A estos interrogantes ya podemos responder con mayor precisión. La belleza no ha sido la perfección fría y absoluta de las facciones, ni siquiera para Fidias, de quien dice André Lhote que si domina la Grecia es porque agregó su acento a la belleza griega. Los primitivos de todas las escuelas son otro ejemplo de esta verdad. Baudelaire encontró la fórmula de un nuevo modo de apreciar la belleza, cuando afirmó: "Es siempre extravagante lo bello". Ya Poe había dicho: "No hay verdadera belleza sin algo extra-

ño en las proporciones". Esa belleza es la belleza de carácter, que Rachel tuvo en un grado impresionante y también desconcertante, puesto que no se llegaba, en el primer golpe de vista, a encontrarla del todo bella. Su belleza se hacía visible después de mucho estudiarla o en la transfiguración de la vida escénica. Por mi parte, daría cien caras bonitas por la mezcla de fiereza y de grave dulzura que advierto en la mirada y en el rostro, que señorea la frente alta y pulida, del retrato de Rachel por Devéria, en el "foyer" del Teatro Francés. Con razón pudo escribir Gautier: "Su belleza desconocida, porque era admirablemente bella, no tenía nada de coqueto, de bonito, de francés en una palabra; durante mucho tiempo pasó por fea, mientras los artistas estudiaban con amor y reproducían como tipo de perfección esa máscara pálida de ojos negros". Lo que había de raza judía en su tipo armonizaba, en las tablas, con la pureza de líneas antigua. Winterhalter el famoso retratista de las casas reales y de la corte de Luis Felipe hubo de pintarla. Rachel había pensado en Ingres. ¡Qué no daríamos hoy por verla evocada por el artista que, con la fuerza terrible de Holbein y una morbidez, una suavidad sorda y fascinadora, que constituyen su secreto, ha perpetuado a Mme. Riviere y encendido el relámpago de la vida en el mirar obscuro, adorable y severo de Mme. Devancay! Ingres examinó un rato a Rachel y puso como condición cincuenta sesiones de dos a tres horas cada una. Y lo grave del caso es que no bromeaba. Había dedicado seis años a algunas de sus obras maestras. Rachel, con exquisita ironía y tan a la altura de tamaño interlocutor tuvo esta frase: "Habré muerto, señor Ingres, antes de que usted me haya vuelto inmortal".

HÉCTOR DÍAZ LEGUIZAMÓN.

EL ODIIO EN LA LITERATURA MODERNA

DECÍA Saint Real, en una frase citada continuamente por Stendhal, que una novela es un espejo con el que caminamos por una senda. Cabal definición es esta si consideramos al espejo dotado de la virtud milagrosa de copiar no sólo las imágenes, sino también las abstracciones, las ideas y los sentimientos que nacen timidamente, crecen y provocan en las cosas reacciones trascendentales.

La literatura ha reflejado siempre la compleja y rica trabazón psicológica que constituyen los hechos de conciencia, pero de todos ellos los novelistas han escogido preferentemente el amor. Puede decirse que esta cuerda, ha dado todos los sonidos que podía dar. Ya místico o ya sensual, elevado o rastreando la tierra; desde el delirio espiritual de Don Quijote, hasta las páginas agrias de Nana, casi no existe novela o verso que no le trate.

Esta importancia se exageró a veces hasta llenar toda una obra, o constituir la piedra angular de una escuela literaria como el romanticismo.

La mujer es siempre erótica cuando escribe, el hombre lo es según el grado de tranquilidad de su época. Añádase la influencia del clima, el factor económico, el político y el religioso, y se tendrá la solución de que mientras el amor y la mujer, constituyen la base de casi toda la novelística italiana, aparecen tan raramente en la literatura rusa, en donde el hambre, la miseria y la brutalidad, apenas dejan sitio para *Las noches blancas* o *El Canto de Amor Triunfante*, de Turguenef, el más cosmopolita de todos los rusos.

Reverso de tan magnífico medallón, el odio también ocupa su lugar importante.

La novela no deleita por lo bello de los sentimientos que pinta, sino por lo que evoca. Si el arte fuera lo bello, o la realidad vestida de belleza, huiríamos del suicidio de Werther como de algo desagradable, y en lugar de conmover, horrorizaría.

En horas de enfermedad o desasosiego, cuando la lucha parece inútil y la vida estéril, es lógico, es humano y es fatal el fin de Werther.

Pero el suicidio se explica solamente en los temperamentos nerviosos, melancólicos; un hombre sano no llega a él sino a través del odio y de la derrota.

La venganza es una pasión que tiene tan profundas raíces dentro de la naturaleza humana que todas las legislaciones la consagran. El llamado derecho penal, no es más que la venganza de la sociedad contra el delincuente que la lesiona.

El artista, como el legislador, se encuentra siempre dispuesto a mostrarse clemente y bondadoso, ya que está en su interés suscitar simpatía. Por eso disfraza sus odios con el ropaje del amor a *lo contrario* y sale ganando dos veces, pues mientras disimula su sentimiento de venganza, simula un amor abstracto y vago, imposible de practicar por lo indefinido. Así el jurista nos habla de la seguridad social, y el antipatriota de su amor a la humanidad.

El hombre tiende a ser o a parecer como algo superior al hombre. Era necesario un temperamento como el de Zola, — combativo, enérgico y obsesionado por la verdad — para que fueran escritas, sin temblar la pluma, estas palabras:

“El odio es santo. Es la indignación de los corazones fuertes y paternos, el desdén militante de aquellos a quienes la mediana y la necesidad enojan”. Y luego: “He hecho del odio y de la arrogancia mis compañeros; me he complacido en aislar-me, y en mi aislamiento me ha satisfecho odiar lo que lesiona lo justo y lo verdadero. Si hoy valgo un poco es porque estoy solo y porque odio”. Pero una ironía, que es una paradoja, nos recuerda que no ha olvidado del todo el principio enunciado: “Y ahora, ya sabéis cuáles son mis amores, los bellos amores de mi juventud”. (1)

(1) *Mis odios.*

Y bien, el odio así expuesto, no puede ser censurado, lo cual implicaría pretender un arte sin sombras, desprovisto de uno de sus más preciosos recursos.

Si en la obra intervienen personajes degradados “burlones malsanos”, “estúpidos que todo lo miran con desdén”, “fámulos que nos dirigen”, “pedantes y hombres fastidiosos que rehusan la vida”, se justifica el odio, aún desde un punto de vista estrictamente moral. El relieve de una novela — es decir, la intensidad — se perdería a no existir lo alto al lado de lo bajo.

No hay luchador que no odie. La necesidad, la envidia, la emulación, toda esa serie de pasiones que han hecho del mundo una cosa demasiado pequeña para todos, no pueden desarrollarse sin vencer resistencias. La obra no brota entonces delicada y bruñida, nace trágica, como esos hijos engendrados por la violencia de la soldadesca sobre las mujeres del pueblo conquistado.

La época actual, que es de renovación, de lucha sin cuartel entre viejos y nuevos valores, nos ha dado el fruto que debía darnos. El pesimismo, el abuso de la fuerza, y la acción exaltada, han dejado de ser excepciones. Una generación nerviosa, febril y apasionada, puebla las ciudades, sufre en los talleres, sale a las calles exigiendo reivindicaciones que no conoce sino vagamente.

Rota la antigua contextura de la familia estable, ha sido sustituida por una nueva forma, inestable e individualista, en la que el hombre acciona por su cuenta apenas puede hacerlo, con desmedro de los antiguos amores patriarcales.

El cerebro va matando al corazón, en el cual, de tanto empequeñecerse, ya ni cabe Dios.

El artista recorre las ciudades con su libro de notas, recoge impresiones de la realidad, hilvana sus rápidos bocetos, y cansado de andar por el mundo, detiéndose en la fuente del camino. Sus labios resecos y mustios se apoyan y beben anhelantes en el húmedo brocal que desborda.

Aquella agua le sabe a hieles, es a ratos amarga, a ratos agria, le destroza la boca y donde le salpica le deja una mancha de color de sangre... pero el artista tiene sed, y bebe. Y luego, en un instante de inspiración, crea *Germinal*, *El Infierno*, *El Rey Hambre*, *Un Enemigo del Pueblo*...

EL ODIO AL HOMBRE

Barbusse nos proporciona el primer elemento de análisis con *El Infierno*, un libro doloroso, un libro de odio, en donde volcó toda la amargura de su ser.

Sus personajes son opacos, llenos de debilidades y de zozobras. Imagina Barbusse una treta habilísima, para sorprender la vida en su aspecto privado. La acción es inconexa, pero a través de todos los personajes que desfilan por la habitación de la Señora Lemercier, se nota el cansancio de la existencia inútil.

Para decirnos sus desengaños, su fiebre y sus tristezas, el autor, implacable, no utiliza siquiera el recurso de la trama.

Su odio es general; la patria, el matrimonio, el hombre mismo es apenas "un niño que pide una estrella". Un niño cuya felicidad es imposible, "crucificado en el tiempo y en el espacio". Profundo en el sufrir, trivial en el pensar, se desarrolla y vive miserablemente, alimentado con sus propias mentiras.

La elegancia del salón oculta la brutalidad de la vida interior. El hogar, la virtud, la castidad, son modos de la hipocresía, formas sin contenido. La supuesta virgen se comporta como la profesional. "¡Quién sabe lo que somos. Cuanto decimos, pensamos o creemos es ficticio! No sabemos nada; nada hay seguro ni sólido". (1).

Es el veneno Schopenhaueriano. La vida, que es dolor, no vale la pena de ser vivida. El odio brota del sufrimiento y de la impotencia. Es general, yendo contra la especie y no contra determinado grupo de individuos. No se confunda con la pasión del soldado frente al enemigo. La lucha presupone la defensa de la vida, y por lo mismo, la exaltación de toda su potencia.

Por el contrario, los personajes de *El Infierno* no dejan esperanzas. Alguno llega a la ilusión, mas recuérdese que a ella atribuía Schopenhauer la continuación de la vida.

Hay páginas en que el relieve se pierde, se confunden los altibajos, y en lugar de la lucha, que es drama, o de la agonía,

(1) *El Infierno*; VII, 100.

que es tragedia, se nos ofrece la visión sombría y desesperante de la muerte por el cáncer, por el bacterio, por el odio...

La obra de Barbusse no es en la literatura contemporánea la única obra de desconsuelo, la única *obra de venganza*. La escuela naturalista cuenta en su haber con abundante cosecha.

El filón ha sido explotado por los rusos, adquiriendo en algunas novelas de Andreiew la mayor intensidad. No puede haber desgarramiento más profundo que el drama en que luchan el instinto y la razón, mientras el cuervo, el fatídico cuervo de la visión de Poe, clava sus garras sobre el cerebro del esperanzado graznando su fatídico: *Jamás*.

Es este un odio inmoral, porque no crea. Su esterilidad absoluta cierra los sentidos y trunca la acción. Como la piedad, la hipócrita piedad de Anatole France, es para la juventud, camino peligroso. ¡Que nadie marche por él si no posee, para recorrer los senderos del Arte, las siete capas de la serenidad!

Tan absurdo es pretender encontrar un abismo entre el arte y la moral, como querer subordinar aquél a ésta. El artista se encuentra en la cómoda situación de usar y abusar de todos los temas, pero es conveniente que respete *el milagro* en virtud del cual, crea. La fantasía tiene el deber de dejarnos algún puñado de ilusiones, tanto más cuando es ella quien únicamente las proporciona.

Si el arte no tuviera influencia sobre la vida social, serían legítimas todas las tesis como lo son los motivos. Es absolutamente imposible — mal que nos pese — aislar el sentir del pensar, estando reducido a una simple aspiración teórica el *sentir por el sentir*.

Si el odio es necesario para la existencia de la tragedia, no debe exagerársele hasta el punto de agotar la esperanza. Así no es en la vida. Odiamos por algo y para algo. Por el derecho vulnerado, por la vanidad herida, por ambición o por temor. Odiamos para nuestro bienestar, para el de nuestros conciudadanos o el de nuestros hijos. Destruímos y creamos a la vez, por eso es insano pretender ver en los hombres seres peores de lo que son.

El odio sexual

La lucha de la mujer moderna por desarrollar un papel cada vez más importante en la sociedad, originó el nacimiento de una literatura feminista que tiende a reivindicar sus derechos. La pintura de mujeres fuertes, superiores al hombre, que pueden accionar independientemente del padre, del tutor o del marido, tuvo su origen en *Casa de Muñeca*, de Ibsen. Inmediatamente prodújose la reacción, ofreciendo a la obra y a la doctrina una resistencia tenaz, que si no llegó a impedir la revolución, detuvo y amenguó sus resultados. Pero estando la mujer, en ciertos casos, preparada para actuar y dominar, la costumbre siguió obligándola a consumirse en el ocio, al que debe la mujer fuerte su predisposición al mal. Hedda Gabler en el drama de Ibsen; Lulú, la serpiente de *El Espíritu de la Tierra*, de Frank Wedekind; Magda en el teatro de Suderman, representan el odio de la mujer por la vida casera y tranquila del matrimonio tradicional.

Salvo en *Hedda Gabler*, en que el protagonista es un sabio honrado, de una ingenuidad pasmosa, los otros hombres pertenecen a una clase inferior. Su autoridad, a pesar de las costumbres, resulta falsa, y cuando tratan de imponerse, accionan grotescamente. La mujer se apodera de los derechos y de la moral del hombre, obrando como los niños, los pueblos y las fieras puestos de pronto en libertad. El saberse fuertes, hace nacer en ellas un desprecio absoluto por la imposibilidad de los hombres de obrar conforme a su antiguo derecho, al cual, teóricamente, siguen apegados. No les basta dominar, quieren hacer sentir su dominio.

En la obra citada de Wedekind, dice Schoen: "Juzgas a las demás mujeres por tí. Tu marido es una criatura infantil, si no haría ya tiempo que habría descubierto tus andanzas".

Y responde Lulú:

"Qué más quisiera yo! Así perdería su infantilidad. Cree que es todo tener en el bolsillo el contrato de matrimonio. Ya venció las dificultades. Ahora puede obrar y darse con como-

dad. No tiene escuela. No ve nada. Ni me vé ni se vé él mismo. Está ciego, ciego!"

Más adelante agrega:

"Languidezco, me consumo. Me desconoce completamente. ¿Qué soy para él? Me llama su tesoro y su diablillo, pero lo mismo diría de la primera profesora de piano con que tropezara. No tiene pretensiones, todo le parece bien."

Lo que indigna, lo que subleva a Lulú, es que no se crea en su personalidad, hasta el punto de tenerle una fe ciega, cual si fuera una muñeca, incapaz de obrar por sí misma. Consecuencia de lo cual, extrema su venganza y, no conforme con ser infiel al esposo, necesita que lo sepa, pues de lo contrario su infidelidad no tendría objeto. No la impulsa el amor, — como en las novelas románticas — sino el odio.

He aquí un verdadero caos moral — *muy siglo veinte* — en que vive una mujer galante que no cree en Dios, que no sabe si tiene alma ni si amó jamás y que, para mal de ambos, se ha casado con un artista mediocre que lo cree todo, *hasta el punto de que es imposible tenerle respeto*.

A este odio, refinado y coquetón, va a responder el hombre con un arma peor: la misoginia. Es cuando Nietzsche preconiza el látigo, Tolstoi la castidad, Marinetti su destierro del arte, D'Annunzio su vasallaje medioeval, y un escritor americano, a quien no nombro por pudor literario, el desprecio del espíritu y el amor exclusivo a la materia, que es el mayor insulto que puede recibir. Pero la guerra está declarada, y surge en la sociedad — en la sociedad fantástica de la literatura — la *Don Juan*, la *semi-virgen*, la *garçonne* (1).

Nada pinta mejor, a despecho del convencionalismo y la mojigatería, la esencia de la lucha sexual en nuestro tiempo.

Quizás la única solución sería la preconizada por Ibsen: *la libertad*. No existe mejor motivo para acrecentar el odio que el obstáculo. Las aguas se amontonan en el dique y crujen las compuertas. El amor en su forma romántica y sentimental des-

(1) "Se desliza en las relaciones de hombres y mujeres algo así como una política implacable, como un sistema reglamentado de perdición. La corrupción se convierte en un arte igual en crueldades, en falta de fe, en traiciones, al arte de las tiranías. El maquiavelismo entra en la galantería, la domina y la gobierna." E. y J. DE GONCOURT; *El Amor en el Siglo XVIII*.

apareció ya de la vida y de la literatura. Todo anuncia el advenimiento de una nueva forma de comprender la vida y las relaciones humanas.

Vivimos, pues, una época de acción, un siglo heroico para el cual, la literatura del odio, constituye su epopeya ideológica.

El odio social

La lucha entre los pobres y los ricos, del individuo contra la sociedad, del progreso contra la reacción, origina el nacimiento de pasiones violentas, para las cuales todos los medios son lícitos. El socialismo, la aspiración a la igualdad económica que pretende resolver la cuestión social, constituye el centro de una abundante literatura cuya importancia creció con la terminación de la guerra, y con la trágica aventura rusa. La novela socialista se conocía ya en Rusia, era casi toda la novela, convertida en eficaz sistema de propaganda.

Con la revolución, dicha literatura, intensa en ideas, abundante y rica en emoción, se esparció por el mundo haciendo sentir su influencia.

En Francia, Zola la había cultivado con un éxito mayor que el que merecía. Años más tarde, no hay escritor de la *post-guerra* que no haya tratado el problema social. El genio trágico y pesimista de Barbusse ve "*un resplandor en el abismo*", en medio de su noche vislumbra *Claridad* después de haber escrito *El Fuego*. El odio amontonado, sedimentado en las trincheras, es traído por los ex-combatientes a la vida social.

Ayer el enemigo estaba en el campo, y hablaba una lengua bárbara que nadie comprendía.

Hoy se le busca en la ciudad, en la propia casa. Los gobiernos les enseñaron a odiar y les dijeron: —"He ahí el enemigo". —Terminada la guerra, el odio se vuelve contra ellos. Y las masas protestan, gritan, aullan y se mueven pesadamente a la voz de los demagogos que pregonan el "verbo nuevo", "la palabra de amor", el "principio de la fraternidad universal". Hay que "destruir el mundo viejo", "asesinar al pasado". Para terminar con el militarismo hay que formar ejércitos, para disfru-

tar de la paz, declarar la guerra; una guerra universal, nunca vista, que llegue a todos los rincones, en la cual intervenga toda la humanidad.

Estábamos haciendo paradoja sin quererlo.

Con la *maldad* y la *ironía* que le caracteriza, Anatole France ha descrito en *Les dieux ont soif* la virtud de los modernos profetas positivistas. Su pluma es única en estas pinturas. A ella olvidábamos asignarle un papel de primer orden en la literatura que estudiamos. Nada más característico que su posición negativa frente a los eternos valores de la humanidad. Anatole France se ha burlado de todo, tanto de la miseria como de la riqueza, tanto del vicio como de la virtud.

Su obra tiende siempre a destruir aquello de que trata. Si alaba, lo hace para ridiculizar. La ironía no puede nunca confundirse con el amor ni con la piedad. Es una actitud negativa frente a lo que se aborrece. Una manera muy culta y muy fina de insultar sin enojarse (1).

Constituye una dolorosa lección el fenómeno de que, cuando los artistas modernos describen caracteres superiores, verdaderos directores de masas, como en los dramas de Ibsen, todos ellos fracasan — quizás porque necesitan fracasar — al menos en el arte — para ser bellos.

Un hombre posee la verdad. Después de infinitos trabajos ha conseguido encontrar un rayo de luz y levanta su antorcha en todas las esquinas, como Stockman, al pie de las montañas, como Brand. El pueblo — que es materia sin alma — desoye el llamado que no beneficia sus intereses inmediatos. El apóstol insiste y es lapidado. A las piedras, responde con filosófica misantropía: “El hombre más fuerte del mundo es el que está más solo.” (2).

(1) Manuel Gálvez comparte las mismas ideas: “Siempre he visto—dice—en Anatole France, un ser frío, malo, perverso a veces y hasta de una infinita perversidad.” *El espíritu de Aristocracia*, Cap. VI.

(2) *Un enemigo del pueblo*.

Conclusión

¿Es buena la literatura del odio? ¿Debe propagarse? A las dos preguntas cabe responder que es inútil toda labor de la crítica en este sentido, ya que el arte, como afirmamos anteriormente, es el reflejo de la vida social. Sin embargo, grato es observar la importancia que tiene en la formación del espíritu y su influencia sobre el alma de los pueblos.

Una novela puede más que un consejo. La máxima se borra, a pesar del desvelo pedagógico del maestro. La novela no, porque es acción. Hay ciertos caracteres impresionables que recuerdan las aventuras que leyeron tan nítidamente como si les hubieran sucedido a ellos mismos.

Siendo tanta su trascendencia moral, es lógico que se trate, por lo menos, de seleccionarla, separando el oro de la calderilla, el tónico del veneno. Cabe afirmar que es saludable cuando crea, cuando el odio tiende hacia un fin constituyendo el pretexto de la acción. Es insano y debe combatirse cuando destruye por destruir, cuando el odio se agota en sí mismo, sin dejar en la noche atormentada ni la luz de una estrella.

EDUARDO R. VACCARO.

POESIAS

Señuelo

TE soñaba, camino, como un niño travieso.
Sabía que, curioseando las sierras,
te ibas lejos,
que herías sus laderas y quebrabas malezas
por mirar los abismos,
recostado en el suelo...
que, luego, te escondías temeroso
en los valles o ríos,
o en las duras quebradas,
y salías, de pronto, con tu delantal blanco,
a tenderte en las sierras
con las piernas cruzadas.
Y yo, siempre de lejos,
envidiaba las huellas
que dejaba el descanso de tus jornadas largas.
Te quería, camino, con la inquietud insomne
de un oculto deseo...

Y un día... ¡cuánto anduve en tu senda!
Vi los claros paisajes que tú miras tan quieto,
hondos ríos y peñas,
risueños caseríos a lo lejos,
cielo, rocas, abismos,
y sentí que me dabas la profunda serenidad
de tu silencio místico!
Incansable camino,
desde que te he seguido,

*como pájaro iluso de andanzas peregrinas,
soñador y sediento,
solo busca mi alma, en todos los caminos,
tu divino silencio!*

Otoño serrano

LUZ y frescor en las sierras!
Alborozo del paisaje
bajo la gracia abrileña.
Timideces del otoño
por llevar a los follajes
su palidez de hojas muertas!

Rumor de la lluvia

RUMOR de la lluvia fresca
danzando en el pedregal!
Llenura de los regatos,
alegría de los pinos,
fresca gracia del bancal!

*Rumor de las gotas de agua
que se adunan al hablar
de mis ansias, cantarinas...
Eco glugleante y sonoro
que llega del hontanar!*

Semblanza

COMO en la vertiente
que de ignoradas lejanías viene
sin que la tierra manche la limpidez
del agua,
yo veo hasta el fondo, hasta el fondo mismo.
de tu alma;

*y me place, en silencio, colocar
las manos
en el agua clara,
contra la corriente,
y robar del fondo
las piedras más raras.*

*Pero a veces, en remansos profundos
se detienen las aguas pensativas,
y mi avara inquietud de aprisionarte
en la serena hondura adormecida,
ve con místico asombro dibujarse
mi figura sombría.*

Unidad

UN árbol seco al borde del camino
la desnudez alarga del ramaje;
así, la primavera cuando vino,
lo encontró solo al línde del camino
en la explosión alegre del paisaje.

*De una rama, que otrora sostuviera
la ternura de un nido,
pende un rojo plumón que hirió la muerte.
Y en la otoñal quietud de la pradera,
el ave es, sobre el deshecho nido,
del árbol seco el corazón inerte.*

Matinal

BRUMAS que se borran
entre los perfíles
quietos de la sierra.
Sol de lejanía.
Temblor de rocío
que se da a la tierra.

*Otoñal tibieza
de la azul mañana;
olor de mentales,
frescura del agua,
rezongo incansable
de los manantiales!*

*Toda humedecida,
flexible, olorosa,
ebria de horizonte,
de luz y rocío,
me siento mañana,
huerto campesino,
árbol,
flor,
camino...*

Sé bienvenido

Sé bienvenido, tú que detuviste
tu paso de viandante en mi morada;
que ya puedes beber serenamente
el agua pura de mi fuente clara!

*Sé bienvenido, que hallarás sosiego
en la paz interior que te dé albergue:
te alegrarán auroras, soles, cantos,
sentirás en las tardes mi tristeza;*

*mas siempre habrá una mano que acaricie
tu frente pensativa y dos labios
que mudos borren las angustias viejas
que hay en el fondo de tus ojos claros.*

*¡Sé bienvenido a mi morada tibia!
Te ofrezco toda mi ilusión, serena;
el arca donde guardo mi tesoro
que es un puñado de palabras buenas.*

*¡Sé bienvenido! Tuya es mi morada,
tuya es mi fuente... ¡Bebe caminero,
de mañana...! que ya vendrá el ocaso
a ensombrece las huellas del sendero!*

Motivo gris

HASTO de la tarde soñolienta;
sombra de otoño que cansada vuelve.
En el paisaje gris, lluvia serena,
y en el alma y en todo hondo silencio.
Llanto infinito de la nube inmensa,
vago como las sombras imprecisas
que en la débil prisión de nuestras manos
se desvanecen sin dejar las huellas...
Lágrimas que se vicerten sin motivo
y el paisaje interior que se prolonga
en tono gris, como la tarde triste,
envuelto en el silencio y en las sombras.

MARÍA E. BELLINI.

Sierras de Córdoba 1925.

EL URUGUAY DESFIGURADO AL TRAVES DE VASCONCELOS

Observaciones al margen de "La Raza Cósmica"

JOSÉ Vasconcelos, el vigoroso escritor mejicano, el altivo pensamiento, recio agitador de espíritus y corifeo máximo del nuevo evangelio laico en el que se adoctrinan las juventudes latino-americanas, acaba de sorprendernos con un libro contradictorio y desconcertante: *La Raza Cósmica*.

Son notas de viaje precedidas por un prólogo en el que el autor estudia, con luminosa originalidad, la misión de la raza ibero-americana en nuestro continente.

I.—La misión de la raza ibero americana

Audaz en el pensamiento, erudito en la construcción estructural de la tesis, sugestivo en sus inesperadas conclusiones, el gran mejicano nos conduce de pronto ante un espectáculo insospechado: sobre el primitivo suelo americano, cuna—según la hipótesis del continente único—de la milenaria raza atlántida, que se precipitó en la carrera de su decadencia hasta quedar reducida a los menguados imperios Azteca e Inca, resurge ahora,—al cabo del ciclo cumplido por dicha raza a través de las cuatro etapas: el negro, el indio, el mongol y el blanco,—un nuevo aliento civilizador, que anuncia la aparición de la quinta raza, la raza mixta, interferencia fecunda de las que se han dividido el dominio del globo. "La raza blanca—dice Vasconcelos—organizada en Europa y convertida en invasora del mundo, se ha creído llamada a

predominar lo mismo que lo creyeron las razas anteriores, cada una en la época de su poderío. Es claro que el predominio del blanco será temporal; pero su misión es diferente a la de sus predecesores; su misión es servir de puente. El blanco ha puesto al mundo en situación de que todos los tipos y todas las culturas puedan fundirse."

Y bien: de sistematizaciones como éstas, sugestivas e ingeniosas, pero aventuradas sin duda alguna, está elaborada la tesis del prólogo, que merece ser objeto de un análisis serio.

Vasconcelos agrega — de acuerdo con su punto de vista según el cual existe un divorcio absoluto de naturaleza entre la raza sajona y la latina — lo siguiente: "Si los sajones no tienen el lastre ciceroniano de la fraseología, ni en la sangre los instintos contradictorios de la mezcla de razas disímiles, en cambio cometieron el pecado de destruir esas razas, mientras que nosotros las asimilamos, y esto nos da derechos nuevos y esperanza de una misión sin precedentes en la historia."

Muy interesante sería analizar las ideas expuestas en este enjundioso estudio por el ex Ministro de Instrucción Pública de Méjico; pero no es nuestro propósito emprender aquí esa tarea, que postergaremos para otra oportunidad. Sólo diremos, a título de anticipo, que a nuestro juicio la tesis de José Vasconcelos, no obstante sus sistematizaciones rectificables, es el primer ensayo científico tendiente a construir una doctrina sociológica de sólidos fundamentos, sobre la cual pueda hacerse descansar definitivamente nuestra prédica de latino-americanismo ideológico y práctico, algo incoherente aún.

EL CAPÍTULO DE "LA RAZA CÓSMICA", DEDICADO AL URUGUAY.

Pero el motivo fundamental de este trabajo, es otro. En efecto: consideramos necesario rectificar ciertos conceptos y apreciaciones erróneas hechas por el eminente escritor mejicano en el capítulo que en su libro dedica al Uruguay. La cuestión vale la pena por cuanto se trata de evitar que, entre nosotros mismos, correligionarios de la causa común latino-americana, surjan discrepancias accidentales, perturbadoras respecto de nuestra acción conjunta en el Continente.

La primera impresión que se recoge al leer las breves páginas consagradas en *La Raza Cósmica* al Uruguay, es la de que el autor, aparte de los conceptos erróneos que sustenta, incurre a cada paso en fundamentales contradicciones. Nosotros no compartiremos ese juicio exagerado. En efecto: tal impresión constituye algo así como un espejismo que sufre el lector no familiarizado con las características del estilo y con las peculiaridades del pensamiento vasconceliano.

Espíritu apasionado y afirmativo, en permanente actitud de combate, procede por síntesis conceptuales, rectilíneas, súbitas y desconcertantes como un relámpago mental. Su pluma nerviosa traza rasgos fuertes, traduciendo observaciones rápidas y sugiriéndonos paisajes de colores vivos e intensa luminosidad. Por eso es tan exagerado en la crítica como en el elogio. De ahí sus contrastes y sus inconsecuencias aparentes. Los hombres de acción, los predicadores, son de este género. Corresponde admirarlos; no deprimirlos.

Aclarado este punto, debemos entrar al análisis de algunas de sus afirmaciones.

Mientras no juzga problemas políticos locales, Vasconcelos se prestigia con acertadas observaciones que ponen de manifiesto un espíritu singularmente perspicaz, de una sensibilidad extraordinaria. Las pinturas de ambientes como el bonaerense y el montevideano, la observación de rasgos y modalidades psicológicas de la población, sus juicios certeros y rotundos acerca de hombres públicos, instituciones, etc., que ha tenido la oportunidad de conocer por sí mismo, revelan un psicólogo penetrante y agudo. Sin embargo, su impresionabilidad característica lo traiciona abiertamente cuando se trata de apreciar fenómenos políticos complejos.

Vasconcelos comienza su capítulo de cargos — digámoslo así — contra el partido gubernista del Uruguay — el Partido Colorado — declarando que “a pesar de que el Congreso expide muchas leyes y los gobiernos se proclaman muy radicales y aún colorados, la propiedad de la tierra es patrimonio de unos pocos estancieros”.

Es cierto, sin duda, que el problema agrario no ha sido aun

abordado y que subsisten los latifundios; pero analicemos a fondo la cuestión y veamos cuál es la responsabilidad que puede incumbirle al Partido Colorado en el mantenimiento de semejante estado de cosas.

II.—La cuestión agraria

LOS DISTINTOS TIPOS DE LATIFUNDISMO EN AMÉRICA.

Ante todo, para colocar el problema en sus verdaderos términos corresponde hacer notar que el tipo de latifundismo uruguayo ofrece características sociales y políticas totalmente distintas con respecto al tipo mejicano y aún mismo con respecto al de otros países de América, como el latifundismo argentino, por ejemplo. Por lo tanto, y desde que Vasconcelos incurre en el error de aplicar un mismo criterio a la solución de problemas distintos, es evidente que su punto de vista se hace insostenible y sus críticas vienen a resultar injustificadas.

a).—*El feudalismo mejicano*.—Algunas pocas palabras bastarán para dar siquiera una ligera idea de este régimen. En Méjico, el latifundismo fué originado por el régimen feudal y coexistió con él. Ahora bien: todos los feudalismos presentan un doble aspecto: político y económico. El aspecto político está representado por el ejercicio de las atribuciones del poder público que el señor feudal se abroga dentro de la jurisdicción de sus dominios y que a menudo se extiende a una intervención e influencia predominante en la suprema dirección del Estado.

El régimen feudal nace en Méjico, del coloniaje. En primer lugar, las instituciones de la colonia conquistada fueron una prolongación de la misma España de aquella época, con todas sus intolerancias religiosas, sus despotismos políticos, sus desigualdades sociales, sus privilegios feudales. En Méjico, como en toda la América española — pero más en este país que en ninguna otra región — el régimen de las encomiendas de tierra, agravado con el mal sistema del repartimiento de indios, dió lugar a las inmensas concentraciones de la propiedad agraria, causa fundamental del raquitismo económico de América española, en chocante con-

traste con la prosperidad y el extraordinario desarrollo de la América del Norte, donde la colonización anglo-sajona estableció el régimen de la tierra libre.

Los conquistadores de Méjico repartían el botín entre las castas privilegiadas, los soldados, el clero y los políticos favorecidos. Por lo demás, España dictó allí una legislación territorial eminentemente feudal. Esta legislación establecía que todas las tierras eran del Rey y que la propiedad privada sólo podía ser adquirida recibéndola de la corona, la que, en esos casos, otorgaba los llamados títulos privilegiados o realengos, únicos capaces de hacer adquirir el dominio.

Ahora bien: para mantener ese feudalismo la corona se sirvió en Méjico del clero. Este tenía en sus manos la función educativa y predicaba en las escuelas el vasallaje al Rey, conformando las conciencias al régimen imperante.

Pero esta alianza con el clero se hizo más fuerte cuando comenzaron las luchas por la independencia. El rey otorgó entonces al clero grandes extensiones de tierra y enormes privilegios, con el fin de solidarizarlo a la causa de la monarquía.

La independencia no conjuró este mal. Se salió de la monarquía, es cierto; pero siguió rigiendo la legislación territorial feudalista. Porque, en efecto, si bien es cierto que fué suprimido el título primordial emanado de la corona, lo vino a sustituir el título emanado del Estado, que era el instrumento de las castas privilegiadas, lo que, en el fondo, era lo mismo.

Esta situación no se modificó hasta que la República liberal pagana de Benito Juárez y Miguel Lerdo de Tejada dictó la ley de desamortización de los bienes del clero, el cual poseía más de mil millones de duros en haciendas, propiedades rurales y urbanas, hipotecas y bienes provenientes de legados, donaciones, limosnas, etc.

Pero si el feudalismo colonial había recibido un fuerte golpe, Méjico estaba condenado a sufrir un nuevo régimen semejante.

Tal el régimen del caudillismo organizado o feudal que asume su máxima influencia en las organizaciones políticas federativas. Tipo perfecto de este régimen fué el que prosperó bajo el

gobierno de Porfirio Díaz. Los caudillos, y el mismo Porfirio Díaz, surgieron de la desorganización de las divisiones del ejército que había intervenido en las luchas contra el clero y el feudalismo hereditario de los Yturbide y cuya consecuencia había sido el establecimiento de la República Liberal Pagana. A este aspecto político se asociaba el aspecto económico, representado por los grandes latifundios. Porfirio Díaz, encaramado en el poder, impone luego su despotismo y, por una serie de factores que no es del caso analizar, ampara las pretensiones de los caudillos y de los señores feudales, poseedores, algunos de ellos, de inmensos dominios como el de Chichuahua, que abarcaba una extensión de 7.000.000 de hectáreas.

La revolución agraria, en estas condiciones, se hacía forzosamente inevitable.

b).—*El feudalismo argentino*.—Algo semejante ocurrió en la Argentina, organizada también bajo el sistema feudal en los comienzos, con la diferencia de que en este país la reforma se operó evolutiva y pacíficamente; pero sólo en el aspecto político, por el sometimiento de los caudillos a la autoridad constituida, quedando postergada indefinidamente la solución del aspecto económico, a tal punto que no existe actualmente ninguna perspectiva favorable con respecto a la posibilidad de abatir el latifundismo y encarar el problema agrario.

En la Argentina, como lo observa Ingenieros, durante los primeros veinte años de su vida política (1810-1830) la pobreza de la población pastora, el raquitismo de la vida industrial y comercial, ahogada por el contrabando, la ausencia de intereses económicos homogéneos, engendró la más completa desorganización política. Así nació la llamada "anarquía argentina". Este régimen fué un verdadero feudalismo. Los propietarios de los inmensos dominios concentraban el poder político y el privilegio económico. A su vez el latifundio fué la causa principal del caudillismo político. No existiendo verdaderos partidos políticos, predominaron las influencias personales. Luego, cuando el comercio, la ganadería y la agricultura se desarrollan, aparecen intereses reales y el feudalismo inorgánico se transforma en feudalismo organizado, cuya figura representativa es el estanciero Juan Manuel

de Rosas. Es la restauración colonial y la derrota de los principios e ideales de la Revolución: Esta es la época feudal que Ernesto Quesada llama "la edad media argentina", estableciendo entre ella y el feudalismo europeo un paralelo esbozado ya por Alberdi.

Más tarde es el propio Rosas quien se impone políticamente a los señores feudales de las demás provincias. Su poder deriva de su calidad de jefe del trust de negocios de hacienda. Es el feudal de Buenos Aires. Y como al privilegio económico se asocia en los regímenes feudales, el poder político, Rosas, desde el gobierno, se apodera de las rentas de Aduana y se niega a la nacionalización de las mismas, medida insistentemente reclamada por los unitarios. Así nace la lucha entre federales y unitarios.

Pero aquí interviene un factor que no aparece en Méjico. La inmigración, luchando contra el latifundio, transforma la primitiva producción del régimen feudal, en el régimen agro-pecuario industrializado. Rosas es vencido. El caudillo feudal pierde su poder político y se convierte exclusivamente en estanciero. Tal el estado que subsiste en la actualidad. El único intento de reforma agraria corresponde al eminente Rivadavia quien, con su "Ley de enfiteusis", procuró salvar los inconvenientes del latifundio improductivo, iniciativa magnífica que su época no comprendió.

c.—*El latifundismo en el Uruguay.*—Como hemos visto, el latifundismo mejicano y argentino, fuente del poder económico, se fundió al poder político propio del feudalismo, con el cual coexistió.

Otra cosa muy distinta ocurrió con el latifundismo en el Uruguay. Nuestro país pasó inmediatamente de la época heroica de la independencia al estado de organización definitiva del gobierno. El sistema unitario — que jamás fué alterado — determinó la centralización del poder político ejercido por el Estado legalmente constituido. En nuestro país no ha existido feudalismo propiamente dicho, ni caudillismo organizado. El estanciero no ha ejercido influencia directa alguna de índole política, excepto el voto. Más aún: el partido de los hacendados, el actual partido blanco, ha estado siempre en minoría en el país, no habiendo logrado conquistar el poder que conserva aún en sus manos el

partido colorado, poderosa colectividad política que reúne a la pequeña burguesía de la clase media, a la burocracia y a los trabajadores. Por lo demás, la misma extensión reducida del territorio del Uruguay, que en conjunto no alcanza a la superficie de la sola provincia argentina de Buenos Aires, fué un obstáculo natural poderoso opuesto a la formación del tipo clásico del latifundio de vastas proporciones.

En cuanto a las revoluciones en el Uruguay, no tuvieron el carácter de lucha de clases, como en Méjico, ni fueron exponentes de las rivalidades de feudalismos entre sí, como en la Argentina, durante la época de la anarquía. Fueron apenas levantamientos intermitentes de masas heterogéneas de descontentos reclutados en la campaña y reunidos en torno al prestigio personal de un caudillo, sin orientación política definida, bien que les pese a los actuales dirigentes del partido blanco, herederos de aquella tradición, que han venido realizando sin éxito esfuerzos inauditos por justificar tales rebeliones, atribuyéndoles motivos ideológicos de que carecieron casi en absoluto, como no fuera, en el mejor de los casos, cierta incoherente acometividad romántica que, más que otra cosa, puso en evidencia una manifiesta inadaptabilidad a las disciplinas de la vida pública. Bien es cierto que los caudillos revolucionarios fueron la mayor parte de las veces estancieros, y se explica que así fuera; pero no respondían a una determinada organización de intereses, característica de toda lucha de clases. Otras veces fueron luchas entre caudillos, que pretendieron utilizar en su provecho los prestigios adquiridos en las guerras de la independencia, para satisfacer ambiciones políticas personales.

III.—La responsabilidad del Partido Colorado o gubernista, frente a la cuestión agraria

Como se ve, los latifundistas del Uruguay no constituyeron jamás un verdadero peligro político, ni opusieron un obstáculo organizado y serio a la obra de organización nacional, a diferencia de lo ocurrido en Méjico y en la Argentina. De todos modos, si alguna finalidad política persiguieron los latifundistas, nunca

organizados sino mezclados en la masa heterogénea de los revolucionarios — finalidad que sin duda se puso de manifiesto todas las veces que los jefes insurgentes reclamaban para sí los gobiernos locales de algunos departamentos — dicho peligro desapareció por completo después de 1904, época en que fueron definitivamente sofocados esos levantamientos.

De ahí que el problema del latifundismo, sobre todo, a partir de aquel año, no haya ofrecido perspectivas tan alarmantes como en los dos países antes mencionados, por lo cual no llegó a inquietar seriamente al partido colorado, que postergó la solución del mismo, ocupado como estaba en resolver problemas políticos y sociales internos más urgentes.

Finalmente, cabe hacer notar que, en el Uruguay, la población de las ciudades ejerció siempre una influencia mucho más preponderante en la vida política nacional, que la población de los campos. Así se explica que, tan sólo en el reducido perímetro del departamento de Montevideo, y especialmente en la capital, se haya producido la concentración de la tercera parte de la población total de la República. En estas condiciones, el gobierno no podía ser sino liberal y democrático, válganos las enseñanzas de la Sociología y de la Historia.

Expuesto lo que antecede, Vasconcelos podría aún argumentar: si efectivamente el partido colorado es, como se afirma, un partido liberal adverso al latifundismo, ¿por qué no encaró resueltamente la reforma agraria, disponiendo, como ha dispuesto, del poder?

A esto debe contestarse con dos argumentos decisivos:

1.º En primer lugar, ya hemos dicho que el Partido Colorado tuvo que abocarse con preferencia a la solución de problemas internos de mayor urgencia. Ante todo, era menester reprimir las insurrecciones para emprender de inmediato la organización política e institucional definitiva del país. Esta fué la magna obra de pacificación realizada por Batlle y Ordóñez durante su fecunda primera presidencia, y consumada en 1904, merced a la energía del gran estadista. En seguida se acometió la empresa de encauzar al país en las corrientes del progreso. Todo estaba por hacer: ferrocarriles, telégrafos, caminos, puertos, edificios

universitarios y escuelas; era menester organizar los servicios públicos, crear instituciones de crédito, de asistencia, etc., extender las relaciones exteriores, etc., sin contar con que en materia de legislación social el país ofrecía un pobrísimo ejemplo. Pensar en resolver el problema agrario en semejantes condiciones era pretender lo más sin haber obtenido lo menos.

2.º Con todo, podría argumentarse todavía que, una vez realizada la pacificación del país y resueltos los problemas internos más apremiantes, pudo haberse siquiera intentado solucionar el problema agrario en vista de la singular importancia y repercusión del mismo en los diversos aspectos de la vida nacional.

LOS PARTIDOS POLÍTICOS EN EL URUGUAY.

Pero un nuevo obstáculo había de oponerse a este designio. En efecto, el Partido Colorado no adoptó su carácter actual de verdadero partido ideológico sino en época relativamente reciente. En los comienzos, ambos partidos rivales: el colorado y el blanco, tuvieron casi exactamente la misma composición étnica y las mismas características psicológicas, dado que el país, todavía en estado embrionario, no había sufrido aún las profundas transformaciones inherentes al desarrollo posterior de los pueblos, causa determinante de la división de clases y de los conflictos de intereses antagónicos. Ambas sectas procedían de un mismo origen, y fué la rivalidad de dos caudillos, dos héroes de la independencia nacional: los generales Rivera y Lavalleja, la que produjo en determinado momento la escisión.

Por consiguiente, cada partido siguió constituyendo una combinación inestable de los elementos más heterogéneos. Entre éstos figuraban en alta proporción los estancieros; y el partido colorado, que también los comprendía en su seno, aunque en número menor, no habría podido hacer mención de la reforma agraria sin provocar una inmediata dispersión de sus fuerzas cívicas. Y esto era precisamente lo que los propios hombres liberales del partido colorado procuraban evitar. La unidad del mismo era, en efecto, la condición imprescindible para la conservación del poder en manos del partido colorado que, por lo menos, constituía

una garantía del orden legal y de la paz interna, en tanto se operase la natural evolución de las ideas y se completase la educación cívica del pueblo.

Esta metamorfosis no tardó en producirse, sobre todo en el partido colorado. En primer lugar, sus hombres dirigentes, experimentados en el gobierno, iban elaborando convicciones propias de un carácter ya netamente ideológico; y, en segundo lugar, el señor Batlle y Ordóñez, el jefe indiscutido de la colectividad colorada, iba imprimiendo a ésta, con habilidad suma, una marcada orientación renovadora, con el ejemplo de su gestión liberal en la primera magistratura del país.

Estos factores fueron obrando de tal modo que determinaron la aparición de matices dentro de la uniformidad primitiva del partido. Es que dicha unidad era sólo aparente, artificial y transitoria y la heterogeneidad efectiva y sustancial de sus elementos componentes estaba destinada a provocar, tarde o temprano, la desintegración de los mismos.

PREVINIENDO UNA POSIBLE OBJECCIÓN.

Corresponde aquí abrir un paréntesis previniendo una posible objeción. Alguien podría tal vez sostener que el partido colorado no necesitaba mantener inalterable su unidad interna para conservarse en el poder, puesto que en las épocas que siguieron al sometimiento definitivo de las revoluciones del partido blanco, en 1904, éste había adoptado una política de cuasi abstencionismo, llevando a las urnas escasos contingentes cívicos que en ningún momento llegaron a comprometer la estabilidad del gobierno colorado. Por lo tanto,—siempre según este criterio — no habría habido peligro alguno en agitar la cuestión agraria, ya que el marasmo de las fuerzas adversarias habría sido propicio a la formación de un partido agrarista moderno, alimentado por ideales nuevos. Pero esta posible objeción quedaría desechada no bien se analizasen dos circunstancias fundamentales:

1.º Es evidente que la referida abstención era tan sólo transitoria, producto de cierto escepticismo político generalizado en la masa del partido blanco durante los primeros años siguientes a la derrota definitiva de sus huestes revolucionarias; escepticis-

mo alimentado en la creencia de que el partido colorado, teniendo en sus manos el poder, prescindiría definitivamente del fallo de las urnas. Pero este falso concepto fué desapareciendo a medida que el partido colorado ponía de manifiesto su intención de respetar la libertad del sufragio. Con esas garantías el partido blanco, conformándose a la lucha dentro del orden legal, alentaba nuevas esperanzas y se reconstituía paulatinamente hasta formar un partido poderoso. Y bien: en estas condiciones habría llegado un momento — como efectivamente llegó — en que habría sido absolutamente imprescindible la unidad de las fuerzas coloradas, unidad que no se habría logrado mantener de haberse suscitado la cuestión agraria, porque, como ya hemos dicho, el partido colorado mismo constituía un conglomerado heterogéneo cuyo vínculo fundamental era el vínculo de la tradición.

LA EVOLUCIÓN DE LOS PARTIDOS. DEL TRADICIONALISMO AL PRINCIPISMO.

Pero llegó un momento — como decíamos antes de abrir el paréntesis a la objeción que estudiamos — en que los elementos ideológicos fueron desalojando a los elementos tradicionales dentro del mismo partido colorado y la transformación fué operándose impulsada por la prédica reformista de Batlle. El partido colorado, partido de acción y de gobierno, había llegado, pues, al estadio superior de su evolución, o sea, al período que podríamos llamar de crítica o libre examen, en tanto que el partido blanco, partido de oposición, seguía detenido en los cauces de un primitivismo dogmático.

Ya no era imposible impedir la división del partido colorado y ésta se produjo en 1916, tomándose como pretexto el proyecto del señor Batlle y Ordóñez sobre creación del Ejecutivo Colegiado. Una fracción se tituló batllista o colegialista y la otra anticolegialista. Pero en el fondo era el divorcio entre conservadores y liberales. Una vez más, a través de los tiempos, se cumplía la ley inexorable de ese eterno antagonismo político.

Es desde este momento que Batlle, tomando la dirección del grueso del ejército del coloradismo, lo encausa resueltamente en las corrientes liberales para cumplir un amplio programa de so-

cialismo de Estado, acelerando e intensificando el proceso de reformas legislativas ya iniciado.

La grande intuición de Batlle fué, pues, la de renovar ideológicamente a su partido para infundirle nuevas energías, única forma de evitar la inminente perspectiva de la rotación de los partidos, ley científica que se cumple toda vez que se prolonga demasiado la permanencia de un partido en el poder.

EL BATLLISMO Y LAS PERSPECTIVAS DE REFORMA AGRARIA.

Por todo lo expuesto, podemos afirmar que recién ahora las condiciones políticas y sociales del país permiten que se plantee el problema agrario. Porque, en efecto, recién ahora se ha logrado organizar un partido ideológico. Ese partido no pudo ser el viejo partido colorado de composición heterogénea y orientación tradicionalista. Ese partido no pudo tampoco ser el partido blanco, ni lo podrá ser nunca probablemente, porque es el partido de los latifundistas. Ese partido sólo puede ser el partido batllista, renovado y joven, que se orienta hacia un socialismo de Estado y que tiende a admitir en su seno ideologías aún más izquierdistas, a condición, claro está, de que ellas se sometan a la organización y a la disciplina de partido, régimen que, por lo demás, va resultando inherente a la verdadera democracia práctica de nuestros tiempos.

Pero ocurre que el batllismo, ya definitivamente emancipado de la tutela tradicional y constituido en organismo político autónomo, de orientación definida, ha quedado, por esto mismo, en minoría, precisamente en el instante en que su tendencia de vanguardia, la única existente, hacía concebir fundadas esperanzas respecto a una más honda y radical transformación del régimen.

Pero el batllismo va acrecentando a cada nueva elección sus contingentes cívicos y cabe esperar con fe el día, no muy lejano, en que obtenga la mayoría necesaria para ejecutar su programa político. Ese día el batllismo obligará a resolver el problema agrario. Entre tanto, estudia nuevas cuestiones e incorpora a su programa de acción, nuevos y más avanzados postulados de reforma social. Y para que Vasconcelos se tranquilice, debemos recordar que hace algún tiempo la Convención Nacional del Partido

Batllista emprendió el estudio de la cuestión relativa a la limitación del derecho de propiedad y de la herencia, que no dudamos cristalizará en una nueva reforma legislativa de honda trascendencia.

CONCRETANDO.

Con los precedentes comentarios hemos intentado demostrar:

1.º Que la cuestión agraria jamás ha presentado en el Uruguay las características alarmantes de problema vital, grave y urgente que ha investido en otros países tales como en la Argentina, y sobre todo en Méjico, consecuencia que se desprende del análisis de los distintos tipos de latifundismo en América y sus proyecciones político-sociales.

2.º Que aun cuando la cuestión agraria hubiese adquirido en el Uruguay la misma fisonomía que en los dos países antes mencionados, las condiciones políticas y sociales de aquél habrían obstaculizado la solución de dicho problema, por el carácter tradicionalista de los partidos políticos, primero, y más tarde, por la política de conservación adoptada por el gobierno legal frente a la amenaza de la reacción.

3.º Que en consecuencia, la responsabilidad de haberse postergado la solución del problema agrario no corresponde tanto al partido colorado, como al partido blanco, representante del latifundismo y de la clase capitalista.

4.º Que admitir que dicha responsabilidad debe recaer sobre el partido batllista, significa extremar el error y la injusticia, ya que esta fracción quedó en minoría desde el preciso momento en que se emancipó de la tradición, adoptando una definida ideología reformista.

5.º Que la única perspectiva favorable a la solución del problema agrario deriva de la posibilidad de que el partido batllista conquiste la mayoría absoluta.

6.º Que si puede asegurarse que sería un hecho la solución del problema agrario para el caso de que el batllismo asuma el poder, es porque este partido ofrece dos importantes garantías:

1.º Su obra liberal realizada durante estos últimos veinte años,

no obstante las limitaciones propias de una política de coparticipación colorada, y, en consecuencia, de contemporización; y 2.º, la última resolución adoptada por la autoridad máxima del partido, de encarar el estudio del problema relativo a la limitación de la propiedad y de la herencia.

LA EQUIVOCADA CRÍTICA DE VASCONCELOS. ¿EL BATLLISMO ES UN PARTIDO CONSERVADOR?

Queda, pues, demostrado, que la crítica de Vasconcelos a la acción del partido colorado se funda en un juicio ligero y superficial que no resiste al análisis. En efecto, de lo expuesto en este artículo se desprende que la responsabilidad de no haberse encarado aún la solución del problema agrario, no corresponde al partido colorado tanto como al partido blanco, pues si éste no hubiera mantenido la amenaza constante de una reacción, dispuesta siempre a demoler la obra liberal, aquél habría logrado cumplir más rápidamente su propia metamorfosis, libre de ese fantasma que lo ha obligado a adoptar una posición defensiva inhibitoria.

Pero Vasconcelos no se limita a atribuir al Partido Colorado la responsabilidad de no haberse realizado la reforma agraria, sino que, además, quiere hacer creer que aquél es un partido conservador. Y si estas críticas son injustas respecto al Partido Colorado, lo son más aún si se dirigen al Partido Batllista, el núcleo más avanzado de aquél.

Pues bien, Vasconcelos involucra a este último en semejante juicio. Prueba de ello es este párrafo que transcribimos: "Los colorados alardean de ciertas reformas sociales que, según pude observar, no van mucho más allá de los discursos de las asambleas." Ahora bien: ¿quiénes son los que alardean de ciertas reformas sociales? Solamente los batllistas, ya que ni los blancos, ni los colorados conservadores se han tomado jamás ese trabajo, cuyas perspectivas, por el contrario, rechazan alarmados.

Ahora bien: sostener que el batllismo es una colectividad conservadora, es llegar a una conclusión absolutamente falsa. Más aún: es sostener que el Uruguay es un país reaccionario, puesto

que toda la obra social y política realizada en él durante los últimos 20 años, es la obra del batllismo.

Pero, ¿se tiene derecho a afirmar tal inexactitud?

¿EL URUGUAY ES UN PAÍS REACCIONARIO?

Precisamente en nombre de nuestra fe y nuestra vocación reformista, no podemos admitir que se menoscabe el nobilísimo linaje de una colectividad política que ha realizado la obra de renovación más entusiasta en uno de los laboratorios de ensayos sociales más interesantes de la América latina: la República del Uruguay. Porque si Méjico — único país que puede disputarle al Uruguay el puesto de centinela avanzado de la América latina — ha ejecutado con magnífica decisión los altos designios de su pensamiento revolucionario político-social, el Uruguay ha realizado una labor de transformación lenta y perseverante digna de todo elogio.

Bien es cierto que la nueva constitución mejicana de 1917, producto del formidable movimiento socialista de la Confederación Obrera Regional Mejicana, así como la avanzada legislación del trabajo vigente en el estado de Yucatán, han colocado resueltamente al gran país del Norte a la cabeza de todos los pueblos del continente americano. Pero es menester no olvidar que antes que Méjico, mientras éste se desangraba en las revoluciones, el Uruguay, al amparo de la paz definitivamente consolidada, incorporaba a su legislación un conjunto de principios cuya consagración constituyó, para la época, la más audaz tentativa de renovación política y social. Pero, el Uruguay alcanzó sobre todo sus más altos prestigios en la elaboración de una vigorosa conciencia cívica y democrática, lograda por medio de la educación del pueblo en las disciplinas de la legalidad, en el respeto por las instituciones representativas, en el acatamiento de las decisiones de las mayorías, en la honestidad y pureza del sufragio y en el entusiasmo cívico y el interés creciente por la participación activa en los destinos de la cosa pública. Y es evidente que un pueblo que ha alcanzado este privilegio está en inmejorables condiciones para realizar con éxito fecundas experiencias sociales, al amparo de un régimen de garantías.

LAS REFORMAS SOCIALES REALIZADAS EN EL URUGUAY.

Pero, por si no bastasen las líneas precedentes para demostrar la sinrazón de Vasconcelos al afirmar que: "las reformas no han ido más allá de los discursos de las asambleas", pasaremos a enunciar ligeramente el programa de reformas legislativas ya realizado, gracias a la obra tesonera del batllismo, y en mérito al cual nuestro país figura hoy en este aspecto a la vanguardia de los países latino-americanos.

• Las conquistas más importantes obtenidas hasta el presente son las que se enuncian a continuación: la forma de gobierno colegiado y la supresión de la omnipotencia presidencial, la elección presidencial directa por el pueblo, la autonomía municipal, la separación de la Iglesia y del Estado, el voto secreto y la representación proporcional, la abolición total de la pena de muerte, la condena y libertad condicional de los delincuentes, el divorcio por la sola voluntad de la mujer, el arbitraje general y obligatorio en materia internacional, la equiparación de los hijos naturales (antes divididos en incestuosos, adulterinos, sacrílegos, etc.), a los hijos legítimos, la investigación de la paternidad, el laicismo y gratuidad absoluta de la enseñanza en todos sus ciclos, la jornada máxima de ocho horas, el salario mínimo para los peones de estancia, las pensiones a la vejez, la indemnización de los accidentes del trabajo, el monopolio de los seguros por el Estado, la nacionalización del Banco Hipotecario, de las usinas eléctricas, de los telégrafos, de los servicios de puertos y de varias líneas de ferrocarriles, etc.

EL PROGRAMA POR REALIZARSE.

Con todo, apenas se ha realizado una mínima parte del programa batllista. Se trata ahora de obtener: la supresión de la presidencia de la República, y el establecimiento del gobierno colegiado integral, el establecimiento del plebiscito de iniciativa, el establecimiento del recurso ante el plebiscito contra las leyes sancionadas por el Poder Legislativo, la revocabilidad de los mandatos de los representantes del pueblo por falta a sus compromisos y a solicitud de la más alta autoridad de los partidos, el voto

activo y pasivo de la mujer, el derecho de los extranjeros de ejercer la ciudadanía sin renunciar a su nacionalidad de origen, la prohibición del trabajo a los niños menores de quince años, la reglamentación del trabajo de las mujeres y de los niños, la protección del Estado a la madre natural, el salario mínimo a los obreros urbanos, la participación de los obreros y empleados del Estado en las ganancias de éste, la creación del seguro mínimo obligatorio, la jubilación universal, la asistencia libre a las aulas, el aumento de la representación estudiantil en los consejos universitarios, la supresión de las cátedras vitalicias, la supresión de las patentes de giro y los impuestos al trabajo, etc., etc.

LA PERSONALIDAD DE BATLLE Y ORDÓÑEZ.

El capítulo de *La Raza Cósmica* que comentamos, contiene graves y numerosos errores. No es posible agotar el estudio de todos ellos, en los límites reducidos de un artículo. Por consiguiente, apenas haremos de ellos una ligera mención, reservando para otra oportunidad el análisis de estas cuestiones, que realizaremos siguiendo un método análogo al empleado en la precedentes consideraciones sobre la cuestión agraria.

En primer lugar, el juicio que Vasconcelos emite sobre la personalidad de Batlle y Ordóñez no puede ser más equivocado. Califica de ogro y de tirano civil a uno de los más grandes y avanzados estadistas que ha tenido América, en todos los tiempos, incluso los hombres de la revolución mejicana; al cerebro y al nervio de la gesta renovadora del país; en fin: a uno de los más fervientes demócratas y a una de las más recias vocaciones políticas, ejemplo de energía y de honestidad cívica. Pero analizar la personalidad de Batlle importa tanto como analizar la historia de nuestro país en sus últimos 25 años, y esa tarea excedería todo límite razonable.

Vasconcelos no tuvo oportunidad de conocer personalmente a Batlle y Ordóñez. He aquí la causa de su equivocado juicio, que contribuyeron a formar falsas informaciones tendenciosas, suministradas por los enemigos políticos del mencionado hombre público y recibidas por Vasconcelos sin un previo y necesario contralor. En realidad, la visita de Vasconcelos al Uruguay se re-

sintió de un vicio de origen, causa de todos los malentendidos posteriores. Ella no fué suficientemente anunciada, como correspondía en mérito a la destacada personalidad del embajador mejicano y a la inevitable trascendencia posterior de su visita. Buena parte de la responsabilidad corresponde al entonces ministro de Méjico en nuestro país, quien no puso la solicitud y el empeño del caso para que Vasconcelos fuera puesto en contacto con lo verdaderamente representativo del ambiente político e intelectual del país.

Tanto es así, que fué el doctor Alfredo Palacios, quien, desde Buenos Aires, hubo de enviar al doctor Baltasar Brum, entonces presidente de la República, un telegrama particular en que le anunciaba que Vasconcelos había cruzado ya la frontera, rumbo a Montevideo. Pero ya no era tiempo de preparar como correspondía la recepción de Vasconcelos.

EL EJÉRCITO URUGUAYO.

Vasconcelos afirma luego que “de las tres maldiciones de la América española: clero, latifundio y ejército, en el Uruguay se vuelven a hacer presente las dos últimas calamidades”.

En cuanto a la calamidad del latifundio ya hemos hecho su comentario. ¿Y respecto del ejército? He aquí las propias palabras de Vasconcelos: “En una población de poco más de un millón de habitantes (1.500.000) hay no menos de 12.000 soldados que consumen fuerte porque están bien pagados y viajan por Europa, supongo que con el fin de aprender francés y olvidar el castellano. Causaba pena ver tanto botón de oficialidad dispendiosa. Clero, latifundio y ejército, las tres maldiciones de la América española. En el Uruguay se vuelven a hacer presente las dos calamidades últimas. El clero, en cambio, parece que ha sido bien castigado, lo que merece un elogio.”

Más adelante agrega: “mi estado de ánimo al entrar (al Uruguay) era de lo más cordial; pero se hacen mal los países que mandan soldados en recibimiento de los extranjeros.”

Quien esto lea queda convencido que el Uruguay es el país más militarizado de la tierra. Y bien: con orgullo podemos afirmar que el Uruguay es el país menos militarizado del continen-

te. La característica prepotencia agresiva de la clase militar ha desaparecido en absoluto frente al gobierno y a la opinión civil que son los árbitros de todas las situaciones. Y en tanto que la Argentina y el Brasil mantienen ejércitos numerosos, equipados e instruidos a la moderna, soportando la onerosa carga de los últimos perfeccionamientos de la ciencia de la guerra; en tanto que las clases militares de Chile y de Ecuador derriban los gobiernos civiles e imponen su arbitraria voluntad; en tanto que Venezuela gime bajo el yugo de una vergonzosa dinastía militar; en tanto que en Bolivia provocan alarma los avances del militarismo, en el Uruguay fué el ejército legal quien se puso al servicio del poder civil para sofocar los levantamientos armados, consolidando la paz que no ha vuelto a ser alterada desde hace 22 años y que no lo será ya jamás porque se ha enraizado en el pueblo una firme conciencia democrática que excluye la posibilidad de toda perturbación, sean cuales fueren las perspectivas y fluctuaciones de la política interna. Y en tanto que los demás países mantienen el servicio militar obligatorio, el Uruguay no recluye a los ciudadanos en los cuarteles; no sustrae a la juventud a las actividades útiles de la sociedad y ofrece el soberbio espectáculo de todo un pueblo que se alza y protesta por medio de sus organizaciones políticas contra la reciente tentativa del presidente Serrato y su Ministro de la Guerra, de implantar el servicio militar obligatorio.

El partido colorado batllista inicia el movimiento; sus órganos periodísticos emprenden una activa propaganda en todo el país; los clubs políticos la secundan eficazmente realizando conferencias y mitines; el grupo parlamentario del partido se opone con tenacidad a la consideración del proyecto por las Cámaras, y el Ejecutivo se ve obligado a retirarlo, presentando poco después su renuncia el Ministro de la Guerra.

Conviene aclarar que el presidente Serrato no es militarista. Es un prestigioso hombre público del régimen civil. Pero es un colorado moderado y su candidatura a la presidencia surgió de un acuerdo entre las distintas fracciones de dicho partido, que tuvo que cerrar filas ante el peligro mayor de un probable triunfo del partido blanco conservador. Pero el señor Serrato ha reali-

zado y realiza una gestión honorable y liberal que ha hecho olvidar su pasado error.

Pero conviene rectificar aún ciertas afirmaciones falsas de Vasconcelos. Ni es cierto que el Uruguay sostenga un ejército de 12.000 hombres, ni que éstos sean tan bien pagados que les permita viajar por Europa con el fin de aprender el francés y olvidar el castellano, ni que el Uruguay mande soldados en recibimiento de los extranjeros.

El Uruguay sostiene tan sólo un ejército de 9000 hombres, mucho más reducido que el que se vería obligado a mantener con el régimen del servicio militar obligatorio. Su presupuesto de guerra representa tan sólo un 10 por ciento del presupuesto general de la nación. En cuanto a la "oficialidad dispendiosa" que alarma a Vasconcelos, corresponde observar que la desproporción numérica entre oficiales y tropa existente en el ejército uruguayo no es un sistema que merezca críticas. Todo lo contrario. En efecto; no habiendo servicio militar obligatorio, se ha procurado organizar, en tiempo de paz, cuadros de oficiales dentro de los cuales puedan vaciarse los contingentes de reclutas en caso de guerra.

Finalmente es inexacto que el Uruguay mande soldados en recibimiento de los extranjeros. Lo ocurrido en el caso de Vasconcelos es perfectamente explicable y normal. Acompañaba a Vasconcelos el Jefe de Estado Mayor del ejército de Chile, y la recepción hubo de estar, en buena parte, a cargo de militares. Por lo demás, Vasconcelos entró al país por la frontera con el Brasil, al norte de la República. Era lógico que en el departamento más alejado de la Capital le rindieran homenaje las tropas de guarnición en la frontera.

Fácil es, pues, comprender que quien siga los juicios emitidos por Vasconcelos en el capítulo de su libro dedicado al Uruguay, está expuesto a incurrir en graves errores.

Sin duda Vasconcelos ama al Uruguay. Lo pone de manifiesto expresando su admiración por el espíritu de su juventud estudiosa, por sus edificios universitarios y escuelas, por sus escritores y poetas, por la simpatía y cordialidad que se prodiga al visitante. Reconoce que el Uruguay ha sido el iniciador de la pré-

dica hispanoamericanista; que es un pueblo libre que no toleraría el despotismo ibero-americano típico que mata y destierra; que sus gobiernos son gobiernos civilizados; que el obrero y el campesino, en general el pobre, viven menos pobres que los pobres de los países tiranizados, y hasta llega a decir que el Uruguay infunde respeto porque es tierra de genios y que su raza es una raza casi de gigantes, en lo físico, sana y bella y espiritualmente despejada y acometedora.

Como se ve, Vasconcelos pasa de la crítica al elogio exaltado, siguiendo las fluctuaciones de su espíritu emotivo y cambiante; pero rara vez se coloca en el justo término, expresión fiel de las situaciones reales.

PALABRAS FINALES.

Al intentar esta réplica a ciertos conceptos vertidos por Vasconcelos en *La Raza Cósmica*, no hemos entendido romper las hostilidades con el pensamiento del ilustre mejicano. Nos honramos militando en las filas del latino-americanismo cuya ideología orientadora han elaborado hombres como Ingenieros, Vasconcelos, Palacios y otros prestigiosos guías de las juventudes libres de la nueva generación americana; ideología que ha precipitado en postulados y aspiraciones concretas en el programa de la Unión Latino-Americana que Palacios dignamente preside. Pero reputamos un deber rectificar ciertas inexactitudes, máxime, cuando, como en este caso, tienden a menoscabar un movimiento político local sanamente orientado — verdadera excepción en estos países de democracia criolla — y al que han consagrado y consagran sus mejores entusiasmos, un fuerte núcleo de prestigiosos elementos liberales.

Por lo demás, no habría sido prudente dejar que prosperasen falsos conceptos en la conciencia de los pueblos americanos, en los que la palabra de Vasconcelos goza de tanto predicamento. Y, finalmente, creemos que siempre es un propósito plausible el que procura evitar rozamientos dentro de filas, y conjurar menaguados conflictos internos que distraen energías, a pura pérdida, y en los que se malgasta el acerbo de la causa común latino-americana.

Tampoco hemos prestado tributo a ningún género de sectarismo político. Si hemos comentado los problemas de la política local del Uruguay es porque entendemos que la juventud está obligada a intervenir en las luchas políticas si quiere salir del discursismo y las vaguedades y, en consecuencia, interesarse hondamente por el estudio de dichos problemas, abandonando de una vez la filosofía del escepticismo elegante y literario que no es sino confesión de ineptitudes. No tenemos por qué ocultar nuestra filiación batllista activa, toda vez que ella proviene de una convicción honesta y de una fe indeclinable en la benéfica obra de renovación que dicha colectividad política está destinada a realizar, lo cual está muy lejos de asimilarse al obnubilado sectarismo, enfermo de tradición, de prejuicios y de intereses creados.

Finalmente, no hemos tenido ni la más remota intención de presentar y consagrar al régimen político y social del Uruguay como tipo definitivo y síntesis de perfecciones inobjectables. La obra realizada representa tan sólo un minimum de aspiraciones cumplidas. Por eso no podemos menos que solidarizarnos con cierto aspecto de la crítica de Vasconcelos a nuestro régimen actual. Hay que ir decididamente a la división de las tierras y a la adjudicación de las mismas al elemento productor de la riqueza. El Uruguay debe pues, encarar prontamente el problema agrario si no quiere perder su puesto en la vanguardia de los pueblos liberales de América.

Por eso hoy, como siempre, adherimos a la prédica vasconceliana, con todo el fervor de nuestros entusiasmos reformistas y de nuestro anhelo infinito de justicia social. Pero es necesario no demoler por sistema, porque lo realizado es y será la única base firme de lo que queda aún por realizar.

J. OSCAR COSCO MONTALDO.

Montevideo, abril de 1926.

LA MUSICA NATIVA EN EL URUGUAY

A música nativa nace en la guitarra, con las vidalitas y los estilos, y se desarrolla en las interpretaciones modernas de nuestros jóvenes músicos. Los compositores que en la actualidad hacen música nativa, son todos ellos, de la última generación; empeñosos y entusiastas, se han trazado el plan de crear una música propia y original, aprovechando el tesoro todavía virgen del Folklore uruguayo. Eduardo Fabini es el más visionario del grupo, que componen Cluzau, Mortet, Broqua, Morales y Giucci.

Con Fabini se inicia un renacimiento en la música uruguaya. Su influencia es la de un precursor y de un maestro y no sería exagerado comparar — salvando las diferencias de escenario —, esa influencia suya en nuestra música nacional, a la de Wagner sobre la música moderna francesa y alemana. Antes que él, hubo inspirados músicos, que intentaron abrir panoramas amplios y generosos; justo es recordar a César Cortinas, que sin haber espigado en el Folklore nacional, dejó obras tan extraordinarias como: *El Idilio*, *Las canciones para canto y piano*, el *Concierto para piano y orquesta*, las *Sonatas*, *La Sulamita* y *La última Gavota*.

Fabini se consagra sólo y audazmente con su poema sinfónico *Campo*, obra monumental en sus proyecciones y de difícil orquestación. Tomar motivos sencillos y pastoriles era más o menos empresa realizable; pero lo difícil en este caso, es olvidar que existe una *Sinfonía Pastoral* que ha recogido cuanto motivo dulce y tierno vaga por los campos; obra insuperable de un genio que hizo de la sencillez el fin supremo del arte y a la subyugación de cuyo modelo, difícil, sino imposible era escapar.

Fabini se reconcentra en nuestro campo — liso y anchuroso

como un horizonte verde — recoge en él motivos pastoriles y le agrega otros que dormían en las vidalitas y en los estilos criollos y mezclando todo ello con lo que su genio tiene de selvático, crea una obra perdurable, por lo grandioso de su concepción. *Campo* es la creación consagratoria de Fabini, la obra que lo indica ya como el músico precursor de vistas y perspectivas gigantescas. Su inspiración espontánea y pura, su difícil orquestación y su riqueza de colorido musical, son suficientes cualidades para imponer a Fabini a nuestro respeto y admiración.

Sus dos composiciones para “canto y piano”, *El nido* y *El poncho*, inspiradas ambas en dos poemas de Silva Valdés, son ejemplares también, de un arte sano y bien orientado. Predomina en ellas, una visión más moderna y completa del motivo original; éste simple y esquemático en su origen, aparece intrincado y debussyano en su ulterior realización. *Patria vieja* y *Flores del Campo*, completan su obra, sin restarle ningún mérito, y por el y debussyano en su ulterior realización. *Patria vieja* y *Flores del campo* se oye como si se sintiera el perfume de esas flores sencillas y puras que pueblan de colores primarios las praderas de nuestra campaña y *Patria vieja* es la emoción misma — descarnada y violenta —, que se hace oír en la dulcísima lamentación de los violines.

Alfonso Broqua, escapa como músico a una clasificación netamente nativista. A pesar de que algunas de sus composiciones tienen su fuente de inspiración en motivos criollos, pertenece por su educación y sus tendencias, a la escuela francesa de música moderna. Su obra más hija del nativismo, es *Tabaré*, comentario musical del poema de Zorrilla de San Martín; y así mismo debo advertir, que tanto el poema de Zorrilla de San Martín, como la obra de Broqua, son dos obras que nada tienen que ver con la literatura nacional de nuestros criollos hijos de españoles; la leyenda y la historia, son la materia básica de *Tabaré*, nada hay real en ese poema épico, que tiene tanta relación con nuestro pueblo, como la Literatura homérica, con el pueblo griego actual.

Broqua ha sabido interpretar en forma intensa esos gritos salvajes que son la expresión del alma panteísta de los charrúas —obra difícil y pujante—requería un espíritu vigoroso y tierno a la vez, para su interpretación; es el dolor; la furia del indio lo

que se oye en una masa sonora, que nos recuerda los alaridos salvajes de voluptuosidad de la Salomé de Strauss.

Luis Cluzau Mortet, ha conseguido dentro de la música nativa, verdaderas realizaciones de arte puro. El tema criollo — ya sea de vidalita o de pericón — es enriquecido en admirables politonías, con las que se consiguen efectos sonoros que constituyen todo un hallazgo dentro de nuestra música nacional. Su procedimiento favorito consiste en tomar un tema del folklore criollo, desarrollarlo dentro de una técnica eminentemente moderna, estilizado de tal manera, que el tema primitivo reaparece transfigurado y enriquecido. Cluzau Mortet es personal en todo; en la manera de tratar el tema criollo, distinta a la de Fabini, en la técnica, que no obstante las reminiscencias que pueda tener del procedimiento de Albéniz, es siempre una creación propia. Entre sus composiciones para piano se destacan: *Evocación criolla*, rica en temas nativos; *Canción triste*, en la que recoge toda la melancolía del alma criolla; *Canción del arroyo*, menos abundante en aires de campo y más debussyana en la concepción; *Nativa*, compendio de toda una raza, fuerte y expresiva como el gesto de un gaucha; *Malezas*, la más moderna de todas sus composiciones y en la que predomina la masa sonora, siendo los temas recogidos en fugaces apariciones; esta composición es intrincada y difícil como lo dice su nombre; *Fiesta en el rancho*, vibración de toda una noche de fiesta campera, en la que se oyen los acordeones y las guitarras, junto a las conversaciones y al zapateo del “gato”, y finalmente, culmina en el “pericón”, para mi gusto la más suprema de sus realizaciones artísticas, una creación original en la que se renueva y se enriquece el pericón nacional.

Telémaco Morales representa en el arte nativo un valor milagroso. Es como la aparición de un iluminado, que nos trajera purísima la fuente misma del arte nativo. Su instrumento, es el típico instrumento de nuestros campos: la guitarra. En la guitarra ha nacido, en la guitarra se crió y en la guitarra morirá el arte de estas tierras. De ahí, que al escuchar a Telémaco Morales nos produzca éste la misma impresión que la contemplación muda de la naturaleza.

Morales es el payador auténtico de nuestros campos y es

además, el artista. Si fuera sólo payador, le faltaría algo: la técnica; el payador es la fuente misma, para mover esa fuente y comunicarle modernidad es necesario que se substituya en él, el artista. Morales es artista antes que nada, pero además es alma grande, alma que siente y vibra frente al sabor y al color de nuestros campos.

Entre sus composiciones se destacan un conjunto de estilos, de milongas y chacareras bebidas en las fuentes originales y remozadas por el gran artista que es Morales: todas tienen un color local y un sabor de campo agreste: *Sierras azules*, ligera y diáfana como las sierras de Minas; *Rocío*, verdadera filigrana, en donde se manifiesta la delicadeza del poeta; así como en su otra composición *Claveles del aire*. Son inolvidables *Los consejos y la muerte del Viejo Vizcacha*, glosa fiel y sabrosísima de *Martín Fierro*, ligera y sentenciosa la una, patética y sobria la otra; Morales recorre la gama de las emociones de sorprendente manera y pasa sin sentirlo de lo ligero a lo patético. Por último, como Cluzau Mortet, culmina en sus pericones; obra asombrosa del folklore nacional, resumen de todo el cromatismo de nuestros bailes diferentes en sus tres interpretaciones, y sin embargo, inspirados en el mismo motivo.

En los pericones llega a hallazgos verdaderamente geniales, que sólo un técnico puede apreciar y alabar; no sólo enriquece el motivo central, sino que lo supera y alcanza a realizaciones técnicas dignas de los mejores maestros.

Bajo el título común de *Evocaciones regionales*, ha reunido Carlos Giucci varias composiciones nativas. Es el artista joven, que inicia su carrera revelando cualidades óptimas, que cultivadas en el tiempo, harán de él, sin duda, el mejor de nuestros músicos. Heredero de una tradición musical respetable, la de su familia, en la cual se han destacado figuras de poderoso relieve: Don Camilo Giucci, fundador del conservatorio y discípulo de Lizst, tronco de un gran árbol musical; Camilo (hijo), violinista extraordinario, que de Alemania trajo el aprendizaje de su virtuosismo, junto a una gran emotividad de intérprete, y por último, su hermana Luisa, ejecutante de poderosa brillantez.

Carlos Giucci, empieza su "suite" para piano, con la hermosísima composición *Junto al estanque*, en la que predominan

sencillos motivos regionales, aires de vidalitas, desarrollados en forma brillante y moderna. *Adiós para siempre* es, quizá, la más realizada de sus composiciones y en la cual se revela más agradablemente sus cualidades musicales; tiene un dejo de tristeza y de añoranza, que acompaña siempre a cualquier "adiós"; al principio se observa como un decaimiento producido por la melancólica resolución de la partida, momento que es seguido inmediatamente de una especie de alegría injustificada; contrastando ambas emociones, ricas de colorido musical. *Alma en pena*, más novedosa y moderna que *Amor para siempre*, sin la emotividad de la anterior, es por la técnica y el desarrollo del motivo musical, una incursión de Giucci, por el difícil campo de las realizaciones pianísticas modernas, en las que predominan efectos de sonoridades y armonías raras, que constituyen una arquitectura musical extraña. *Noches de rancho*, inspirada en un tema parecido al de Mortet, no tiene similitud ninguna con la composición de este músico; la de Mortet es *Fiesta en el rancho*; la de Giucci, *Noches de rancho*, una tiene la variedad y el movimiento rítmico de una fiesta en el rancho, en donde se oyen los compases de las guitarras, los bandoneones y el zapateo del "gato"; la otra, en cambio, refleja la serenidad y la pureza de esas noches de rancho, llenas de evocaciones nocturnas, tranquilas noches sin mayores variaciones, ni comentarios. Esto nos demuestra cuán distinta y compleja es la sensibilidad de los artistas, que aún tratando temas análogos, pueden llegar a conclusiones opuestas. *Aguas acariciadas por sauces* y *Visión Campera* completan el cuadro de sus evocaciones; en la primera el tema regional se une a una música imitativa del ruido que produce el agua al chocar con los sauces; consigue en esta composición Giucci, hacer agradable ese murmullo del agua comunicándole cierta frescura e intimidad. *Visión Campera* es otra composición digna de las anteriores. Carlos Giucci, es, además de un compositor interesante, un pianista de cualidades brillantísimas, como lo prueba la interpretación intensa del *Amor brujo* y la personalísima manera de transmitir las sonoridades exquisitas y profundas de *La Cathedral* de Debussy.

ILDEFONSO PEREDA VALDÉS.

Montevideo, 1926.

EDUCACION

La obra de un Consejo Escolar

MIENTRAS aligero mi archivo echando a la estufa ansiosa legajo tras legajo, voy leyendo con velocidad, digna del momento y de la época, páginas viejas, casi todas informes de inspector de escuelas. Algunos de éstos, entre los primeros, tienen la fresca ingenuidad de un niño que descubre aquí y allí hechos para él estupefacientes, sin incautarse de que son cosas viejas, de todos, con exceso conocidas; en otros, noto el esfuerzo por contener palabras iracundas frente a la impotencia de resolver problemas así, archisabidos; otros aún, de los más nuevos, tienen como una sonrisa dulce y aviesa, veneno polvoreado de azúcar, listo para matar insectos y tan ineficaz como la mayoría de los de la especie.

Mi pensamiento empieza a distraerse con esta imagen y la ocupación de ahondar, mediante una varita metálica, de mango vítreo, larga, flexible y coqueta, pedazos de informe que intentan escaparse de las brasas. Así estoy cuando recibo un impreso en el cual se refiere la construcción de casas-escuelas en que está empeñado el Consejo Escolar de Mar del Plata. Precisamente, a esta clase de edificios se referían una regular parte de los informes que pasaron a la estufa.

El estado de la edificación escolar en la provincia Buenos Aires y — de acuerdo con la lógica — en el resto de la República, no es bueno. El progreso del país, por cierto, es muy discutible, en este punto. Si es verdad que hemos mejorado mucho en cantidad y calidad de edificios escolares, esto mismo es falso, si no sólo juzgamos contando y comparando los edificios de ahora con los de nuestro pasado, sino, también, con el desenvolvimiento de los otros factores que intervienen, esencialmente, en el fenómeno escolar. El aumento de la población y el de la ten-

dencia de ésta a enriquecer su cultura, hecho grandemente auspicioso sin duda, y el de la enorme densificación de la misma en ciertas zonas, han determinado, por ejemplo, un aumento de la necesidad escolar que no guarda relación con el levantamiento de edificios dedicados a enseñanza pública primaria, levantamiento que ha sido múltiple, fruto de muchos, y a veces cruentos esfuerzos, pero que, visto de aquel modo, resulta minúsculo. Si se hiciera un estudio retrospectivo, detenido y seguro, posiblemente nos encontraríamos con que la superficie de aula y de patio y el cubaje de aire de que dispone cada educando primario es inferior al de hace veinte, treinta, cincuenta años. Es posible, por otra parte, comprobáramos que la cantidad de dinero que el Estado paga (término medio por colegial) en concepto de alquiler de casas para escuelas es muy superior al de aquellos años. Y por lo que yo he visto, especialmente en los pueblos mayores y, de un modo muy particular, en los próximos a la capital nacional, es fácil afirmar que el asunto se agrava día a día, sobre todo en ésta. Los edificios fiscales se abarrotan de alumnos y los particulares que se toman en alquiler, sin desdecir de esto, crecen cada mañana en número, en precio y en su inadaptabilidad.

Como gente hay más cada año, el valor de la propiedad aumenta, los propietarios construyen casas cada vez más pequeñas, de más pequeñas dependencias, "para renta", y ante estas posibilidades, el Estado, que no ha tenido tiempo y lugar para construir casas escolares, alquila una de esas jaulitas, en el lugar más apropiado que encuentra y, si puede, dos o tres juntas, y allí instala (¿no tiene esto arte de maravilla?) una escuela. Otras veces se le brinda alguna casa más amplia, alguna de las viejas que quedan, no desprovista de poesía, si se la mira con prescindencia de los maestros, los niños y la enseñanza, los cuales sufren la consecuencia de los averiados muros, pisos y azoteas, en ocasiones venerables. Pero, si la casa, además de ser amplia, es relativamente entera, entonces, como es justo, hay que pagar un alquiler todavía más respetable que los anteriores. Cuando tenía a mi cargo el distrito de Las Flores, me atraía siempre en los días de lluvia, el local de la Escuela N° 1. El agua entraba por los cielo-rasos y las puertas de los salones

de clase y en el sótano del aula mayor, trozos de distintas materias bogaban sobre el agua ondulante. La Escuela N° 2, ubicada en las afueras de la ciudad, también tenía sótano y, dentro de él, bien ventilado, las ranas cantaban.

De uno de mis informes como inspector de Lomas de Zamora, suceso más reciente, extraigo el siguiente pasaje: "He visto, como hecho común, aulas de veinte a veintidós metros cuadrados de superficie, sin contar las numerosas que no lo alcanzan. En muchas escuelas, como ser las Nos. 7, 10, 12, 14, 15, 16, 19, 21, 22, 23, 24, 27, 32, 36 y 37, hay salas de clase cuya superficie varía de 15 a 19 metros cuadrados. Es, pues, también un hecho ordinario el funcionamiento de clases donde a cada educando corresponde una superficie de m.²: 0,25, 0,27, 0,30, 0,33, 0,40 a 0,50. El cubaje y la renovación del aire son condignos. Sólo excepcionalmente, encontramos escolares a quienes toca en el salón de clase superficie superior a un metro cuadrado. Los patios de recreo y las obras sanitarias se corresponden con las aulas, en avaricia de espacio y alegría. Al hecho de que en su mayor parte estos edificios han sido construídos para familias modestas y luego, debido a la falta de locales más adecuados, habilitados para escuelas — en ocasiones uniendo dos o tres casas contiguas — se agrega el del rápido crecimiento de la población en casi todo el distrito, por el constante desborde o expansión de la vecina Capital Federal. Esto mismo explica que una buena parte de los propietarios de las casas ocupadas por escuelas pidan, insistentemente, aumento de alquiler o, si no, la desocupación de su propiedad. Así tenemos, por una parte, locales malos y caros, y, por otra, la imposibilidad de mudar las escuelas sin exponernos a empeorar su situación. El problema se complicará cada año hasta que la administración escolar pueda contar con recursos suficientes para construir los edificios fiscales que satisfagan las necesidades imperiosas de la enseñanza pública..." "Los distintos pedidos y propuestas de reparaciones y ampliaciones, que tramitan por varios expedientes, son apenas, considerados con buena voluntad, una gota, al lado del gran caudal que se necesita." Lomas de Zamora es, sin duda, uno de los distritos que sienten más seriamente el problema que consideramos.

Si pasamos a tratar de los edificios fiscales, que son los menos (466 contra un total de 2.000 aproximadamente en la provincia de Buenos Aires) debemos decir asimismo que su estado es, en general, harto "indeseable", por su capacidad, por su adaptabilidad, por sus condiciones de conservación y de higiene. La crónica informativa de la prensa ha sido, en este sentido, veraz y constante en los dos últimos años. Baste expresar que en numerosos casos, tal vez la mayoría, las obras de salubridad son deficientes, muchas veces en superlativo, en ocasiones: terribles. Lo demás es condigno. En su informe reciente del Cuerpo Médico Escolar, se lee que más del 50 % de las escuelas carecen de agua potable. En algunas, los niños han bebido agua contaminada de pozos situados a menos de 2 metros de los water closets. En este renglón se destacan sobre todo Lobos y Dolores, foco este último de comercio y de cultura, cabeza judicial, asiento de un colegio secundario nacional, escuela normal, etc. etc.

Al lado de ello, la capacidad de aulas y patios no tiene importancia. Recuerdo que en la Escuela N° 17 de Azul, la más numerosa de este floreciente distrito (más de 700 alumnos), con un edificio no hace mucho construido, los niños, por falta de espacio, eran obligados en los *recreos* a pasearse en ristras, por grados, tenidos de la mano. ¿Y las escuelas catacumbicas donde el Sol omnipotente no puede entrar, a pesar de la ayuda pertinaz que le prestan de consuno pedagogos e higienistas escolares?

Para remediar esta deplorada situación se han *confeccionado* numerosos proyectos, estudios y artículos, entre ellos algunos míos, pero, en los hechos, verdaderamente, no nos hemos aventajado si, como dije al principio, juzgamos nuestros visibles progresos en la materia con el criterio relativo que se impone.

Por eso, nos es muy satisfactorio dar aquí noticia de la obra que ha comenzado a practicar el Consejo Escolar de Mar del Plata, por iniciativa de su presidente don Miguel Pascarelli y con la protección de la Municipalidad local.

El día 9 de este mes — como un número de la conmemoración patriótica — se libró al servicio escolar el primer edificio que, de acuerdo con el plan financiero trazado, será seguido de otro en 1928 y así sucesivamente hasta la cantidad de ocho, que se completará en 1945. El precio de esta construcción, que tiene

aulas dignas de su nombre, amplio patio, dos piezas más, vestíbulo, servicios sanitarios en forma, es de \$ $\frac{m}{n}$ 60.000 y será satisfecho en cuatro o cinco años por la Municipalidad. Después, las cuotas anuales de esta corporación serán de diez mil pesos, hasta el año 1945, según el plan, pero, indudablemente, el propósito ha de ser que continúen, engrosadas, a ser posible, hasta dejar resuelta, por lo menos, la parte fundamental del problema que se aborda, sin perjuicio de entregarse más adelante, con igual ahinco, a la satisfacción de las otras necesidades de la enseñanza, que debieran ser elementales, en toda democracia. Los 8 edificios-escuelas de referencia serán, casi todos, distintos entre sí por su amplitud y su costo; el plan obedece en esto a las condiciones especiales de cada núcleo de población, cuyas implícitas aspiraciones de cultura son ahora las más urgentes. La erogación que demandarán varía de \$ 25.000 a \$ 80.000 $\frac{m}{n}$. Las cuotas de la Municipalidad (\$ 10.000 anuales que en 20 años suman \$ 200.000) serán, además, reforzadas con el 6 % del costo de cada local que, en concepto de alquiler, se cobrará a la Dirección General de Escuelas, lo que dará 200.000 \$ más, es decir, en total \$ 400.000. Y aquí hay algo muy importante que señalar. De la renta así obtenida, el 85 % se destina al levantamiento de nuevas construcciones (en 20 años los 200.000 \$ indicados) y el 15 % a la conservación de las mismas, "para que no ocurra lo que ahora con los edificios del fisco, que, después de construídos, los abandonan, y el tiempo se encarga de destruirlos". Es claro que para la conservación de los edificios se requiere algo más que el 15 % de su renta y la seguridad de que este porcentaje alcance financieramente; también se necesita que alcance desde el punto de vista de su administración efectiva. Ya sabemos lo que sobre este particular ha hecho nuestra tradición criolla, pero debemos confiar en que se dará un gran paso, en que presenciaremos un gran ejemplo. Si otras comunas, inclusive la capital federal, tan necesitada de esa mejora, siguieran el rumbo de esta obra patriótica, se habría pronto resuelto en gran parte el problema de la edificación escolar y doblado con creces el capital invertido, por la simple valorización del suelo, aparte el cuantioso capital moral que se recogería de una siembra sencilla. Cada escuela llegaría a funcionar en local propio y adecuado a su misión.

En otro plan concurrente, el mismo Consejo comenzará, dentro de poco, un edificio para escuela rural, aprobado ya por el Consejo General de Educación. Una empresa constructora realizará la obra cuyo valor será de unos veinte mil pesos bajo las siguientes condiciones de pago: \$ 200 mensuales durante 79 meses, más cuatro cuotas especiales de \$ 1.100 $\frac{m}{n}$, pagaderas en los 4 primeros años, sumas que vienen a cubrir capital e intereses; y a los 7 u 8 años, el edificio pertenece en forma definitiva a la Provincia, sin que en ningún momento la empresa constructora pueda discutir el derecho de propiedad.

Permítaseme ahora recordar que conozco varias instituciones particulares de enseñanza las cuales, mediante préstamos del Banco Hipotecario Nacional, se hacen en 33 años propietarias de preciosas casas con extensos terrenos, sin otra erogación que una cuota mensual, a veces inferior al 50 % del alquiler mínimo que devengaría tal propiedad. Es, por otra parte, un hecho vulgar que una persona se haga propietaria con igual o parecido procedimiento, usando ese u otros establecimientos financieros.

¿No es posible encontrar la manera de que establecimientos bancarios oficiales ayuden al propio Estado a hacerse dueño de edificios destinados a sus escuelas? Cerca de un millón y medio de pesos anuales, gasta la provincia de Buenos Aires en alquileres de locales escolares, la mayor parte, malos, vergonzosos. ¿Cuánto se haría con semejante cantidad, si el ambiente permitiera seguir el bello gesto patriótico del Consejo socialista de Mar del Plata! Ya que aún no se divisa en la lejanía la posibilidad de las grandes obras privadas, individuales y colectivas, en pro de la enseñanza general, esperemos que triunfen pronto éstas, acaso, nacionalmente, más eficaces entre nosotros.

Con toda justicia, han podido decir de sí mismos los autores de la iniciativa: "Las autoridades municipales y escolares de Mar del Plata se adhieren a la conmemoración del aniversario patrio inaugurando un nuevo edificio escolar. Es el más digno homenaje que rendirán a la memoria de los próceres argentinos que abrieron los primeros surcos para que en nuestro pueblo germinara la semilla de libertad."

MARCOS M. BLANCO.

La Plata, julio 1926.

MI CALLE EN LA NIEBLA

En los húmedos días del otoño,
cuando la niebla en chispeantes gotas
cuaja sobre las ramas,
y en los hilos plateados
que extienden las arañas en la quinta,
cuelga mil abalorios,
la calleja se abrevia:
empieza en una esquina
y en la siguiente acaba.
Si la niebla es espesa
y no permite imaginar siquiera
el antes y el después del trecho claro,
ante la fantasía se alza neta,
la concepción, otrora inaccesible
de "infinito" y de "nada".
Pero si el vaho gris azul es leve
y no encierra implacable,
en reducido espacio
los puntos cardinales,
y sin ningún esfuerzo puede uno,
adivinar un ogro arrebuñado
en el rincón sombrío del manzano,
nada cuesta hechizar la callejuela,
e imaginar muy lejos,
—donde se sabe bien que hay una olmeda—
el palacio encantado
de la bella durmiente de quince años.
También se puede pretender, valiente,
romper el maleficio del camino,

*pero ¡ay! si se da un paso,
se advierte que otro paso
— de algún trasgo burlón sin duda alguna —
en la húmeda penumbra nos precede,
y si uno se detiene, él se detiene,
y si uno torna a andar, él continúa...
De la charca verdosa se levantan
sutilísimas nubes
de inmaculado blanco
que ocultan la viscosa superficie;
los cardos de su orilla,
esfumados en gris,
son sólo cual bosquejo horroneado
de planta entre la niebla;
el álamo atërido,
parece que durmiera todavía,
inmóvil, sin susurros y sin cantos.
Pero de pronto, en las rastreras nubes
se azulan los diamantes,
más alto se sonrosan
y más aún, se doran
y en un instante solo,
desgarra el sol los velos irisados,
arranca a la calleja de su encanto,
y le devuelve todo: su lejano horizonte,
su cenagal hediondo,
sus conventillos sucios,
sus chiquillos descalzos, su miseria,
sus pocas alegrías y su mucho penar!*

MARÍA LUISA PETETIN.

Rosario.

SER Y NO SER...

“**S**^{ER} y no ser...”
*Afán de vida, sueños de muerte;
penas de ahora, ansias de ayer.*

*Placer y dolor...
Raudo combate, vertiginoso
de fé y de amor.*

*Rimar, cantar...
También la alondra bajo el alero
sabe llorar.*

*Llores o cantes, alma doliente,
sigue tu ritmo, serenamente...
Cuenta que nunca mejor sendero
halla quien tiene constantemente
al Sentimiento por escudero...*

ADELA GARCÍA SALABERRY.

A PROPOSITO DE LA ANTOLOGÍA DE NOÉ

EN el N.º 872 de *El Hogar*, se publicó un interesante artículo de Manuel Gálvez, tan interesante que he creído oportuno comentarlo. Comienza él con un merecido elogio a la selección realizada por Julio Noé; mas, llevado quizás de su entusiasmo, comete la injusticia de negar que antes, en el país, se haya realizado seriamente ninguna otra selección. Dice: "La mayoría de las colecciones de versos publicadas entre nosotros carecen de plan y de criterio. Son simples amontonamientos de piezas del más diferente valor. Diríase que estas colecciones fueron hechas sólo a base de tijera y de engrudo." Las hechas por la casa editora Maucci y las publicadas con el solo objeto de venderse entre las alumnas de declamación, así lo han sido; pero creo que bien pudo salvar de su furor iconoclasta a *Nuestro Parnaso*, labor copiosa realizada en cuatro tomos, con "conocimiento y responsabilidad", por el poeta Ernesto Mario Barreda y la *Antología Contemporánea*, realizada por mí y Novillo Quiroga, y publicada en el año 1917. He vuelto a hojear ésta y, salvo la inclusión de algunos nombres insignificantes, considero que aun tiene su valor, el relativo valor de esta clase de obras a las que el tiempo se encarga de superar, mediante la aparición de nombres nuevos. Soy el primero en reconocer la superioridad de la Antología de Noé; pero no concedo que la publicación de ambas selecciones, tanto la de Barreda como la mía y Novillo Quiroga, no haya sido realizada con un plan ni tampoco que en su época no prestaran su servicio orientador. Negarlo así de una plumada, confundirlas en el anonimato con el montón de publicaciones hechas con un exclusivo fin comercial, es una acción demasiado apasionadamente juvenil para un escritor sesudo y de los años de Manuel Gálvez.

En carta particular a mi amigo Julio Noé, apresuréme a reconocerle que su obra es lo mejor que se ha realizado en el país en su género, mas ello ha sido también obra del tiempo, y si su Antología es hoy superior al cuarto tomo (el de los contemporáneos) de Barreda, lo es simplemente porque está más completa, nunca porque éste no haya tenido "un concepto directivo" ni la haya hecho sin un esforzado criterio de selección. Dentro de diez años, por ejemplo, vendrá el nuevo colector que supere a Noé, no sólo agregando los poetas para entonces aparecidos, sino excluyendo de su *selección* a algunos nombres que, por amistad, error de apreciación o por un falso sentido histórico que no debe contarse en una antología, Noé ha incluido en la suya. Citaré: Díaz Romero, Estrada, Fernández Espiro, Ghiraldo, Ugarte, Caraballo, Leumann, Rohde, Suero, Jorge Obligado...

Gálvez comienza su artículo con apreciaciones severas, después se le afloja la mano y prodiga elogios a muchos que, en rigor, no lo merecen. Da la impresión de que enseguida de haber escrito algo rotundo, se arrepintiese y buscara el equilibrio mediante otra frase paliativa. Ejemplo: (Habla de los ochenta y siete nombres incluidos) "Claro es que no todos son grandes poetas. El gran poeta es una rara flor, aquí y en cualquier parte." (Y concluye para equilibrar su despalante): "En la antología de Noé apenas llegan a quince los que pueden merecer que se les considere como figura de gran valer." ¡Quince grandes poetas! ¿Los tendrá la España o la Italia contemporánea? Gálvez, seguramente, se mostró harto pródigo en dar tanpreciado título. Si en 25 años, la Argentina hubiese producido quince grandes poetas, sería el caso de creer que el gran poeta no es tan rara flor como Gálvez lo afirmara muy bien, líneas antes.

Sí, creo muy acertado lo que afirma respecto a las antologías, que están destinadas a salvar la producción buena de aquellos que no han realizado una obra total, y no que se deba incluir en ellas sólo a los muy destacados; pero este "eclecticismo y desapasionamiento", tan característicos en Noé, lo lleva a incluir a Jorge Max Rohde y Oliverio Girondo, por ejemplo. Y este es, a mi entender, una exageración de eclecticismo, porque no se concibe cómo se puede gustar a la vez de un ultramodernista como Girondo y de un anacrónico como Rohde. Cuando Noé me confesó

que no le gustaba Alvaro Yunque, (el cual no figura en la Antología por haberse éste negado), lo encontré sincero. La poesía callejera, en mangas de camisa, oliendo a sudor y sonando a tumulto del autor de *Versos de la Calle*, repelia a su espíritu ático, que no oculta su idolatría al más libresco y atildado de nuestros poetas: Leopoldo Lugones. En esa negación, comprendí a Noé. No lo comprendo cuando admira a la vez a un Estrada (que yo también incluí equivocadamente; hoy no lo haría) tan frío, tan poco poeta, y a Fernández Moreno, tan lleno de movimiento y color.

Gálvez hace resaltar, agudamente, el tercer lugar que Noé adjudica a Carriego, al consagrarle menos páginas que a Lugones, el primero, y que a Arrieta, Banchs, Capdevila, Fernández Moreno, Obligado y Storni, los segundos. Esta actitud habla en pro de la sinceridad de Noé. Su mencionado aticismo no puede gustar plenamente de este poeta del suburbio que, a mi juicio, está como poeta absoluto y original sobre todo, muy por encima de Lugones, por él tan admirado. Y aún si tenemos en cuenta el sentido histórico, el único que pudiera justificar la presencia del autor de *Los Crepúsculos del Jardín* con tan preeminente número de versos, el hondo y sencillo poeta del suburbio cobra un inusitado valor: El, por instinto poético, escapó del modernismo post dariano, ya agonizante de retórica mitológica, y descubrió otra vez la poesía, sacándola de la realidad cotidiana. El y Federico Gutiérrez — a quien en la Antología de Noé no se le incluye en su mejor faz, la de satírico rebelde — hicieron posible la vuelta a la sencillez y a la claridad, y prepararon la aparición de tan excelentes poetas como Banchs, Arrieta, Capdevila y Fernández Moreno.

La Canción del Suburbio, de Carriego, es contemporánea del *Lunario Sentimental*, de Lugones. ¡Y qué poesía y qué originalidad la de aquél; en tanto, qué falta de originalidad la de éste! (1). Por otra parte, a qué diferente situación llevaría el seguir al uno o al otro. Carriego canta la vida que ve y oye, los más íntimos sentimientos de su alma tan rica en sensibilidad.

(1) Léase en *Nuestros Poetas Jóvenes* de Roberto F. Giusti, el artículo consagrado al *Lunario* de Lugones, y en el cual el crítico prueba la evidente sugestión que el poeta argentino sufrió de Julio Laforgue con su *Imitation de Notre Dame la Lune*.

Lugones, en cambio, talento retórico, malabariza palabras y, sordo y ciego a la vida que vive, sólo tiene ojos y oídos avizores para escudriñar y oír poetas extraños: Hugo, Samain, Laforgue o Pascoli. Sin embargo, Gálvez que no duda en proclamar a Lugones “nuestro más importante valor poético” y llamarle “maestro”, (¿puede ser “maestro” un versátil, tanto en el estilo como en las ideas?) no duda tampoco en escribir sobre Carriego: “Sus versos son pura prosa. Jamás leeremos en su obra una imagen. No basta la ternura para convertir a un escritor en poeta. Carriego era un cronista en verso. Y si a veces nos entristece, no es por obra de su arte, sino porque nos cuenta un hecho triste. No le niego todo valor, ya se comprenderá; pero aplaudo al autor de la antología, que ha sabido resistir a las opiniones del ambiente”.

Así es: “en el ambiente” flota la admiración al hondo y sencillo poeta del suburbio, y tanto que un poeta de los más jóvenes y de filiación ultraista — y por lo tanto cultor de la imagen — Jorge Luis Borges, no pudiese ocasión de proclamar su admiración al creador de *La costurerita que dió aquel mal paso* y de *La silla que ahora nadie ocupa*: dos obras maestras.

Gálvez sí que no ha sabido resistir a las opiniones del ambiente, pues, de su párrafo se deduce que para él, la *imagen* es un elemento poético de mayor valer que la *ternura*... ¡Ya recobrará el buen sentido — el que le hizo escribir *Las abuelitas* — cuando pase la fiebre imaginífera que hoy padecemos! Y podría citarle a más del de Borges, a seis o siete poetas de la última generación, cantores y habitantes del suburbio porteño, y en quienes Carriego ejerció su vivificadora influencia.

Coincido con Gálvez al protestar por la no inclusión de Leopoldo Díaz. Este, aun cuando produjera en su juventud obra romántica y parnasiana, fué uno de los que primero secundaron a Darío en su campaña renovadora. El, Lugones y el boliviano Jaime Freyre — ¿por qué tampoco se le ha incluido? — tienen un innegable valer histórico, a más del que puedan tener como poetas, y claro está que lo tienen.

Pero no coincido con Gálvez al protestar por la inclusión de Carlos Ortiz, el autor de *Las Rosas del Crepúsculo* y *El poema de las Mieses*. Del título de ambas obras se deduce la evolución que en él se iba operando: decadente, afrancesado en el primero;

ya iba cobrando personalidad en el segundo. Aun no consigue emanciparse de sus lecturas y el *poema* peca así por no ser americano; cuando debió serlo si es que aspiraba a tener vida; mas fracasando en su conjunto orgánico, hay en él piezas como *El Arado*, bien realizadas. ¿Y *El Huevo*, no es una pieza de antología?

La reproduzco porque no la he visto incluida en ninguno de los dos libros citados:

EL HUEVO

Fruto de amor, germinando vida: ¡huevo!
Tú ocultas el renuevo
De otras generaciones
Bajo tu frágil cáscara que encierra
Todas las esperanzas de la tierra
Y el misterio de todas las creaciones.
Guardas la voz del porvenir oscuro;
En ti se halla escondida
La impenetrable esfinge del futuro:
Y, ¡oh huevo! — perla de un amor salvaje —
Esperas las tibiezas de un plumaje
Para que un mundo en tu interior despierte.
Para que vibre el himno de la vida
Ante el inmenso asombro de la muerte.

Carlos Ortiz, por otra parte, tiene un lugar importante en la historia del modernismo americano. El fué también de los que secundaron a Darío, yendo, como Díaz, Lugones y Jaimes Freyre, a beber directamente en Rimbaud, Baudelaire, Verlaine, Mallarmé, Moreas...

Gálvez protesta por la no inclusión de Horacio Caillet-Bois. No lo conozco. Bien podría haberlo hecho también por faltar Fernández de la Puente, Domingo Robatto, Domingo Fontanarrosa, Rafael De Diego y Nydia Lamarque.

Termino esta marginalia al interesante artículo de mi amigo Manuel Gálvez, agradeciendo las amables palabras que en él tiene para mi labor poética, demasiado benévolas, dado que yo me apresuro a reconocer el valor demasiado relativo de aquélla.

ERNESTO MORALES.

LETRAS HISPANO-AMERICANAS

La otra América, por *Armando Donoso*. — Colección Contemporánea Calpe. — Madrid, 1925.

Dostoievski — Renán — Pérez Galdós, por *Armando Donoso*. — Biblioteca Calleja. — Madrid, 1925.

DE su último viaje a España, Armando Donoso ha traído dos libros, hechos con ensayos que vieron la luz en diarios y revistas de América, entre éstas NOSOTROS.

La otra América, según su autor lo explica, es la opuesta a la que vió Baroja cuando formuló su despiadado epíteto, a través de su escasa información y de los *niños bien* que, calzando puntos de literatos, pasan por Madrid, de vez en cuando, pagan banquetes en el Ritz o el Palace, se hacen presentar al Rey para admirar de cerca el corte de su saco o el color de sus calcetines, hacen un soneto cojo al Día de la Raza y terminan por irse a París, donde generalmente llegan diciendo pestes de *ces sales espagnols*, para quedar bien, a la vez, con los patrioterros franceses, que escriben artículos para los diarios de América, hablándonos de cosas tan interesantes como de las queridas de Luis XIV, los procesos del año en la Corte de Justicia o las heroicidades del último *apache*, y se dan el título de obreros del acercamiento espiritual *latino-americano*.

En *La otra América*, título que es un felicísimo hallazgo de Donoso, tienen cabida ocho ensayos, dedicados a Gabriela Mistral, Arturo Cancela, Pedro Henriquez Ureña, Rafael Barret, Karez-I-Roshan, Eduardo Barrios, José Toribio Medina y Totila Albert.

Hay, en efecto, otra América, una grande, desconocida y calumniada América, que no sólo los europeos no ven, sino que también muchos hispano-americanos (pues nos estamos refiriendo, al decir América, como se habrá comprendido, a Hispano-

América), afectan ignorar o realmente desconocen por falta de sentido observador, de sensibilidad o simplemente por obstinación rastacuera.

Diez Canedo, que prologa *La otra América*, apunta con su perspicacia de fino crítico, las razones en que se funda para, él también, creer en esa *otra* América cuyo crecimiento rítmico, ordenado, revelador, se muestra vigorosamente desde Méjico a Santiago y Buenos Aires, desde Montevideo a Bogotá, aunque, como es natural y ya lo hemos señalado, con mayor empuje en la periferia.

Tal vez no todos los ocho nombres incluídos por Donoso en *La otra América*, tengan el carácter representativo de que éste parece investirlos. *On est toujours un peu le caméléon de ses amitiés*, decía Barbey d'Aurevilly, a propósito de las poesías de Charles Monselet y la frase, sin malicia, puede también ser aplicada a un crítico. Diez Canedo ya excluye dos: Barret y Totila Albert. Somos amigos del segundo y a despecho de la frase de Barbey citada más arriba, podemos afirmar que está en lo cierto el crítico español respecto al joven escultor maestro de *Las mujeres de la montaña*.

Y en cuanto a Barret, tampoco disentimos... Pero necesitamos explicarnos un poco. El poder de asimilación de Hispano-América sobre todos los hombres que llegan a pisarla y habitarla con continuidad e intensamente, es formidable, y se manifiesta, como es lógico, en forma más completa y rápida sobre los hombres de su misma lengua. Pero donde ese poder de asimilación se embota, es cuando debe actuar sobre el político o el sociólogo, es decir, sobre el hombre que ha encasillado sus ideas y sus sentimientos. Un político es siempre un sectario, sobre todo cuando su credo es extremista, bien sea hacia la derecha o hacia la izquierda. Esto, aunque parezca contradictorio con la definición de político. Lo que comenzó siendo una cosa, después terminó siendo la opuesta y siempre guardó el mismo nombre, tal vez por olvido. El talento de los gobernantes está en saber ceder a tiempo, decía el cardenal de Retz, que a pesar de su sotana roja, fué un gran político en la verdadera acepción del vocablo. El día en que esta sentencia fué olvidada, la política dejó de ser política para ser sectarismo.

Pues bien, Barret, a pesar de haberse formado entre nosotros, nunca se asimiló a los hispano-americanos porque él veía todo desde su tronera político-social. Llegó a América ya *político* y *político* se fué, el pobre, a pesar de su talento y de su gran corazón. En él no está la otra América, aun cuando sea tema de sus escritos una inquietud bien nuestra, porque está sentida con otra sensibilidad y sobre todo con el preconcepto de su posición ante esa inquietud.

Conocemos un español inteligentísimo, abogado y periodista, que vive entre nosotros hace cuarenta años. Hace quince, cuando le tratamos por primera vez, le oíamos hablar espantados de que a pesar de sus veinticinco años de Buenos Aires, este hombre sintiera y pensara con una sensibilidad y un cerebro tan alejado del nuestro. Había llegado aquí a raíz de no se qué expulsiones de republicanos y seguía, después de veinticinco años, erre que erre sobre el mismo pollino. No es del caso ahora, poner de manifiesto cuáles eran las ideas de nuestro abogado... Le perdimos de vista. Hace dos años nos invitan a una peña literaria de españoles y apenas llegamos, lo primero que Dios nos deparó fué al señor que habíamos conocido trece años atrás, siempre encastillado en sus mismos sofismas. Y por si no era bastante, apenas nos vió, indirectamente aludió a las luchas sostenidas años atrás, que lo fueron entre su intransigencia y nuestro espíritu amplio y acogedor, verdadero espíritu de Hispano-América, circunstancia que, no conocida de los presentes, les llenó de perplejidad por no saber a dónde iba el disertante.

Este ejemplo es uno. Podríamos citar mil. Por eso hemos aprobado la exclusión hecha por Diez Canedo que supo ver inmediatamente en el caso Barret, como en el caso Totila, aunque este último sea de otra índole, y de más fácil percepción.

Y de la índole del de Totila Albert puede ser algún otro más que citaríamos, con intentos de exclusión también. Pero como, de hacerlo, tendríamos que actuar con espíritu dogmático y sectario, que no es precisamente el nuestro, preferimos abstenernos.

El autor y su prologuista han partido de la base de la *aparición* del humorismo en nuestras letras para fundar su opinión sobre la existencia de una nueva América, madura para las gran-

des empresas del espíritu, bien que ambos la relacionen después con otros elementos en más acertada visión de conjunto.

No damos a esa *aparición* la trascendencia especial con que muchos han querido señalarla. El humorismo no es nuevo en nuestro medio. Ya el *Martín Fierro* encierra no pocas dosis de la divina sal. En cada paisano, bien visto, hay un tesoro de humorismo que explotar. Nuestros escritores no sabían verlo porque estaban ocupados en contar los entretenimientos de las princesas y las infantas o en inventar dolientes querellas de amores imaginarios. Cuando alguien como Hernández miró al paisano o como Wilde al pueblerino (en quien es menor ciertamente el porcentaje de *humour*), con ojos abiertos, apareció el humorismo y sin embargo no estaba entonces maduro nuestro medio para poder hablar de personalidad literaria; pero las bases estaban echadas.

Una golondrina no hace verano, dice el refranero popular, aun cuando Diez Canedo afirme que la *rara avis* del humorista de Donoso marca, despojada de "*la expresión de su cuño usual*", una estación, un período, un punto de partida o de definición.

Lo que marca todo eso es el conjunto de *apariciones*, su duración y regularidad. Paralelamente, simultáneamente, dejando a un lado la poesía que es la infancia del arte, aparece en la Hispano-América de hace poco y de ahora, en forma regular y continua, la novela, el ensayo, la crítica. Reyles, Barrios, Lynch, Salaverri, Prado, Gálvez, Zuviría, Loveira y tantos otros en el más difícil de los géneros (convenimos en darle esta denominación, por darle alguna; pero convencidos de su vacuidad; ya hemos dicho nuestra opinión acerca de las categorías literarias como las llama Brenes Mesén), Vasconcelos, Caso, Alfonso Reyes, Alvarez, Rodó, Sanin Cano, Gerchunoff, recorriendo toda la gama de los ensayistas y sin citar a muchos más: Donoso, Zum Felde, Giusti, Noé, Melián Lafinur, Henríquez Ureña, Brenes Mesén, como críticos y reconozco que no están todos.

La crítica, precisamente, que se ejercita *a posteriori*, pero que también tiene sus medios de caracterizarse, la crítica de visión hispano-americana, ha marcado y está marcando ese bullir de ideas y de sentimientos que revela la activa vida de Hispano-América.

Para guardar más el espíritu de raza, hasta en sus vicios de

forma y de fondo nuestra literatura es nuestra y por este sentido de propiedad ya inalienable, usufructuaria, hasta hace poco sólo propiedad treintenaria, si se nos permiten los términos legistas, nuestra literatura revela entrar en su período de verdadera personalidad.

América es, entonces, la otra América, la que ignoran por rutina o por desdén incomprensibles, hombres como Pío Baroja, que buscan inútilmente en un ideario nihilista, oriental y judaizante, él tan enemigo de los hijos de Sem, la levadura que haga fermentar de nuevo en la conciencia hispana el ansia de más grandes empresas, sin reparar que aquí, en esta otra América, que no es hija, sino hermana, se está realizando el milagro de una nueva Grecia, de la cual, con el tiempo, y ya se empieza, tendrá que aprender el mundo los ideales que lo salvarán.

Armando Donoso que tiene un profundo sentido de la medida y a quien su gran bagaje intelectual capacita para largas vistas que sean como síntesis de momento, ha sabido aprovechar bien su viaje dejando allá un libro por el cual, quienes quieran, podrán aprender a conocernos, aunque sea imperfectamente. Despertar la curiosidad ya es mucho.

Y no sólo nos conocerán por los hombres de Hispano-América que presenta Donoso (¿por qué en vez de Karez-I-Roshan, no incluyó su magnífico estudio sobre Prado en *La otra América*, en el cual aparece de manifiesto todo el alto valor del padre de *Un juez rural?*), sino por Donoso mismo, con el libro que nos viene ocupando y *Dostoievski*.

Tenemos que reprocharle a Donoso un vicio del que ya se está curando y en el que incurre, sin embargo, al querer enrostrárselo — y pecando dos veces — a Pedro Henriquez Ureña: el abuso de la erudición.

Nuestros críticos han padecido casi siempre del rastacuerismo de la erudición. Así como los nuevos ricos cambian de auto cuatro veces por día, llevan todas sus joyas de la mañana a la noche y se hacen volcar una sopera encima por el gusto de lucir dos tocados en la misma noche, apenas alguien se siente por nuestros pagos un Sainte Beuve en miniatura, nos aplasta a citas y nombres. Ya hemos dicho que los muebles americanos y el virus alemán tienen la culpa de tales excesos.

Thibaudet—y perdónesenos este ligero pecado de cita—ha dicho: “La critique créatrice commence où l’erudition finit”. El olvido de esta gran verdad, tal vez sea la causa de la castración de muchos de nuestros críticos.

La erudición agosta el poder intuitivo que debe ayudar al crítico en el buceo, en la punción del material operatorio.

Es interesante saber, para el que lo ignora, cuánto han dicho a propósito de la obra de Juan o Pedro, los señores X, Y, Z; pero es más interesante saber qué ha visto H, independientemente de aquellos señores en la obra de Juan o de Pedro. Estamos lejos de la herejía de proscribir al crítico la lectura, que viene a ser el entrenamiento de su facultad crítica, prohibición equivalente a producirle la atonía. Un poco de gimnasia razonada, mantiene elásticos los músculos. El exceso produce el relajamiento, tan perjudicial, o más, que la atonía.

Diez Canedo al señalar como sintomático el pase en la crítica hispano-americana del elogio o la censura al análisis, la selección y la ideología, olvidó fijar que también el pase del empacho bibliográfico, de la manía erudita a la sencillez expositiva y al juicio claro, sintético y propio, marca el hallazgo de *la senda clara*, por nuestros críticos.

Hecho el reproche, con el mismo espíritu de justicia y sinceridad, digamos que la tarea de Armando Donoso ha tenido en las letras hispano-americanas, un mérito imponderable. En nuestra vida afiebrada e inquieta, no todos disponen de largas horas que dedicar a la lectura. Si otro, con clara inteligencia y fino espíritu toma a su cargo compendiar y divulgar el saber esparcido en las obras que pasan ante los ojos desencantados como una ilusión, bienvenido ese otro.

Donoso emprendió hace tiempo y ha venido continuando después, con verdadero espíritu evangelista, la labor de guía espiritual, realizando, como Reyes en *Los dos caminos*, una doble obra. Traer Europa a América y llevar América a Europa.

La otra América y *Dostoievski*, son muestra reciente de la bifurcación de sus empeños.

Cuando Donoso se bate por América hay en sus críticas más humanidad, más calor de vida, que cuando trae ante nosotros escritores de Europa. Cuando trata a éstos, déjase arrastrar con

más frecuencia por el peso del formidable bagaje bibliográfico que archiva su fértil memoria. Perdido en la evocación de argumentos, en el relato de opiniones, en el mar de las citas y de las notas, su juicio se oscurece, su sensibilidad parece agostarse. De su paciente estudio sobre Dostoievski, por ejemplo, impecable de doctrina, de forma, de material, no surge como debiera la formidable figura del ruso más ruso y más humano, al mismo tiempo — esto por aquello — del siglo XIX. Falta vida y sobran libros. Escasea la intuición y abunda el razonamiento.

No hay enfermedades, sino enfermos. No hay libros, sino autores: hombres que van dejando — cuándo son realmente autores — pedazos de su yo en cada página. El médico que trata la enfermedad olvidando al enfermo, incurre en igual error que el crítico que trata la obra y no al autor. Pero, el autor en la obra, como el enfermo en la enfermedad, no el autor a solas. Y para eso el médico necesita el ojo clínico y el crítico la intuición, que es su ojo clínico.

Donoso, a veces, se entusiasma con el caso y se olvida del enfermo. Es lo sucedido en el ensayo sobre Dostoievski. Son éstos, pequeños percances del oficio.

Todo lo cual no obsta para que afirmemos que Donoso es una de las mentalidades más sólidas y mejor organizadas de Hispano-América y para que proclamemos nuestro respeto por quien ha sabido elevar la crítica entre nosotros a un plano superior y digno, donde están proscriptas la diatriba venenosa y el elogio hiperbólico.

E. SUÁREZ CALIMANO.

BIBLIOGRAFIA

LETRAS ARGENTINAS

Pasos en la sombra, por J. Salas Subirat. — Editorial Claridad. Buenos Aires.

PASOS en la sombra es uno de los libros que buscan un sendero nuevo en nuestra novelística. Es una novela de ensayo, obra de juventud, que tiene méritos y defectos. Su lado tendencioso es demasiado visible para no consignarlo. Pero sería exagerado afirmar que el autor la ha escrito sólo para exponer ideas antiburguesas. Forma de novela tiene, sólo que la trama se resiente de flojedad, y el sujeto novelesco — personaje, heroína — queda bastante "en la sombra". Intensidad de relato sólo alcanza en la narración de los sucesos de la Semana de Enero, que ha logrado animar con singular colorido trágico, poniéndose a la par de Cancela en su "Semana de holgorio", o más bien, completando en un plano de tragedia el carácter cáustico y burlón del cuento de los *Tres relatos porteños*.

Creemos que a Salas Subirat no le faltan buenas condiciones para el género literario elegido. Su prosa, aunque no siempre correcta en sentido castizo, es eficaz para describir y suelta en el narrar. La aptitud lírica y el don de emoción no le son extraños, pero en ella domina como nota más personal, la sobriedad del estilo novelesco. Una novela, aunque no sea de Zola ni de Bourget, es siempre un proceso, un conjunto de hechos convenientemente seriados dispuestos para una conclusión. La gradación, el eslabonamiento lógico, esa penetración de la realidad en la ficción que quería Faguet, al excluir los desbordes del sentimiento imponen cierto prosaísmo expresivo que ha de traducirse por una escritura serena y sobria. Un libro escrito en la prosa de *L'enfer*, de Barbusse, ponemos por caso, entrecortada, jadeante, dolorosa y sensual, no es para todas las sensibilidades.

Volviendo a *Pasos en la sombra*, nos enfrentamos, a poco andar no más, con la preocupación social y conjuntamente psicológica que tipifica los libros del grupo de Boedo. Entre las ideas que agita se encuentran las que procuran ser de revisión psicológica, intento que no debe asustar, pero cuya realización exige tacto y delicadeza tanto como valor moral. Una de esas ideas discutidas es la del amor paterno, que según parecer del autor es un yugo que a veces es necesario romper. Dos padres, de distinta o antagónica posición social y económica, uno de ellos capitalista, Pedro Hermida, y obrero el otro, Ferruccio Nosedá, tienen fundamentalmente el mismo carácter: el primero, amo absolutista de una fábrica, que nunca escuchó las opiniones de sus subordinados ni siquiera las de su propio hijo, y ambos tiranos del hogar. Con todo, hay cierta acritud en la pluma del autor al trazar estos caracteres, y una evidente falta de piedad cuando relata las disputas llevadas hasta escenas de pugilato entre Nosedá padre,

tiránico sin duda pero ignorante y por eso digno de compasión, y su hijo Jeremías.

La preocupación de hacer psicología se evidencia también con motivo de la muerte de Rinaldi, ocurrida en condiciones escasamente verosímiles. ¿Es creíble que Juan Nosedá, su buen amigo, pudiera ser su victimario, así, tan casualmente? Pero lo que el autor se afana en producir es un estado de alma, de alma mordida por el más atroz remordimiento, en este caso. La descripción es elocuente:

"En un solo minuto, Juan Nosedá pensó más que en todos los días de su vida; nunca hubiera creído que el cerebro era capaz de hacer tantas preguntas imposibles de contestar y tanto discurso desconcertante en un plazo tan breve. Entonces se hizo cargo del hecho principal: ¡Su amigo, su mejor amigo, había muerto! ¡Muerto, bien muerto! ¡Ah, condenados!... ¡Le habían muerto a su amigo, el mejor camarada de su vida! ¿Quién era el asesino? ¿Dónde? ¿Dónde estaba?...

"—¡He sido yo! — gritó desesperado, sin saber que hablaba".

Pero como este estado mental no determina cambio alguno en la acción, no pasa de ser otro de los cabos sueltos de que el libro es casi pródigo. La enfermedad y muerte de Arturito es también un hecho episódico, sin consecuencias. Los dos amores, el de Margarita y Rinaldi, y el de Carmen y Guillermo, distan mucho de ser eje del libro. Truncado el primero por la muerte del obrero, y el segundo por la indecisión del hijo de Hermida, no comunican al relato otro interés que el desvaído de los hechos y figuras de segundo o tercer plano. A Margarita no se la menciona más después de la muerte del amado y de Carmen sabemos sólo que concluyó casando con Evaristo Rosales, su primo, y amigo de Guillermo. La descripción de la casa metalúrgica, por la que apenas pasó Rinaldi, es también un ornato secundario. La conversación tenida a bordo, donde se discuten conceptos como el de militarismo, civilización, valor, fuerza, patriotismo, etc., vinculándolos con los sucesos de la Semana Trágica, interesa por la agilidad mental del autor, pero no como parte integrante de la narración. De la carta final diremos que apenas está unida por un poco de engrudo a la acción novelesca. En cuanto al título que quiere emular al de *Clarité* usando tonalidad opuesta, es más una divisa que una razón del contenido de la novela.

Lo expuesto no invalida las buenas páginas, que las hay, y estamos lejos de desconocerlo. Pero la novela es un género, difícil entre todos, que tiene sus fueros y que deben ser respetados. La unidad o cohesión en el desarrollo de los sucesos y la creación de figuras centrales que vertebran el relato, son condiciones que conviene empezar respetando. Más tarde, cuando se haya llegado a ser un Pío Baroja, por ejemplo, recién entonces pueden abrirse las esclusas a la propia originalidad.

JUAN B. GONZÁLEZ.

LETRAS ITALIANAS

L'unità del mondo latino, por *Ezio Levi*. — Pubblicazioni dell'Istituto Cristoforo Colombo. N° 16. Roma.

SON 54 páginas y contienen el discurso pronunciado por el filólogo Ezio Levi el día 10 de Febrero de este año, al hacerse cargo de la cátedra de literaturas e idiomas neo-latinos en la Universidad de Nápoles. Obra de síntesis poderosa, esta prolusión encierra con claridad asombrosa y señorial elocuencia, todos los elementos demostrativos de la unidad romana y demuestra, con rápidos asomos a las amplias ventanas de la historia,

todo lo que vive y palpita romanamente en nuestras sociedades contemporáneas. Este pequeño libro vale mucho más que muchos libros abultados y saturados de retórica sonora. Es, sobre todo, un perspicuo indicador de manantiales de cultura; pero, no el indicador ocasional, que enseña un punto u otro del horizonte, hacia el cual puede haber o hay una fuente; sino el guía erudito y cordial, que enseña e ilustra y demuestra los orígenes de todas las corrientes idiomáticas y las peripecias que hallaron en su ruta para llegar a ser lo que son.

"In orbe romano qui sunt... cives romani effecti sunt"; tales los efectos de la ley o decreto del emperador Caracalla, otorgando la ciudadanía romana, en el año 212 de nuestra era, a todos los habitantes del Imperio. Todos romanos; pero distintos por clima, costumbres, orígenes, necesidades, tendencias, fueron distinguiéndose necesariamente en la manera de expresarse. Los provenzales, por causas peculiares que son conocidas, o que no lo son — pues en resumidas cuentas lo que ignoramos sigue siendo infinitamente más de cuanto sabemos — fueron los primeros en dar forma orgánica al idioma heredado de Roma; en 1209 la intolerancia religiosa pasa destructora por las dulces tierras de Provenza; la intransigencia dogmática se ilusiona de poder aplastar, junto con los Albigeneses, la incoercible fuerza del pensamiento humano; pero los trovadores, huyendo del impio malón religioso, cruzan los Alpes y los Pirineos, llevando consigo la bienhechora semilla de las herejías y también materiales y formas de expresión literaria a los demás idiomas romances.

Los catalanes, familia orgánica y compacta, llevaron hacia Oriente, hacia el mar Egeo, el ímpetu de su combatividad y nuevos sonidos y formas idiomáticas; los lusitanos correrán los mares, en victoriosa marcha de descubrimientos y conquistas, afinando, entre tanto el instrumento musical para Camoens; los franceses, con las cruzadas, difundirán su idioma y las naciones de su historia y desarrollo durante los siglos oscuros de la Edad Media; Dante Alighieri cantará la gran síntesis de aquella Edad, como, dos siglos después, Ariosto sintetizará en su *Orlando Furioso* la epopeya caballeresca de Francia; mientras los españoles, arrastrados por su mismo impulso guerrero y teológico, desterrando con el terror a los judíos, después de la conquista de Granada, harán de estos judíos los conservadores en el extranjero y los propagandistas del idioma castellano. Y viene la hora de Colón: y los españoles repiten, con bravura y denuedo, la epopeya romana de la conquista en un mundo brotado milagrosamente de las espumas atlánticas; y Vasco de Gama llega a las Indias.

León X, presenciando desde la Mole Adriana el desfile de los vencedores de los mares, que habían traído a Roma una pantera del Golfo Pérsico, un caballo de Ormuz y un elefante de Goa, se reía como un chiquillo ante aquel espectáculo, sin pensar siquiera que nunca Roma había asistido a triunfo más grande.

L'Unità del Mondo Latino se nos presenta con evidencia asombrosa en esta monografía del ilustrado filólogo italiano; y el "Instituto Cristoforo Colombo" hace obra sumamente beneficiosa para la cultura universal, difundiendo esta concisa y clara visión histórico-idiomática del prof. Ezio Levi.

FOLCO TESTENA.

Pane e vino, por Giovanni Papini — Editor Vallecchi, Firenze.

LIBRO de versos inspirado por la reciente conversión al catolicismo del dinámico escritor florentino, le precede un "soliloquio sobre la poesía", en el cual encontramos la facundia proverbial del nuevo catecúmeno, pero ninguna observación descollante, pues el mismo Papini nos había dicho

las mismas cosas en otros escritos. En este proemio, lo que sobresale es la nota polémica del Papini católico contra el Papini pagano de la mocedad; pero, como las razones son meramente subjetivas, y tan íntimas, como el proceso determinante de la caída de este Saulo menor a lo largo de un camino de Damasco que ya no existe, pues las huellas del automóvil han trazado otros caminos, es un proceso absolutamente individual; por tanto la polémica pierde mucho de su eficacia y deja de ser tal para quedar en soliloquio. Huelga decir que la prosa combativa de Giovanni Papini conserva, aquí también su impetuosa fuerza y que la fresca vena toscana muestra su acostumbrada limpidez, a pesar de la causticidad de una que otra frase arrabalera y de muchos vocablos que no cesan de ser malolientes por haber sido aplicados en la adjetivación dantesca o puestos, con poca veracidad histórica, por Víctor Hugo en labios del general Cambronne.

Otra observación que se impone es lo poco cristiana que resulta a la postre la irrespetuosidad de Papini hacia poetas y pensadores italianos, universalmente reputados superiores; y uno no sabe cómo hará Papini, temperamento eminentemente demoledor, para conciliar su novísima sensibilidad artística y estética con lo que de forzosamente conservador y herumbroso contiene la tradición y los métodos del catolicismo.

Los versos de este volumen son buenos. Léxicamente perfectos, toscamente fluidos, revelan a un artista; pero no llegan nunca a emocionarnos hondamente. No hay riqueza de imágenes ni esfuerzo melódico de consonantes, ni motivos nuevos sinfónicos. Los endecasílabos, en su mayoría, acentuados sobre las sílabas segunda, cuarta, séptima y décima, resultan monótonos; y el abuso de la cuarteta de rimas alternadas, cansa. Conceptualmente, falta la cohesión entre el contenido y la forma. Uno piensa que, a pesar de viejos, los moldes de los *Inni sacri*, de Manzoni, respondían mejor al equilibrio entre pensamiento y extrinsecación. En fin, la poesía italiana no se enriquece mucho con este tomo de versos, el catolicismo no puede considerarlo como una batalla victoriosa y Giovanni Papini no agrega ningún elemento nuevo a su fama y a nuestra admiración.

Con todo, queda intacto el valer de este hombre descomunal, que parece nacido adrede para turbar con sus actitudes la amodorrada placidez mental de estas generaciones que creen demasiado en el milagro de los músculos.

FOLCO TESTENA.

I Conquistatori, novela de *Paolo Albatrelli*. Libreria Politica Moderna, editora. Roma.

PAOLO Albatrelli ha escrito esta novela con más valor que ansia de belleza. Diluida en 460 páginas, descuidada a menudo en la forma, nos hace pensar en la "prosa lombarda" de que hablaba, y no por halagarla, Giosué Carducci. A pesar de sus notables defectos normales, la novela tiene una enorme importancia documental, pues pinta, con imparcialidad y exactitud, lo que fué la vida italiana en los años que siguieron a la guerra, entre la victoria del Piave y el triunfo del fascismo. Paolo Albatrelli hace historia. Casi todos los personajes de la novela adquieren relieves de símbolo; hay veces en que, substituyendo un apellido que sonó y suena mucho, a otro inventado por el autor, reconocemos a algún protagonista de los hechos anormales y llenos de trágica fatalidad de aquel turbulento periodo de la vida italiana, en que, más que los ideales, primaron los desmanes neuróticos de un pueblo rebosante de energías y salido de una guerra espantosa por el esfuerzo exigido y por las imprevistas consecuencias que acarrea.

Leyendo esta novela se comprende mejor lo que se pudo observar en Italia en estos últimos años: la precocidad, que debió fatalmente trocarse en inmadurez, de las corrientes socialistas, cimentadas sobre un proletariado falto de la conciencia de sus derechos y deberes; y la inevitable aparición del fascismo, conservador y reaccionario a pesar suyo, antisocialista por definición, ultramontano por necesidad, militarista por lógica consecuencia de los errores de Versailles; pero, con todo y a pesar de todo, fuerza revolucionaria, estado de ánimo explicabilísimo, paréntesis de preparación, de disciplina, de meditación diríamos, entre dos marchas hacia adelante.

Todos los errores del proletariado italiano encuentran en esta novela su explicación, lo mismo que todos los errores de la clase buguesa. La historia no es un jueguito combinado para darnos el gusto a los teorizadores; el porvenir no es un collado verde, es un pico abrupto; y las generaciones, quieran que no, tienen que trepar despacio, un paso tras otro, a menudo parándose, de vez en cuando resbalando cuesta abajo.

De las páginas vividas de esta novela brota una enseñanza filosófica que, sin ser nueva ni mucho menos, es alentadora: la humanidad sigue su ruta hacia adelante, hacia lo alto. El fascismo, con todos sus errores, que no son mayores que los de los "montagnards" de 1793, representa una etapa, un alto en la ruta: nada más. Quita al socialismo, como finalidad, mucha hojarasca dogmática brotada de la pereza de los hombres; obligará al proletariado a adquirir los medios espirituales para su rescate y para ascender, no a la hegemonía de una clase, sino a la armonía de las clases en una sociedad de equidad y de derechos manantes sólo del trabajo.

En conclusión, *I Conquistatori* de Paolo Albatrelli, sin ser una hermosa novela, es una novela que deben leer todos los que quieren comprender la vida italiana en los primeros veinte años de este siglo.

FOLCO TESTENA.

LETRAS RUSAS

Los ideales y la realidad en la literatura rusa, por *Pedro Kropotkin*, traducción castellana de Salomón Resnick. Ed. M. Gleizer, Buenos Aires, 1926.

El vivo interés que hace algunos años despertara entre nosotros el conocimiento de las obras maestras de la literatura rusa se mantiene firme sin que aparezcan señales visibles de decaimiento. Las novelas, cuentos, y dramas, de Turgueniev, Tolstoi, Dostoiewski, Andreieff, Chejov y Gorki, no siempre traducidos al castellano con honradez y corrección, cuentan en nuestro medio con innumerables y fervientes admiradores. Pero, si abundan las traducciones, sean ellas mediocres o no, que puedan dar una idea del valor literario de las más famosas creaciones de los autores citados, carecíamos, en cambio, hasta ahora, de una transcripción que permitiese a los que sólo leen en castellano, conocer algunas de las buenas historias de la literatura rusa existentes.

Tan lamentable vacío acaba de ser llenado con verdadero acierto por el conocido editor M. Gleizer, quien brinda a los lectores de habla española una pulcra y bien presentada edición de las ocho conferencias que dió Pedro Kropotkin, en Marzo de 1901, en el Instituto Lowell, de Boston, a las que, posteriormente, en 1907, al ser traducidas al ruso bajo su dirección, agregó algunos capítulos y aclaraciones que transformaron las conferencias en una verdadera y orgánica historia de la literatura rusa del siglo pasado, si bien algo limitada en lo que concierne a varios escritores de la última época.

De la primitiva edición inglesa existía también una traducción alemana — *Ydeale und Wirklichkeit in der russischen Literatur* — efectuada por Ebenstein y editada en Leipzig en 1906.

Posteriormente se ha hecho una segunda edición inglesa de la cual Kropotkin ha eliminado algunas páginas sin que dé la razón que ha tenido para ello, enriqueciendo otras, en cambio, con noticias y juicios que no aparecen en la primera edición. Diré de paso, que esta segunda edición lleva un prefacio que no por lo breve deja de ser interesantísimo. Ignoro por qué causas no ha sido reproducido, como correspondía, en la versión que comento. Finalmente, debe mencionarse la admirable traducción italiana, obra del talentoso escritor Ettore Lo Gatto — *Ideali e realtà nella Letteratura russa*. Ed. Ricciardi, Napoli, 1921 — a quien tanto deben las letras rusas por sus magníficos estudios y concienzudas versiones.

El proceso político de Rusia se identifica de tal manera con la historia de su literatura que el estudio de ésta no puede hacerse sin una continua y dramática referencia a los sucesos revolucionarios que han agitado durante un siglo al gran país. No hay una sola figura literaria de positivos méritos que no haya participado, directa o indirectamente, en las agitaciones políticas. De ahí que, en buena parte, tanto la poesía como la novela o la crítica, hayan sido en Rusia medios propicios para la divulgación de ideas o principios que no hallaban otras formas más adecuadas para ser exteriorizados sin contravenir las severas disposiciones de la autocracia. Todo esto da un inconfundible carácter a la historia de la literatura rusa. Y, cuando esta historia la escribe, como en el caso que comento, un hombre cuya celebridad la debe, en buena parte, a su decidida intervención en los acontecimientos revolucionarios, sus páginas adquieren una vehemencia, un colorido y una intensidad, que en vano podríamos buscar en las obras de este género de los autores occidentales.

Kropotkin no ha podido, y debemos felicitarnos de ello, substraerse al encanto de mezclar sus bien meditados juicios literarios con toda suerte de atinadas observaciones de orden político y social, sin las cuales, por otro lado, difícil le hubiera sido explicar el contenido de las obras más famosas y hermosas de la literatura rusa. Si a esto agregamos el hecho poco frecuente de haber visto, casi podría decirse, nacer lo que realmente constituye la literatura de su país; de haber conocido personalmente a los escritores más renombrados; de haber actuado durante medio siglo en el ambiente político y moral del que han surgido todos los protagonistas de la literatura del siglo pasado, desde Ilestakov (El inspector general de Gogol), hasta los vagabundos filósofos que pululan en los cuentos de Gorki se tendrá una idea del extraordinario valor de su libro y del interés que despierta el relato, bellamente animado por los recuerdos y enaltecido por un soplo de sincero humanismo. Si *Los ideales y la realidad en la Literatura rusa* no reúne, quizá, para alguno, los elementos necesarios como para conceptuarla una verdadera historia de la literatura, tal cual la han concebido y conciben la mayoría de los escritores occidentales, con-
vengamos, en cambio, que su forma, su estilo y su finalidad, son los más apropiados para provocar en el ánimo del lector profano el anhelo de conocer las obras de los autores que allí aparecen bosquejadas con inusitado vigor.

Desde las primeras páginas, que encierran dos soberbios estudios sobre Puschkin y Lermontov, hasta las últimas, en las que se juzga la vida y la obra de Chejov, el interés del hermoso libro no decae un solo instante. El que supone hallar una fría sucesión de fechas y de nombres, que es lo que muchas veces ocurre con esta clase de obras, podrá constatar, desde las primeras líneas, lo engañado que ha estado, y quedar, finalmente,

admirado, al comprobar como las 300 páginas del libro se leen con la misma facilidad e idéntico deleite que pueda brindar la novela más hábilmente urdida. Tiene esto su explicación, pues la vida de cada uno de los escritores allí relatada, encierra, por sí sola, la más emocionante y accidentada sucesión de tristes peripecias. Así averiguamos, con el corazón acongojado, lo que fué la existencia de Nekrasov, el gran poeta "de la venganza y de la melancolía", que soportó durante tres años consecutivos frío y hambre; lo que fué la vida de Levitov, cuyos sombríos relatos de los bajos fondos de Moscou no son más que pura autobiografía; la de Ostrowski, no menos desdichada que la de Dostoiewski; la de Radischtchef, perseguido con terrible saña por la cruel Catalina II, y como la de éstos, la de muchos otros grandes escritores que mueren agobiados por la miseria en plena juventud — son legión los que apenas llegaron a los treinta años — o sufren la aniquiladora persecución de la tiranía.

Del libro que motiva estos ligeros comentarios merecen una mención especial los capítulos IV y VII. El primero está consagrado a Turgue-nief y Tolstoi, constituyendo las páginas dedicadas al pensador de Iásnaia Poliana un sólido y comprensivo estudio sobre los diversos aspectos de su monumental labor. En el segundo, o sea el capítulo VII, se habla de los llamados novelistas del pueblo que forman un importante núcleo de escritores "casi totalmente desconocidos en la Europa occidental y que, sin embargo, representan la parte más típica de la literatura rusa". Hay allí substanciosas consideraciones sobre la escuela realista rusa e interesantes noticias y juicios críticos sobre sus más destacados maestros como ser: Grigorovitch, Danilewski, Kokoref, Pissemiski, Pomialowski, Gleb Uspenski, etc.

En estas épocas de verdadera y angustiosa desorientación literaria o, si se quiere, de transición, en las que cada día surge una nueva tendencia o escuela estética sin que su efímero tránsito aporte algo provechoso para la historia de las letras, el libro de Kropotkin puede ser sumamente útil como demostración de los medios de que se han valido los maestros rusos para imponer un arte lleno de originalidad y hondo sentido humanitario. En sus obras el más crudo realismo se hermana con feliz espontaneidad con el más elevado idealismo. Han sabido realizar dentro de su época una labor intensamente innovadora sin incurrir en necias exageraciones ni desconociendo los límites que una acertada concepción de la vida y del arte les imponía como un deber ineludible. Y de esto podemos extraer una saludable enseñanza.

La obra de Kropotkin ha sido traducida al castellano por el señor Salomón Resnick. Su versión bien puede señalarse como buena. El rico caudal expresivo, el comunicativo calor, el sincero sentimiento que Kropotkin ha prodigado en su libro, reviven en la traducción castellana. Y esto es más que suficiente para que el señor Resnick pueda ser felicitado por su labor ya que ella ha sido realizada con tanta prolijidad como inteligencia.

Hubiera convenido, sin embargo, y nada habria costado hacerlo, agregar al final un índice de nombres, tan necesario en obras de esta índole, como lo lleva la traducción italiana de Ettore Lo Gato y la alemana de Ebenstein, ya citadas al comienzo de estos apuntes. Y ya en tren de hacer observaciones, haré esta otra: a los fines prácticos de la obra hubiera prestado buenos servicios una nómina de los principales libros rusos traducidos al castellano, con lo cual se facilitaría al lector que una vez leída la obra de Kropotkin y estimulado por su entusiasmo, deseara conocerlos.

ALEJANDRO CASTIÑEIRAS.

Le Roman de Leonard de Vinci. La Résurrection des dieux, de *Dmitri Méréjowsky*. Traduction approuvée par l'auteur, intégrale et conforme au texte russe, par *Dumesnil de Gramont*. 3 vols. Collection des textes intégraux de la littérature russe. Editions Bossard, Paris, 1926.

LA *Resurrección de los dioses*, la famosa novela de Merejkowsky, es conocida en castellano desde muchos años atrás por las difundidas ediciones de Sempère, si no siempre muy recomendables por la fidelidad y elegancia de la traducción y corrección tipográfica, casi siempre beneméritas y útiles. Bossard nos da ahora una versión francesa, excelente, la primera en que el texto ruso aparezca íntegramente en francés, pues hasta la fecha los traductores habían escamoteado muchos episodios y páginas interesantísimos.

La novela es universalmente conocida. Constitúyenla una serie de coloridos frescos, en los cuales es figura principal el enorme Leonardo de Vinci, en torno del cual se destacan Alejandro, César y Lucrecia Borgia, Maquiavelo, Savonarola, Ludovico Sforza, Carlos VIII, Francisco I, Beatriz d'Este, la Gioconda, cien figuras más, todas ilustres, del Renacimiento. El traductor, Dumesnil de Gramont, se ha atendido escrupulosamente al texto ruso, en una versión tan vigorosa que da la impresión de una obra original.

Nos.

FILOSOFIA

Lo Santo. Lo Racional y lo Irracional en la idea de Dios, por *Rodolfo Otto* (Profesor de Teología en la Universidad de Marburgo). Trad. de Fernando Vela. *Revista de Occidente*. Madrid, 1925.

A propósito del libro *Lo Santo*, de R. Otto, ha de destacarse ante todo el carácter de arriesgada aventura editorial, el gesto insólito que representa dar al público en español un libro de esta naturaleza. Dentro del círculo de lectores del libro filosófico, restringido aunque cada día se amplíe, pocos se han de sentir tentados por el título, y algunos entre los que inicien la lectura se encontrarán completamente desorientados desde las primeras páginas. Sin contar los que aparten de sí el volumen sólo con enterarse de que el autor es profesor de teología. Los problemas de la filosofía de la religión no han penetrado aún en el recinto de nuestra menguada curiosidad filosófica; quien se interesa por la religión no se preocupa de filosofía, y recíprocamente. No auguramos demasiados lectores al libro de Otto en español, a pesar de haber sido calificado por crítico tan penetrante como Kerler de uno de los más considerables que se hayan escrito en nuestra época sobre las ciencias del espíritu, y de haber alcanzado en Alemania hasta 1923 once ediciones.

El método de Otto y su punto de vista son bien diferentes de los que suelen hallarse en los más socorridos dilucidadores de lo religioso. Para la dirección naturalista y aún para pensadores de otra laya, Croce por ejemplo, la religión se resuelve en elementos aislables, una cosmogonía, una ética, etc. Criticados y purificados estos componentes, se independizan, adquieren significación autónoma, y la religión desaparece. La tentativa de Otto pertenece a la tantas veces señalada tendencia actual a reconocer algo de único, de irreductible en cada forma o producto natural o cultural, tendencia cuya realización más congruente y general es la teoría de la forma, a que nos hemos referido en un número anterior de esta Revista. Otto se propone en

su libro aislar lo fundamentalmente religioso, diferenciarle y estudiarlo en sus notas propias. Al servicio de este fin pone una observación psicológica extremadamente sutil e infinitamente ingeniosa. Persigue su asunto pacientemente, con lentos rodeos, sin imponer una dirección forzada a sus comprobaciones. Su estudio es un tanteo largo y profundo en las honduras de la conciencia y de la historia, encaminado a apoderarse de los hechos sin deformarlos.

En opinión del autor, históricamente, cuando la religión comienza, ya le han precedido otras cosas que influyen sobre ella y le sirven de materia para su elaboración propia: conceptos de lo puro y lo impuro, culto de los muertos, animismo, hechizos, consejas, mitos, idea de "poder", fetichismo, totemismo, etc. Todo esto, preámbulo de lo religioso, ha surgido naturalmente, como producto de la fantasía primitiva; pero no se ha convertido en antecedente de lo religioso en su mero carácter de productos naturales. Han debido de servir estos elementos de envoltura a algo que es como la esencia de la religión, lo que Otto denomina *lo numinoso* (de numen). Lo numinoso es el elemento religioso fundamental, y aquellos otros elementos sólo evolucionan como religión en cuanto se han impregnado de tal sentimiento o han caído bajo tal categoría del espíritu humano. Lo numinoso es "un elemento primario del espíritu que debe ser comprendido en su peculiaridad y pureza, pero que no puede ser explicado por otros". En la religión concurren elementos racionales e irracionales. Racional es lo que puede ser pensado en conceptos claros y distintos, accesibles al pensamiento, al análisis, a la definición. La fe como convicción sólo es posible cuando la idea de Dios está determinada por atributos racionales. Los predicados racionales suelen aparecer en primer plano porque constituyen lo más accesible, lo único expresable claramente. Pero estos predicados racionales, si son en verdad esenciales, lo son como predicados *sintéticos*, que suponen un objeto que los recibe y sustenta, objeto que no es sino lo numinoso, lo específicamente religioso.

Establecida la imposibilidad de analizar por descomposición lo numinoso, porque es un elemento irreductible, y de explicarlo conceptualmente, porque es irracional, Otto se aplica a determinarlo por medio de delicadísimos procedimientos indirectos. El libro, aparte de su valor filosófico y psicológico, alcanza así una alta significación estética. Los recursos artísticos vienen en ayuda de los métodos científicos cuando éstos no bastan ante ciertos recónditos y exquisitos aspectos del problema. El autor establece la existencia de un valor religioso como categoría del espíritu, categoría fundamental e independiente como la de lo verdadero y la de lo bueno. La existencia de cualquier realidad en el orden religioso fuera del espíritu mismo no le interesa, ni para aceptarla, ni para negarla: queda fuera de su tema.

F. R.

FILOLOGIA

Crecimiento del habla, por *Juan B. Selva*. (Estudios que explican la formación de voces y acepciones nuevas, con más de 8000 ejemplos. Buenos Aires. Librería de A. García Santos, 1925.

A las inquietudes de la post-guerra ha venido hoy a sumarse la inquietud filológica. Teníamos aquí los diccionarios de argentinismos de Granada, Segovia, Garzón, etc. (no hemos de repetir las observaciones de Groussac sobre ellos (1); y pareciéndonos insuficientes o erróneos, creí-

(1) Paul Groussac. *El viaje intelectual*. Primera serie. Madrid, 1904. pp. 383-426. (A propósito de americanismos).

mos que era de buen tono censurarlos, y luego cometer el mismo error o aumentarlo. Les faltaba a ellos el criterio científico y el examen de sus propias fuerzas para tal empresa — de léxico, gramatical, de Appendix Probi o filológica—. Y el señor Selva nos escapa a esa regla general.

Después de enumerar sus trabajos, el señor S., dice en la pág. 8: "A pesar de todo esto, Ricardo Rojas en su *Historia de la Literatura Argentina* (tomo I, pág. 529), dice que "la filología argentina está por crearse." En la pág. 5 promete aplicar en este libro "los principios de la ciencia filológica para el mejor conocimiento de nuestra habla". De los conocimientos filológicos del señor S., dan nota varios pasajes.

Pág. 27: "es indudable que la obra y la cátedra de R. Menéndez y Pidal han de servir de norte a los estudios de la filología castellana; y han de contarse en lo mucho que valen las producciones de Lanchetas, F. Araujo, A. Castro, Montoliu, Navarro Tomás, Millares, Alemany, Rodríguez Navas, Unamuno, Amor Ruibal, Ramón Robles, Robles Dégano, la del ilustre español P. de Múgica que estudia y enseña en Berlín desde hace más de 30 años; la del insigne Toro Gisbert..." Mezcla más indiscreta no podía darse (1).

Cree el señor S. p. 109) que *zambullir* de *zabullir* es debido a la tendencia "de dar mayor expresión a la voz". En p. 101: "En zangandongo, derivado de zángano, tenemos *zángano* + *ongo* (hay una *d* epentética que viene a suavizar la voz)". En este camino no hay imposible que perdure, ni duda que no se resuelva... filológicamente.

En la p. 105 trae: "¡Hasta cuándo, digo, nos estará repitiendo la Academia a corónica e Ingalaterra, como únicos ejemplos de epéntesis;.... al menos aquí en la Argentina ni en broma se las he oído pronunciar ni se las he visto escribir a persona alguna!" Si, hay tal Cf. Ascasubi (2), p. 5: "... y fui a dar por las tierras de Uropa por la Ingalaterra y la Francia", y p. 170: "...tres señores Cipotenciarios de Francia, de Ingalaterra y de Nortemérica".

Considera (p. 113) a *Ugenio* de *Eugenio*, *Ufrasio* de *Eufrasio*, *ujero* de *aujero* como casos de aféresis! Cf. también a Espinosa en RDR, t. V, (1913), p. 359.

Entre los modismos trae (p. 229): "*Perder el tren, el tranvía, el vapor*, etc. "no alcanzarlos, no llegar a tiempo para tomarlos", *Un día de vida es vida*, expresa el interés que hay para retardar su desenlace fatal!"

Si el señor S. se limitase a registrar las palabras con su significado exacto, su difusión en el territorio argentino, si es culta, familiar o vulgar, dejando de lado la etimología y la filología, haría una obra apreciable y digna de encomio.

Analizaremos algunas otras formas:

En el capítulo IV (*Sufijos olvidados. Disquisición etimológica*), lamenta el señor S. el olvido en que han caído las desinencias *ango-a engo*, etc. Ya han tomado nota "los señores filólogos". Cf. RFE, XII (1925), p. 82: "*fulandango* por fulano es una de esas designaciones que con el sufijo -(a) ngo, denotan desprecio y que parecen difundirse en el español familiar de nuestros días. Compárense los ejemplos dados por Spitzer en *Biblioteca del Archivium Rom.* ser., 11, pág. 114 nota y por Wagner, *Beihfte z. ZRPh*, 72, pág. 225 bajo *mozonguito*" En nota agrega: "Con

(1) Véase pág. 29: "Advierte Meyer-Lübke, de acuerdo con el filólogo norteamericano V. F. W. Cooper, (*Introdu...* § 178)...." Al terminar el texto transcrito por el Sr. S., Meyer-Lübke, loc. cit., remite a nota 2: "V. F. W. Cooper, *On Word formation in the roman sermo plebejus*, Boston 1895". No nos ha sido posible localizar a Cooper. Posiblemente tampoco sepa nada el Sr. S., pues aunque llame norteamericano a Cooper (la obra se editó en Boston), no sabe que la V. que él da como inicial de nombre, es el principio de "los principios de la ciencia filológica".

(2) Hilario Ascasubi, *Aniceto el gallo*, Paris, 1872.

-ango alterna -engo, -ingo, -ongo, -ungo. Gómez de la Serna, *Senos*, pág. 77, emplea *chatunga* ("Los senos de la *chatunga*")." (1).

No "es la acción del acento la que convierte la *e* en *ie*, la *o* en *ue* cuando dicen *endientar*, *enmielar*, *engruesar*, *pañueleta*", etc., sino la de la analogía: *enmielar* por *miel*, *pañueleta* por *pañuelo*, etc.

P. 113. Debí dar la razón del aféresis en *horrar* (por *ahorrar*), *hogar* (por *ahogar*), etc. Son evidentemente por fonética sintáctica.

Pp. 118 y 156. Son interesantes las vocalizaciones de *c* en *ct* y *p* en *pt*, pero debí haberlas localizado (2).

P. 122. "Es patrimonio del vulgo no sólo en América sino también en España, desvanecer la *d* final". Está más extendido el fenómeno aquí y en España. Cf. para España, Navarro Tomás (3): "...la pronunciación vulgar en la mayor parte de España, suprime la *d* final... Este uso se extiende también, en gran parte a la pronunciación familiar de las personas ilustradas". Para América V. P. Henríquez Ureña, RFE, VIII, (1921), p. 365.

Nunca se insistirá lo suficiente en que no hay tal problema (p. 8). "...el problema que creyó resolver el Dr. Abeille con su discutido libro *El idioma nacional de los argentinos*" Hoy ya nadie se acuerda de él, y mientras no tengamos estudiado nuestro lenguaje y no se publiquen más y mejores estudios dialectales españoles todo será... *de la littérature* (4).

Achura (p. 125). No es del quichua. Es del cast. *asaduras*. También la la del quichua C. Bayo (*Dic*). Del castellano *asaduras* menciona R. Rojas. HLA, t. 1, p. 623, resuelto antes por Groussac, *op. cit.* p. 418. Cf. tb. Tiscornia (5) pp. 370-371.

Anchar. (p. 114). *Anchar* es derivado de *ancho*, pero pasó antes por el grado *enanchar*.

Antier (p. 125). Más se oye *antiyer* (6) que no menciona el señor S. Dice el señor S.: "Estas contracciones [*anteayer*, *antiayer* de *antes de ayer*] pueden haberse formado en el castellano aunque existan en el latín *ante ad heri* y *ante heri*". García de Diego en RFE, VII, (1920), p. 145, dice: "Del compuesto *ante ad heri* y *ante heri*, procede el vulgar *antier* que no es reducción de *anteayer*. Esta reducción no era imposible...".

Barbiquejo (p. 115). Si, tenemos en la Argentina *barbiquejo*. Furt (7), 2217: "Mi sombrero como es viejo—no le pongo *barbiquejo*" (*Santiago del Estero*). C. Bayo, *Dic.*, p. 28 registra "*barbiquejo* o *barbijo*".

(1) Hay una obrita de Octavio Méndez Pereira, *Significado peyorativo de los nombres formados por terminaciones que presentan la letra U*, Santiago de Chile, 1912, donde en las pp. 48-49 se trata del sufijo *ungo*, como de otras muchas palabras que estudia el Sr. S. Cf. también C. Bayo, *Dic. art. Diminutivos*.

(2) Cf. también la interesante observación de A. M. Espinosa, RDR, V., (1913): "...en todos estos casos modernos donde la consonante agrupada da origen a una vocal: *faición*, *defeito*, *respeuto*, *reuto*, *perfeito*, etc., no se trata de una verdadera vocalización como algunos han creído, sino que se trata de la analogía forzosa con los casos de verdadera vocalización antigua como en *caudal* [de] *cabedal* [de] *capitale*".

(3) Tomás Navarro Tomás, *Manual de pronunciación española*, Madrid, 1918, p. 79.

(4) Groussac (*op. cit.* p. 385, nota) se refiere al libro de Abeille cuando dice: "No merece mención una parodia reciente, en que la ignorancia absoluta del asunto (comenzando por el castellano, toma la forma de una baja adulación al "criollismo" argentino". Sin ser tan duro como Groussac, pero en una forma zumbona expresa lo mismo Miguel Cané (*Prosa ligera*, Buenos Aires, 1916, pp. 197-198): "El Sr. Abeille, que es un entusiasta de nuestra tierra (uno no puede menos que conmovirse al verle entonar el himno argentino a propósito de lingüística)...".

(5) Eleuterio F. Tiscornia, *Marín Fierro*, t. I, texto, notas y vocabulario. Buenos Aires, 1925.

(6) Ya lo registra Juan Seijas en el *Diccionario de barbarismos cotidianos*, Buenos Aires, 1890.

(7) Jorge M. Furt, *Cancionero popular rioplatense*, Buenos Aires, t. 1, 1923, t. 2, 1925.

Camote (p. 88). "Del americano *camote* batata o boniato". ¿Qué quiere decir este *amer*? ¿Del idioma americano? Hay que hacer notar que Lenz no da etimología; cita las opiniones de Middendorf, Molina y Cañas. Cf. Espinosa RDR, t. 11, p. 422: "No cabe duda que viene del Nahuatl *camotli*".

Carcaruezo (p. 213). *Carcarueço* (*carcaruezo*) es de *carcarueso* influido por *pozo* y no de *cárcava*. Cf. Cf. García de Diego RFE, IX (1922), p. 145.

Cartucho (p. 191). "Cucurucho" es tb. español. Cf. RFE, X, (1923), p. 76: "Se usa asimismo [en toda América] en la mancha y en otras regiones de España".

Cascarria. "Estiércol adherido al vellón de la oveja". No es arg. Vide *Dic. Ac.* Falta anotar el sentido que no he visto registrado en ningún léxico, de "hombre que no aguanta pulgas; antipático." Tb. *cascarriento*.

Cilindro (p. 186) "...al [sombrero] de copa alta, *galera alta* o *de pelo* o *de felpa* y también *cilindro* como en Madrid". La idea de *cilindro* "galera de copa alta", es general; también se registra en el argot parisiense. Cf. Delvau: *Cylindre, Chapeau haute forme*. (1).

Cui o cuis (p. 133). No es onomatopéyica. Es quichua como trae Lenz § 260. Hoy se oye en el interior *coi*.

Chancleta. Cf. RFE, XII, (1925), p. 81. Se usa tb. en el Ecuador, Chile y Méjico. Cf. Wagner, RFE, X (1923), p. 76. Agrega Wagner: "Sobre la "chancleta" como símbolo del órgano sexual de la mujer, véanse las curiosas noticias y anécdotas que trae R. Keimpaul, Sprache Ohne Worte, Leipzig, 1888, p. 308".

Charamasca (p. 124). No es metátesis de *chamarasca*. Hay salm. *charamasca* y gallego *charamusca*. Cf. RFE, IX (1922), p. 128.

Chingadura (pp. 50 y 134): ("Lenz. Falta el v. *chingar* o *chingarse*, de origen quichúa"). Es extraño que habiendo leído el señor S. a Lenz, *Dic. Etim.* tanto que lamenta que (p. 97) "... su redacción no resulte a las veces muy clara y muy correcta", no haya visto que Lenz trae este artículo y su etimología § 414, como la mayor parte de las que da como propias el señor S. Por ejemplo: *cacharpa*, S. p. 130 Lenz § 79; *cachi* S. p. 130, Lenz § 80; *tambo* S. p. 57, Lenz § 1312, *guasca*, etc.

Chirusa (p. 136). Si "han reparado nuestros lexicógrafos en este argentinismo". V. Segovia *Dic.* pp. 117 y 191. Además es muy cómodo resolver su etimol. diciendo: "*chirusa* o *chirusa* de *china* + *usa*". ¿No será un italianismo?

Churrasco (p. 124). No es palabra onomatopéyica. Para su etimol. cf. García de Diego, RFE, IX, (1922), pp. 124-130. *Charrusco* no se siente como metátesis de *churrasco*; debe referirse a otra base, a *churrasco* cast. + *charrascar* salm. (RFE, IX, (1922) p. 128).

Fidelerio, fidelera (p. 110). La *l* no parece ser epentética. Debe ser considerada como italianismo. (2).

Guarango (pp. 98-99). "... es muy probable que provenga del quichúa *huanranca* o *guaranca*...; el cambio de significado ha podido producirse por comparación como en alcornoque". La etimología la da Lenz § 589; agrega Lenz: "Por el desarrollo del significado cp. cast. alcornoque".

Hacer la cimarra (p. 219). También se dice en Córdoba y Santiago del Estero.

Huaso (p. 34). No es solamente argentinismo. Cf. Lenz. § 597. La Ac. lo da como americanismo.

Julepe (p. 201). Cf. RFE, X, (1923), p. 78.

(1) Alfred Delvau, *Dictionnaire de la langue verte*. Paris [1867].

(2) Cf. Körting. *Lateinisch-Romanisches Wörterbuch*. 3742.

Morondanga. Cf. ZRPh. XLII, (1922) p. 106: *morondanga* ([res]) * *morundánicas*.

Nal (p. 114). Es necesario, en presencia de palabras como *nal* "peso moneda nacional", indica en qué lenguaje se emplean. Es *lunfarda*.

Nudo (pp. 152-153). Cf. para su estudio RFE III, (1916), p. 305. *Aujero*, *auja*, *idem* p. 312.

Payador, *payar* (p. 49). Lenz ya trae las voces § 1002. Están en art. *palla* y *pallaco*. Cf. tb. Tiscornia *op. cit.* pp. 454-455.

Pechar "petardear" (p. 209). Se usa tb. en el Ecuador. Cf. Wagner RFE. X., (1923), p. 73, donde cita un ejemplo en el mismo sentido de G. de Alfarche, 2.^a parte, L, III, Cap. VI.

Pichulear (p. 143). Lenz § 1071: "Pichulear. Etimol. Probablemente es derivado del mapuche", etc. Pero puede ser tb. una derivación antigua del cast. *picha* "pene". El señor S. da la etimol. del araucano, y agrega: "La extensión geográfica del término me trae alguna duda respecto del origen indio; acaso se trate de un deri. del ant. *picho*, *picha* (hoy gallego)". Ejemplos como éstos hay muchos en el libro del Señor S. Véase p. 148, art. *uraco*. No da el significado, "...es de formación castellana de *foraco*, lo que indica que debe escribirse *huraco*". Lenz. § 1432 trae la etimol. y agrega: "...ortografía históricamente preferible *huráco*... en portugués es palabra enteramente popular." No se olvida de poner el señor S.: "En portugués es *buraco*". La Mothe le Vayer decía hace tiempo con alguna propiedad: "L'on peut dérober à la façon des abeilles sans faire tort à personne; mais le vol de la fourmi, qui enlève le grain entier ne doit jamais être imité". (1).

Pingo, (p. 215). Cf. Lenz § 1096.

Quebracho, de quiebra hacha, (p. 125). Ya trae R. Rojas, HLA., t. I, p. 523, aunque no es muy verosímil tal explicación. Lo había propuesto antes Concolorcorvo (2) "...y ya se empieza a ver el árbol nombrado quebracho, dicho así para significar su dureza, por romper las hachas con que se pule".

Quillango (pág. 97). Lenz, Dic., § 1231: "Granada deriva la palabra del mapuche, Febrés: *iculla* la manta que traen las indias como manto; Valdivia *iclla* la manta de la india; i relaciona esta voz con quechua, Middendorf, 533; *lilla*-manta de las indias. Mapuche *iculla* en efecto se derivará del quechua antiguo *lliclla*, pero ni uno ni otro son suficientes para explicar la terminación de *quillango*. Ba [r] bará, *Manual de la lengua Pampa* (Buenos Aires, 1879), pág. 81 da castellano *quillango* con la traducción *quilla pié* (hay que advertir que el libro está plagado de errores y erratas)... Zerolo da tb. la forma *quiyapi*, que correspondería a *Quilla-pie* de Ba [r] bará". El señor S. dice: "Debo agregar para desvanecer las dudas del profesor Lenz, que el *pie* que agrega Barbará (*Manual de la lengua Pampa*, Buenos Aires, 1879): *quilla-pié* y el *pi* de Zerolo, quien da *quiyapi*, nada tienen que hacer con la etimología de *quillango*". En resumen, el señor S. no dice sino lo que había dicho Lenz y redacta de manera tal que, el lector que no conoce la obra de Lenz, cree que el señor S. proporciona las observaciones de Barbará y Zerolo.

Tincar (pág. 147). La etimol. de Middendorf la da Lenz Dic. § 1341.

Tracalada por *matracalada* (pág. 114). No es solamente arg. Es de toda América (vulgar). Cf. Lenz § 1360. El aféresis ya estaba indicado por Cuervo, *Apuntaciones Críticas* § 825.

Usted de vuestra merced (pág. 113). Para la evolución de este tratamiento. Cf. RFE. X. (1923). págs. 244-280.

(1) Anatole France, *La vie littéraire*, IV, (*Apologie pour le plagiat*).

(2) CONCOLORCORVO. *El Lazarillo de Ciegos Caminantes*, Buenos Aires, 1908, página 66.

Zanahoria (pág. 190). No es argentinismo ni tiene el origen que le asigna el señor S. Cf. Castex (1) "*Zanahoria*, tonto, necio, badaluque" Lo autoriza con Lope de Vega, *La viuda Valenciana*, acto II, escena VIII y trae esta nota de Alemany: "La acepción figurada de zanahoria es valenciana... [y] en Valencia la oí yo y la emplee muchas veces, de chico y aún ahora..."

Al referirse a las formas, vis, comís, querís (pp. 163-164), citadas por M. Pidal (Gram. Hist. § 115), dice en nota el señor S: "Al menos en las provincias de S. Luis y Mendoza, que he tenido ocasión de visitar, no he advertido en el habla popular el uso de la segunda persona en plural". Tratándose de la distribución geográfica de los fenómenos lingüísticos y no habiendo estudios parciales, es aventurada cualquier afirmación de tal naturaleza. El uso de *juntéis* y *juntís* y de muchos verbos de cualquier conjugación se da a lo largo de la cordillera y en algunas provincias centrales.

En *is*: La Rioja: tenis, peguís, preguntís, señalís, mirís, presipitís. etc. (2).

SALTA

Abajo la *tenís*

Sabís que me has querido

Ya no me *quieres*

quereme a la fuerza

si no te *pidres*

[1476] (*Córdoba*)

Si *querís* que yo te quiera

tres cosas has de tener

[1631] (*Santiago del Estero*)

Si vos no me *querís*

te voy a agarrar a trompadas

[1655] (*Córdoba*)

Si no me *querís* mi vidita

haceme una seña cierta

[2072] (*Santiago del Estero*)

Lloraris lo que has perdido

y a vos te ha'i pesar

[527] (*Catamarca*)

Con la mía te *harís* pago

[1354] (*Córdoba*)

SAN JUAN

Todo el mundo lo *andarís*
y nunca lo *alcanzarís* (3)

no *sabís* pasar penas

Pasá trabajos

[1577] (*Santiago del Estero*) (4)

salí vos mi negra

si *sabís* querer

[1632] (*Catamarca*)

ahora que tengo dueña

separame si *podís*

[2024] (*Santiago del Estero*)

con la caja y los palillos

Ya *sabís* a lo que vengo

[2359] (*Santiago del Estero*)

me voy para abajo

no *llorís*, negra!...

[532] (*Catamarca*)

Cfr. también los números 209, 210, 645, 650, 741, 1052, 1053 del primer tomo y 1547, 2046 y 2228 del segundo.

En la región puneña:

(1) Ensebio R. Castex. *Cantos populares (Apuntes lexicográficos)*. Buenos Aires, 1923.

(2) Estos datos los debemos a la benevolencia de los Sres. E. Arturo Herrera y Fermín F. Morales, de La Rioja. Para Aragón, cf. Mariano de Cavia, *Cuentos en guerrilla*: tenis, querís, verís. Todavía hoy en la Prov. de Buenos Aires no se han perdido algunas formas como: serés, quedrés, verés, etc.

(3) ROBERTO LEHMANN-NITSCHE. *Adirinzanas Rioplatenses*, Buenos Aires, 1911, pág. 243.

(4) FURT. *op. cit.* Los números corresponden a las coplas.

—¿Sabís para quién es la carta? Si me *vendís* cueros de cabra, te vendo harina... ¿tenís pepitas de oro? (F. Burgos *La Prensa*, 11-X-1925). (1).

—ais-eis

Si no me *queréis*, decime
si no pa mi es lo mismo
[1672] (*Córdoba*)

Cada día para mi
nuevos males *inventáis*
si no merezco la vida
por qué no me la *quitáis*?
[1727] (*Santiago del Estero*)

puso Dios agua en los mares
qué *andáis* haciendo?
[1798] (*Santiago del Estero*)

en el centro 'i mi pecho
vos solito *gobernáis*
[1936] (*Córdoba*)

por eso es que *andáis* llorando
sin dejarme.....
[2076] (*Santiago del Estero*)

En la región puneña:

"No te *metáis* con él. Habías sido flojo, vos, señor. El alcohol mata... ¿Qué sois *abajeño*?" (F. Burgos, *La Prensa*, 27-IX-1925).

"¿Te *apunáis*?—No—Y vos?" (F. Burgos, *La Prensa*, 13-IX-1925).

"¿Qué *vais* a llevar, Tatay?—Lo que me *fijéis*, señor. Así ha de ser, señor. ¿Cómo *robáis* vos? Como si fuera guaguaita, me *estáis* enseñando, señor". (F. Burgos, *La Prensa*, 11-IX-1925).

En Tucumán: "Di nomás vida mia. Del mal que *andáis* padeciendo". *La Gaceta de Tucumán* (30-III-1924).

Cfr. también el excelente estudio de Pedro Henríquez Ureña, *Observaciones sobre el español en América*, RFE, VII, 1921, págs. 357-390.

Toda hipótesis es prematura. ¿Es una importación (la de la *is*) española y obedece a los núcleos de colonización o es una evolución paralela? Los estudios parciales y el gran acopio de datos lo dirán.

Es tanto más necesario un índice de palabras, cuanto que el autor trata en dos partes muchas voces, como *camote* en págs. 88 y 206, *chaucha* 135 y 207, *achura* 128 y 135, *zanahoria* 190 y 211, etc. Además no deben dejarse voces sin definir como *achurar*, *achurador*, pág. 128, *uraco*, página 148, etc.

RAÚL MOGLIA.

VARIOS

Les liaisons dangeureuses, de *Laclos*. Texte établi d'après l'édition originale avec préface et bibliographie par *René de Planhol*. Orné en gravures originales au burin, d'un frontispice par *Cosyns* et d'un portrait par *Ouvré*. 2 tomos.

Histoire du Chevalier Des Grieux et de Manon Lescaut, de l'*Abbé Prévost*. Texte établi d'après l'édition originale parue dans les *Mémoires d'un Homme de Qualité — 1731 —* avec les Variantes de l'édition définitive. Introduction et Bibliographie par *Joseph Aynard*. Orné en gravures originales au burin, d'un frontispice par *Cosyns* et d'un portrait par *Ouvré*. 1 tomo. Les Meilleures Oeuvres dans leur meilleur texte. Editions Bossard. Paris, 1925.

LAS precisas indicaciones de los títulos precedentes hacen innecesario explicar mayormente a los bibliófilos, el carácter y el valor de estas bellas ediciones de dos obras clásicas de la literatura francesa, que Bossard con alto sentido editorial nos ofrece.

(1) En estos ejemplos, no del todo ilustrativos, no cabe sino pensar que la reducción se efectúa en el presente de subjuntivo *ar* y en el presente indicativo *er*.

Ambas obras son familiares a los lectores de buen gusto. Menos famosa la primera que la segunda, ambas tienen, sin embargo, una significación importantísima en la historia de la novela. De la de Choderlos de Laclos, publicada en 1782, ha dicho Bourget, que "es quizá la obra maestra de la novela de análisis". Nació en medio de un escándalo, y ha sido harto desdenada después. La crítica del siglo XIX, empezando por Sainte-Beuve, le prestó poca o ninguna atención. "Ese libro de moralista, tan alto como los más altos, tan profundo como los más profundos" — como lo juzgó Baudelaire—, ha sido generalmente clasificado entre las tantas narraciones frívolas y licenciosas que pulularon en el siglo XVIII, su autor considerado un émulo de Crébillon hijo, de Grécourt, del abate Voisenon, y puesto muy por debajo de Marivaux. El actual editor y prologuista René de Planhol, pide para *Les liaisons dangereuses* el puesto de primera fila en las letras francesas, que los conocedores hoy le conceden.

Diversa ha sido ciertamente la suerte de *Manon Lescaut*, esa obra maestra que surge como un milagro de entre la vasta, improvisada y desigual producción del desordenado e inquieto abate Prévost, autor de 112 volúmenes, entre los cuales veinte novelas que nadie lee. La edición de esta historia de pasión y de verdad ha sido hecha por Joseph Aynard sobre la original de Amsterdam, de 1731, en que aparecía como una confesión moral en el séptimo tomo de las *Mémoires et aventures d'un homme de qualité*, aunque cotejada paso a paso, con anotación de las variantes, con la definitiva de 1753, que es la que suele siempre reproducirse, y en la cual introdujo el autor modificaciones que no siempre la crítica ha considerado felices.

Nos.

Lettres a madame la marquise * sur le sujet de la Princesse de Clèves**, de Valincour. Introduction et notes d'Albert Cazes. Avec un portrait gravé sur bois par Ouvré.

Mémoires de La Rochefoucauld. Introduction et notes du Cte. Gabriel de la Rochefoucauld. Avec un portrait gravé sur bois par Achille Ouvré.

Collection des Chefs-d'œuvre méconnus. Editions Bossard. Paris, 1925 (en la carátula 1926).

El editor Bossard, ciertamente benemérito de las letras francesas y de los bibliófilos, en su *Colección de obras maestras desconocidas*, acaba de publicar las dos obras de especialísima importancia, declaradas en el título de esta nota bibliográfica.

Las *Lettres sur la Princesse de Clèves* de Valincour, de 1678, y sólo reimpresas una vez en 1807, como apéndice de una edición de la famosa novela de madame de Lafayette, son un ejemplo clásico de la crítica cortés y finamente maliciosa, que se permitían *les beaux-esprits*, los *amateurs* de gusto delicado, bajo el reinado de Luis XIV. El autor tenía apenas veinticinco años, pero revela en su juicio una ponderación y penetración que hacen agradable la lectura de estas tres extensas cartas críticas, dirigidas a una imaginaria marquesa, dos de ellas sobre la acción de *La princesse de Clèves* y los sentimientos de los personajes; la tercera sobre la gramática y el estilo.

Cuanto a las *Memorias* de La Rochefoucauld, ahora reeditadas y prologadas por uno de sus descendientes, aparecieron por primera vez en 1662, cuando todavía vivían muchos personajes en ellas citados, lo que levantó naturalmente protestas y descontento.

Cuando llegó prematuramente para el duque la hora de la meditación,

después de una existencia de agitación y desastres, ruinoso para su cuerpo y para sus negocios, fué entonces cuando escribió sus *Memorias*, donde narró los acontecimientos en que se viera mezclado, y sus famosas *Máximas*, en donde extrajo de aquéllos la amarga filosofía.

Esta cuidadosa edición hecha por el conde Gabriel de la Rochefoucauld, ya autor de una monografía acerca del sentimiento de familia en el ilustre moralista, sigue el texto de la edición crítica de sus obras completas, publicada en la *Collection des Grands Ecrivains*, por Gilbert et Gourdauld (Paris, 3 vols., 1868-1884), según un manuscrito que presenta todos los caracteres de una redacción auténtica y definitiva.

Nos.

Hypsias-Takaris. Tragedias. por Raúl Sosa. — Buenos Aires, 1926.

LA primera impresión que se experimenta con la lectura de este libro, es de desconcierto. ¿Qué es lo que se ha propuesto su autor al escribir las páginas confusas y enfáticas de esta obra? *Hypsias* y *Takaris*, ¿son dos tragedias griegas, o constituyen sólo un pretexto para expresar, en forma más o menos erudita, teorías acerca del conocimiento y de la ciencia? Y la duda, sin disiparse, nos llevará, acto por acto, hasta el final.

Pero la falta de precisión y de relieve puede constituir, también, un arte, si el soplo creador alienta bajo la incoherencia de las palabras. Veamos si algo de eso se encuentra aquí.

El asunto de *Hypsias* se desarrolla en Alejandria, en el siglo III antes de Jesucristo. Hay en su argumento, breve y simple como un friso dórico, dos tragedias ocultas. La una es la pasión carnal por las estatuas, o "andraismo", que tortura al protagonista, y la otra, los celos de Casandra, la espectacular y sutilísima princesa, por Doris, la hermana del etebo. Sin embargo, en ninguno de los momentos culminantes de la tragedia, ni cuando *Hypsias*, solo ante la desnudez iluminada de la estatua, se siente desfallecer de amor acariciando la curva de los senos, ni cuando, luego de tomar el veneno, cae moribundo entre los brazos de Doris, se nota la presencia de un gran temperamento. Las situaciones citadas sugieren una multitud de ideas, y eso ya es algo. Pero la obra literaria no sólo debe "sugerir", sino "crear".

En cuanto a los diálogos trascendentales con que están matizadas las escenas, resultan, en general, extraños, y mucho podría decirse en pro y en contra de los postulados filosóficos que en ellos se formulan. Son conversaciones serenas, que a veces están bien encuadradas en la época, y que tienen cierto delicioso sabor ático.

"Las fórmulas convencionales de nuestras expresiones puras, son abismos como el infinito... La lógica tiene apenas coordinaciones externas, y no representa más que el valor simple de los adjetivos" (Pág. 36). En otros lugares insiste en su descreimiento acerca de la lógica, y no ha de ser, sin duda, por este acierto suyo, que le echemos en cara sus equivocaciones al tratar los problemas del conocimiento. "Saber no es presentir", afirma más adelante, y con claros conceptos explica, cómo, en el devenir, los hombres llegarán a la suprema sabiduría cuando, traspasando la zona positiva de la emoción vital, lleguen a lo más recóndito del espíritu.

En cambio, cuando habla de la igualdad entre la sensibilidad del espíritu y la visión directa de las cosas, (apreciación que creemos absurda), hace decir a *Hypsias* cosas incongruentes como ésta: "Todo es cuestión de los planos emotivos que obran vegetativos o como fuerza viva de la naturaleza suprasensible, que forman los sueños y la ilusión de los creos" (Pág. 35).

Takaris la segunda tragedia que comprende el volumen, está inspi-

rada también en la antigüedad, y gira alrededor de la vida y de la muerte. Como la anterior, termina con el suicidio de sus protagonistas.

Lo suponemos al señor Raúl Sosa un estudioso serio y un enamorado del paganismo. Sus obras revelan mucha erudición y mucho gusto artístico, (un gusto sobre todo decorativo y ornamental), pero le ha perjudicado enormemente la escasez de acción de sus personajes, y el léxico; un léxico abrumador, de un culteranismo pasado de moda. Párrafos como éste: "La orquesta elevará la antifona y el coro terpsicoriano subrayará los ritmos orbiculares", (pág. 56), los hay en todas las páginas del libro. Y un drama de evocación histórica no puede hacerse exhumando palabras solamente. Las palabras son el esqueleto de una lengua, y hay que saber dar vida al cuerpo inanimado para que cobre la prosa vigor de realidad.

En *Hypsias* hay, a más de la frecuente elegancia de los períodos, un sentimiento de aristocracia y de finura que cautiva la atención del lector. Eso hace borrar a veces la mala impresión del conjunto, y autoriza a esperar del autor obras de mayor equilibrio.

FERMÍN ESTRELLA GUTIÉRREZ.

LIBROS Y FOLLETOS RECIBIDOS EN AGOSTO

Novelas, cuentos, poemas en prosa, etc.

- RICARDO GÜIRALDES: *Don Segundo Sombra*. Editorial "Proa". Buenos Aires, 1926. 1 vol. de 396 págs. Precio: \$ 2.50.
- VICENTE SÁNCHEZ OCAÑA: *Hombre varado*. Novela. Editorial Caro Raggio. Mendizábal, 34. Madrid. 1926. 1 vol. de 214 págs.
- HERNÁNDEZ FRANCO: *El hombre que había perdido su eje*. Prólogo de E. Gascó Contell. Ilustraciones de Jaime A. Colson. Agencia mundial de librería. 14, rue des Saints Pères. París, 1926. 1 vol. de 152 pgs.
- FRIEDRICH HUCH: *Peter Michel*. (Roman). Deutsche Verlags-Unstalt Stuttgart. Berlin und Leipzig. 1925. 1 vol. de 288 págs.
- ALFONSINA STORNI: *Poemas de Amor*. (Poemas en prosa). Editorial NOSOTROS. Buenos Aires, 1926. 1 vol. de 80 págs. Precio: 1 peso.
- ALBERTO SAMAIN: *Cuentos*. Xantis. Divina Bontemps-Hyalis-Rovero y Angisela. Traducción y prólogo de Luis L. Franco. Editorial "Babel". Serie B. Vol. II. Buenos Aires, 1925. 1 vol. de 144 págs. Precio: 2 pesos.
- GREGORIO GUZMÁN SAAVEDRA: *Los Provincianos*. (Tipos y escenas del Norte Argentino). Editorial "Babel". Serie A. Vol. XXIX. Buenos Aires, 1925. 1 vol. de 160 págs. Precio: 2 pesos.
- LUIS L. FRANCO: *Los hijos del Llastay*. Editorial "Babel". Serie A. Vol. XXXIII. Buenos Aires, 1926. 1 vol. de 152 págs. Precio: 2 pesos.
- HONORÉ DE BALZAC: *Histoire des Treize. Ferragus. Chef des Dévorants*. Avec une Introduction, des Notes, et une Bibliographie par François Fosca. Orné, en gravures originales au burin, d'un portrait par Ouvre et d'un frontispice par Cosyns. — Les Meilleures Oeuvres dans leur meilleur texte. Editions Bossard. 140, Boulevard Saint-Germain. Paris, 1926.
- ENRIQUE MÉNDEZ CALZADA: *Y volvió Jesús a Buenos Aires*. Cuentos. Portada de Sirio. Editorial Latina. Selección Literaria. Buenos Aires, 1926. 1 vol. de 170 págs. Precio: \$ 2.50.

Poesía

- JULIO J. CASAL: *Arbol*. Ornamentación de Barradas. Biblioteca "Alfar". Imprenta Moret. La Coruña. 1925. 1 vol. de 70 págs.
- JULIO SILVA: *Oriental*. Montevideo, 1926. 1 vol. de 80 págs.
- ILDEFONSO PEREDA VALDÉS: *La guitarra de los negros*. Viñetas de María Clemencia. MCMXXVI. Montevideo, Buenos Aires. Editoriales: "La Cruz del Sur" y "Martín Fierro". 1 vol. de 64 págs.
- GUSTAVO RICCIO: *Un poeta en la Ciudad*. Versos. Linograbados de Ret Sellawaj. "La Campana de Palo". Buenos Aires. 1926. 1 vol. de 96 págs.
- MIGUEL ANGEL ETCHEVERRIGARAY: *Rumor de Acequia*. J. Samet. Librero editor. Avenida de Mayo 1242. Buenos Aires, 1926. 1 vol. de 96 págs.
- LUIS ECHÁVARRI: *El arcano entrevisto*. (Poesías). Buenos Aires. Sebastián de Amorrortu. Ayacucho 774. Año 1926. 1 vol. de 150 págs.
- YOLANDA LLEONART: *Cantos de amanecer*. Agencia General de Librería y Publicaciones. Rivadavia 1571. Buenos Aires. 1926. 1 vol. de 128 págs.
- LUIS CHAMIZO: *El mijaón de los castúos*. (Rapsodias extremeñas). Prólogo de J. Ortega Munilla. (Segunda edición). Madrid. Imprenta de Juan Pueyo. Calle de la Luna, 29. 1 vol. de 206 págs. Precio: 4 pesetas.
- MARTA SERANTES: *La ofrenda de la vida*. Poesías. Buenos Aires. Talleres Gráficos Argentinos L. J. Rosso. 1926. 1 vol. de 176 págs.
- ALFONSO REYES: *Pausa*. París. 1926. 1 vol. de 80 págs.
- RICARDO ARÁMBURU: *El alma de mis horas*. Poesías. Casa editorial Franco Ibero-Americana. 222, Boulevard Saint Germain, París. 1 vol. de 192 páginas.
- ALBERTO HIDALGO: *Índice de la Nueva Poesía Americana*. Prólogo de Alberto Hidalgo, Vicente Huidobro y Jorge Luis Borges. Sociedad de Publicaciones "El Inca". Ediciones especiales. Méjico 1416. Buenos Aires, MCMXXVI. 1 vol. de 288 págs.
- MIGUEL A. CAMINO: *Chaquiras*. Sociedad de Publicaciones "El Inca". Ediciones especiales. Méjico 1416. Buenos Aires. MCMXXVI. 1 vol. de 128 páginas.
- MARÍA ALICIA DOMÍNGUEZ: *Crepúsculos de oro*. Poesías. Editorial Tor. Río de Janeiro 760. Buenos Aires, 1926. 1 vol. de 160 págs.
- ANGELUS SILESIUS: *Sämtliche poetische Werke* (Obras poéticas completas, del famoso poeta místico del siglo XVII), Dritter Band. Allgemeine Verlagsanstalt. München. 3 vols. de 362, 392 y 358 págs. respectivamente.
- FED. HENRIQUEZ Y CARVAJAL: *Rosas de la tarde*. (Breviario lírico). Gibara, 1923. 1 vol. de 64 págs.
- LEOPOLDO LUQUEN: *Los crepúsculos del jardín*. Segunda edición. "Babel". Serie A. Vol. XXXVI. Buenos Aires, 1926. 1 vol. de 200 págs.
- GONZÁLEZ CARRALHO: *Palabras del retorno*. Lápidas. Estancias, Versos de María José. Oraciones. Sociedad de Publicaciones "El Inca". Ediciones especiales. Méjico 1416. Buenos Aires, 1926. 1 vol. de 144 págs.

Teatro

- MAX ZWEIG: *Ragen*. (Tragedia en 5 actos). Oestesheld und C°. Verlag. Berlin, 1925. 1 vol. de 96 págs.
- CURT GOETZ: *Mcnaerie*. (Diálogos satíricos). Oestesheld und C°. Verlag. Berlin, 1925. 1 vol. de 96 págs.

Crítica, Literatura, Ensayos

- JORGE LUIS BORGES: *El tamaño de mi esperanza*. Editorial "Proa". Buenos Aires, 1926. 1 vol. de 160 págs. Precio: \$ 2.50.
- ENRIQUE PÉREZ COLMAN: *Amores al Terruño*. (Meditaciones breves). Prólogo del doctor Juan B. Terán. Editorial Tor. Buenos Aires. 1926. 1 vol. de 160 págs.
- ARTURO MARASSO: *Hesiodo en la Literatura Castellana*. (Apuntes para un estudio). De "Humanidades", tomo XII, págs. 103 a 141. Buenos Aires. Imprenta y casa editora "Coni". Perú 684. 1 folleto de 42 págs.
- J. FITZMAURICE KELLY: *Manual de la Historia de la Literatura Española*. (Desde sus orígenes hasta nuestros días). Traducción, prólogo y notas de B. SANÍN CANO. "Babel". Biblioteca Argentina de buenas ediciones literarias. Buenos Aires, MCMXXVI. Serie B. Vol. III. 1 vol. de 206 págs. Precio: 3 pesos.
- KARL NÖTZEL: *Das Leben Dostojewskis*. (La vida de Dostoyewski). H. Haessel. Verlag. Leipzig, 1925. 1 vol. de 846 págs.
- WINCKELMANN: *Kleine Schriften und Briefe*. (Folletos y cartas del célebre helenista). Insel-Verlag zu Leipzig. 1925. 2 vols., resp. de 296 y 336 págs.
- KURT HIELSCHER: *Die ewige Stadt. Erinnerungen an Rom*. (La ciudad eterna. Recuerdos de Roma). Album de 110 magníficas fotografías de Roma. Verlag von Ernst Wesmuth A. G., Berlín.

Arte y Paisaje

- KURT HIELSCHER: *Die ewige Stadt. Erinnerungen an Rom*. (La ciudad eterna. Recuerdos de Roma). Album de 110 fotografías de Roma. Verlag von Ernst Wesmuth A. G., Berlín.
- Amslerdrucke und Albertina Facsimiledrucke*. (Catálogo de la Casa Editorial Amsler y Ruthardt de grabados artísticos). Berlín, 1925. 1 vol. de 188 págs.

Historia, Crónica, Memorias, Viajes, etc.

- JOSÉ LUIS BUSANICHE: *Estanislao López y el Federalismo del Litoral*. Santa Fe. 1926. 1 vol. de 160 págs.
- JOSÉ TORRE REVELLO: *Archivo General Central en Alcalá de Henares. Reseña histórica y clasificación de sus fondos*. Facultad de Filosofía y Letras. Publicaciones del Instituto de Investigaciones Históricas. Número XXX. Buenos Aires. Imprenta de la Universidad. 1926. 1 folleto de 34 págs.
- JOSÉ TORRE REVELLO: *Contribución a la Historia y Bibliografía de la Imprenta en Montevideo*. Facultad de Filosofía y Letras. Publicaciones del Instituto de Investigaciones Históricas. Número XXXI. Buenos Aires. Imprenta de la Universidad. 1926. 1 folleto de 16 págs.
- RODOLFO RODRÍGUEZ DE ARMAS: *Elogio del Coronel Manuel Sanguily y Garrite*, leído en la sesión solemne celebrada en la noche del 28 de abril de 1926 en la Academia de la Historia de La Habana (Cuba). Imprenta "El Siglo XX". Avenida del Brasil, 27. MCMXXVI. 1 vol. de 104 págs.
- ADA MARÍA ELFLEIN: *Por Campos Históricos*. (Impresiones de viaje). Primer volumen de las Obras Completas de Ada María Elflein. Publicación iniciada por la Asociación Nacional "Ada María Elflein". Buenos Aires. Talleres Gráficos Argentinos de L. J. Rosso. 1926. 1 vol. de 256 págs.

- DIONISIO R. NAPAL: *Visiones y Recuerdos del Camino*. A bordo de la Fragata "Presidente Sarmiento". (1925-1926). "Editorial América Unida". Belgrano 475. Buenos Aires, 1926. 1 vol. de 294 págs.
- GEORGES PLEKHANOV: *Introduction à l'histoire sociale de la Russie*. Traduite du russe en français, par MME. BATANET-PLEKHANOV. Collection historique de l'Institut d'études slaves, N.º 3. Editions Bossard. 140, Boulevard Saint Germain, Paris, 1926. Prix: 12 francs.
- DOMINGO DEL MONTE: *Centón epistolario*. Con un prefacio, anotaciones y una tabla alfabética, por DOMINGO FIGUEROLA-CANEDA. Tomo III. 1836-1838. Academia de la Historia. Habana. Imprenta "El Siglo XX". República del Brasil, 27. 1926. 1 vol. de 272 págs.
- DR. RICHARD KRALIK: *Geschichte des Sozialismus der neuesten Zeit*. (Historia del socialismo en los últimos tiempos, de Babeuf hasta el bolcheviquismo). Verlagsbuchhandlung "Styria" in Graz. 1925. 1 vol.: de 448 págs.
- FRIEDERICH GUNDOLF: *César, Geschichte seines Ruhmes*. (César, la historia de su fama). Georg Bondi in Berlin. 1925. 1 vol. de 274 págs.
- R. BLANCO FOMBONA: *Por los caminos del mundo*. Editorial "Mundo Latino". Madrid, 1926. 1 vol. de 312 págs. Precio: Cinco pesetas.

Política, Derecho, Economía, Sociología, etc.

- HENRI BARBUSSE: *Les bourreaux*. (Dans les Balkans. — La Terreur blanche. — Un formidable procès politique). Bois gravé de Renefer. Ernest Flammarion, éditeur. 26, rue Racine, Paris. 1 vol. de 284 págs. Prix: 10 fracs.
- DONATO LATELLA FRÍAS: *Leyes de Indias*. Estudio Crítico sobre el Contenido Político y Económico de la Recopilación de 1680. Córdoba, 1926. 1 vol. de 74 págs.
- JAIME RODRÍGUEZ y ANGEL MUÑOZ: *El Art. 52 y el 13 del Código Penal, comentados por los reincidentes*. 1 folleto de 48 págs.
- ERNESTO QUESADA: *Spengler en el movimiento intelectual contemporáneo. El problema sociológico iberoamericano*. De "Humanidades". tomo XII, págs. 9 a 47. Buenos Aires, 1926. Imprenta y Casa editora "Coni", Perú 684. 1 folleto de 44 págs.
- CHARLES RICHET: *El Hombre Estúpido*. Casa Editorial Araluce. Calle de las Cortes, N.º 392. Barcelona. 1 vol. de 218 págs.
- LUDOVICO CAVANDOLI: *La población y la repartición de la riqueza*. Publicación de la Revista "Prometeo". Ediciones Imboden. Cuaderno N.º 2. Marzo 1926. Paraná (República Argentina). 1 folleto de 24 págs.
- LOS CÓDIGOS SOVIÉTICOS: *Código de la Familia y Código Civil*. Con prefacio e introducción de los eminentes juristas franceses JULIO PATOUILLET y EDUARDO LAMBERT. Traducción del francés y consideraciones preliminares, por LUIS LAUZET. Colección Legislativa de la "Editorial Jurídica". N.º 4. Buenos Aires, 1926. Talleres Gráficos "Editorial Jurídica", San José 944. 1 vol. de 294 págs.
- LUIS LAUZET: *Una creación obrera*. (El Organismo Internacional del Trabajo). Su obra y su porvenir. Colección Legislativa de la "Editorial Jurídica". N.º 5. Buenos Aires, 1926. Talleres Gráficos "Editorial Jurídica", San José 944. 1 vol. de 238 págs.
- SIEGFRIED NESTRIEPKE: *Die deutschen Gewerkschaften bis zum Ausbruch des Weltkrieges*. (Las federaciones obreras alemanas hasta el estallido de la guerra mundial). Ernst Heinrich Moritz (Imh. Franz Mittelbach). Stuttgart, 1925.
- TRISTÁN MAROF: *La Justicia del Inca*. "La Edición Latino Americana". Librería Falk fils. Georges van Campenhout, successeur. 22, rue des Paroissiens. Bruselas. 1926. 1 vol. de 84 págs.

Filosofía

- JOHANNES STROUX: *Nietzsches, Professur in Basel*. (Nietzsche como profesor en la Universidad de Basilea). Frommannsche Buchhandlung. (Walter Biedermann) in Yena. 1925. 1 vol. de 102 págs.
- THEODOR LESSING: *Nietzsche. Wege zum Wissen*. In Verlag Ulstein. Berlin. 1 vol. de 120 págs.
- PROF. DR. JOHANNES REHMEKE: *Ethik als Wissenschaft* (La moral científica). 1 folleto.

Geografía, Etnografía

- PROP. ERLAND, NORDENSKIÖLD: *Indianerleben im Gran Chaco* (La vida de los indios en el gran Chaco). Im Verlag Ulstein. Berlin.
- KARL KLINGHARDT: *Türkün Jordu, der Turken Heimatland* (La patria de los Turcos. 1 tomo). Hamburg. L. Friederischen und C^o 1925. 1 vol. de 178 págs.

Ciencias

- J. REY PASTOR: *Los matemáticos españoles del siglo XVI*. Biblioteca Scientia. N^o 2. 1926. 1 vol. de 164 págs.
- DR. PAUL KAMMERER: *Das Rätsel der Vererbung* (El enigma de la herencia). Wege Zum Wissen Verlag Ullstein. Berlin. 1 vol. de 158 páginas.

Cuestiones religiosas

- JULIO NAVARRO MONZÓ: *La búsqueda presocrática*. Federación Sud Americana de Asociaciones Cristianas de Jóvenes. Montevideo. 1926. 1 vol. de 136 págs.
- JULIO NAVARRO MONZÓ: *Las escuelas de Atenas*. Federación Sud Americana de Asociaciones Cristianas de Jóvenes. Montevideo, 1926. 1 vol. de 136 págs.

Cuestiones educacionales

- PAUL NATORP: *Sozialpädagogik. Theorie der Willenserziehung auf der Grundlage der Gemeinschaft*. (Pedagogía social. Teoría de la educación de la voluntad sobre la base de la vida social). Stuttgart, 1925. Fr. Frommanns Verlag (H. Kurtz). 1 vol. de 400 págs.

Varios

- JOSÉ MARÍA ZALAZAR: *Mamerto Esquiú*. (Elogio cívico). De la "Revista de la Universidad de Buenos Aires", 2.^a serie, sección VI, tomo II, pág. 392 y sig., junio de 1926. Tirada aparte N^o 51. Buenos Aires. Imprenta de la Universidad. 1926. 1 folleto de 10 págs.
- ENRIQUE MOUCHET: *La labor cultural de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación*. Memoria correspondiente al año 1925 y 1.^{er} semestre de 1926 elevada al Presidente de la Universidad Nacional de La Plata. Buenos Aires, 1926. 1 folleto de 18 págs.
- PERFECTO P. BUSTAMANTE: *El fin de la Humanidad*. Ilustraciones de J. Fontanes. 1 vol. de 310 págs.

- RAFAEL MONTEIRO: *Discurso*, leído en su recepción pública, en la Academia de la Historia de La Habana (Cuba), la noche del 22 de mayo de 1926. Contesta en nombre de la Corporación el Dr. Antonio L. Valverde. Imprenta "El Siglo XX". Avenida del Brasil, 27. MCMXXVI. 1 vol. de 76 págs.
- WALTER MUELLER WULCKOW: *Bauten der Arbeit und des Verkerhos aus deutscher gegenwart*. (Edificios contemporáneos alemanes dedicados al trabajo y tráfico). Karl Robert Langewiesche. Verlag. Königstein im Faunus und. Leipzig. 1 álbum de 80 págs., con 70 fotografías.
- CARLOS GARCÍA GASTAÑETA: *Proceso contra José Santos Chocano por el asesinato de Edwin Elmore*. Informe pronunciado en el juicio oral. Sanmarti y Compañía. Lima, 1926. 1 folleto de 54 págs.
- CORRESPONDENCIA OFICIAL, cambiada entre los gobiernos de México y los Estados Unidos, con motivo de las dos leyes reglamentarias de la fracción primera del artículo 27 de la Constitución Mejicana. México. Imprenta de la Secretaría de Relaciones Exteriores. 1926. 1 vol. de 88 págs.
- GILBERTO LOYO: *La poesía y la realidad social*. Discurso pronunciado en el Palacio de Minería, la noche del 24 de Octubre, con motivo de la inauguración del Ateneo Científico Literario. Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública. Tomo VII. N.º 18. México, D. F., 1926. 1 folleto de 8 páginas.
- H. CONCEJO DELIBERANTE: *Informe de la Comisión de Ingenieros designada por el Honorable Concejo Deliberante, para investigar la forma en que fueron ejecutadas las últimas pavimentaciones en la ciudad de Rosario de Santa Fe*. Julio, Noviembre de 1925. Publicación Oficial. Rosario, 1926. 1 folleto de 50 págs.
- ALFONSO REYES (Envoyé Extraordinaire et Ministre Plénipotentiaire du Mexique en France): *Simples remarques sur le Mexique*. Conférence faite le 10 mars 1926, à l'Amphithéâtre de la Faculté de Droit et de Lettres de l'Académie de Lyon, à l'occasion de la participation officielle du Mexique à la Foire Commerciale de Lyon. Paris. Imprimerie 9, Rue Louis-Le-Grand. 1926. 1 folleto de 16 págs.
- SENNEP: *Cartel et Cic*. Caricatures inédites, d'après nature. Edition Bossard. 140, Boulevard Saint Germain. Paris. 1926. 1 vol. de 96 págs. Prix: 15 fr.
- JOAQUÍN FRENGUELLI: *Sobre algunos microorganismos de caparazón siltico*. Publicación de la revista "Prometeo". Cervantes 64. Paraná (República Argentina). 1 folleto de 16 págs.
- METRO-GOLDWYN-MAYER PICTURES. 1540 Broadway. New York, N. Y. (Ocho sobres que contienen, respectivamente, 12 esmeradas reproducciones fotográficas de tipos y escenas de las películas de sus talleres. 26 cent. x 20 1/2).

Por intermedio de la Legación de Alemania hemos recibido de las principales casas editoras de allá, aparte de los libros que en el precedente catálogo se enumeran, numerosos otros, manuales de Tecnología y lingüística (Gramáticas y Diccionarios) de la colección *Deutscher Ausland-verlag* — Walter Bangert, Hamburgo —, anuarios, revistas, y de la *Collección Bangert*, los cinco primeros volúmenes de sus ediciones de textos castellanos: N.º 1, SERAFÍN ESTÉBANES CALDERÓN, *Cristianos y moriscos*; N.º 2, JUAN MONTALVO, *Simón Bolívar*; N.º 3, PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN, *El Carbonero-Alcalde*; 4.º VICENTE A. SALAVERRI, *Cuentos del Río de la Plata*; 5.º FLORENCIO SÁNCHEZ, *M'hijo el doctor*.

NOTAS Y COMENTARIOS

Nuestro décimonoveno aniversario.

NOSOTROS, fundada en agosto de 1907, cumple con este número, el 207 de su colección, su décimonoveno aniversario. Casi veinte años de existencia, que han permitido a la revista seguir y registrar más de una mudanza de las cosas, del gusto y de las opiniones, sin que nunca permaneciese sorda, indiferente o incomprensiva ante la inquietud de la hora pasajera, le dan la conciencia de no haber sido inútil en el pasado y de que podrá no serlo en adelante. No les corresponde a sus directores señalar en qué modo y hasta qué punto la revista ha estado vinculada al movimiento intelectual argentino de los últimos lustros, y cómo y cuánto ha contribuido a él; si pueden afirmar que las páginas de NOSOTROS están abiertas hoy, lo mismo que estuvieron ayer, y lo estarán mañana, a todos aquellos escritores, sin distinción de edades y tendencias, que quieran decir algo bello, algo nuevo, algo ingenioso o algo interesante.

Es ésta, ocasión oportuna para que agradezcamos una vez más, de todo corazón, a los amigos de la revista, su constante apoyo y en primer término a la prensa nacional y extranjera que nos ha acompañado a través de los años con benevolencia y simpatía nunca desmentida.

Joaquín González descansa en Samay Huasi

Los restos de Joaquín V. González han sido devueltos a su tierra natal, Chilecito, como él lo deseó antes de morir. En Samay Huasi, que en quichua quiere decir "Casa del Reposo", la quinta en donde el ilustre escritor y estadista transcurrió

en el apartamento y la meditación sus últimos días, reposan ahora sus restos, en medio del austero silencio de "sus montañas". Ha querido el gobierno nacional que la traslación diese motivo a una ceremonia, aunque sencilla, solemne, y así una comitiva presidida por el Ministro de Instrucción Pública, en la cual iban, junto con las representaciones oficiales, un núcleo de brillantes escritores y periodistas, partió el 14 del corriente para la Rioja, para cumplir los postreros deseos del extinto. Despidióla al partir, con un sentido discurso, Ricardo Rojas, rector de la Universidad, cuya devoción a su amigo y maestro, es conocida; y en la provincia nativa, acogióronla con unánime simpatía y gratitud, el pueblo y las autoridades. La prensa diaria ya ha reseñado las diversas ceremonias celebradas allá, y reproducido las oraciones pronunciadas, entre las cuales es significativa la del ministro Dr. Sagarna, en el Funeral Cívico realizado en la Escuela Normal de la Rioja: quede en esta nota el simple recuerdo del homenaje que era debido al iniciador de nuestro primer Código del Trabajo, al fundador de la Universidad de La Plata, al constitucionalista eminente, al director durante años no infecundos, de nuestra instrucción pública, al periodista brillante y orador grave y convincente, al escritor de *Mis Montañas*, de *La Tradición Nacional*, del *Juicio de un siglo*, a quien NOSOTROS ya rindió el que suele tributar en ocasión de su muerte, a los grandes americanos.

La demostración a los premiados en el Concurso Municipal.

CON asistencia de más de setenta comensales se celebró el 6 de Agosto el banquete que los escritores argentinos tienen por costumbre ofrecer anualmente, en prueba de camaradería y solidaridad, a los autores premiados en el Concurso Literario Municipal, que lo han sido este año Víctor Juan Guillot y Fernández Moreno, Ernesto Morales y Horacio Rega Molina, Julio Aramburu y Francisco Luis Bernárdez. Presidió la demostración el Intendente municipal doctor Horacio Casco. El Ministro de Instrucción Pública excusó su inasistencia con una conceptuosa carta, por deber estar presente en otra demostración a la educadora y conferencista española doña María de Maeztu.

Ofreció la demostración Pablo Rojas Paz, con el discurso que a continuación publicamos y agradeció, en nombre de los premiados, Ernesto Morales. También hablaron el Intendente municipal y el doctor Augusto Bunge y recitaron composiciones suyas Fernández Moreno y Rega Molina.

DISCURSO DE PABLO ROJAS PAZ

Cómo no ha de ser glorioso el acto en que se festeje el triunfo de la palabra cuando sin ella hubiera sido imposible crear el mundo. Será grato a la amistad el alcanzar una rama de laurel a los varones que vuelven de la meta triunfal con el paso aminorado y pensando en nuevos torneos. Todos ellos tienen la tranquila actitud de una equilibrada fortaleza. Y al pensar de Ruskin: "Las grandes obras no son hijas de los grandes esfuerzos sino de los grandes hombres". Advertimos así en sus éxitos actuales una capacidad para triunfos mayores.

El poeta es el hombre que utiliza lo que los demás desprecian. Es así como demuestra su perfecta sabiduría. El dá destino a las nubes errantes que son el tema decorativo de cielos plácidos, él impone un trabajo a las tardes ociosas que se alargan hacia el horizonte, él hace nacer una flor de poesía del inútil recuerdo que se esconde en el alma. La poesía es el recuerdo inmortalizado por la belleza expresiva. Ella es el juego más maravilloso que haya inventado el hombre. La naturaleza es su esclava y le obedece sin protestar. Inventa nuevas leyes, descubre nuevos mundos, detiene el tiempo, acorta las distancias y da vida a los objetos inertes.

La palabra es el señuelo con que atraemos la poesía que está flotando sobre nosotros en espera del espíritu potente y capaz de retenerla momentáneamente de igual manera que el trino de un pájaro concreta por un instante toda la música del mundo. Feliz de aquel que sabe hallar la palabra oportuna y que aviva con un estremecimiento mágico a los humildes vocablos. ¡Cómo no ha de ser glorioso el acto que elogie el triunfo de la palabra! Todo bello poema es un gran descubrimiento. Toda obra de arte es una creatura nueva que se entrega a la contemplación de los hombres. Es por eso que en la obra creadora de un gran poeta podemos descubrir un mundo aparte, con su fauna y su flora. Rubén Darío fué el espléndido propietario de islas de oro y de rincones aristocráticos en ciudades antiguas con estanques meditativos donde los cisnes se deslizaban al igual que dóciles endecasílabos. El había domado centauros fogosos que reflexionaban acerca de la vida y la muerte en los instantes en que el terror pánico atemperaba su poderío en el bosque mitológico. De igual modo poseía jardines plácidos con sendas pobladas de visiones aéreas, en cuyos árboles aves tropicales ajustaban sus trinos afinando el espacio para el amor y la esperanza.

Víctor Hugo, el Carlomagno de la poesía, tenía a Dios como vasallo de su imperio poético, a Withman no le bastaba el amplio espectáculo del mundo y a ratos se eleva sobre las cosas en el tono del profeta. A Verlaine le bastaba con el paisaje que se recortaba en el claro de la ventana de una prisión. Laforgue poseía, elegante y dolorido como era, la angustia desoladora de los paisajes lunares con su silencio estéril.

El arte nos enseña a mirar el mundo. El poeta, al vivir en el elogio constante de las cosas, convierte su canto en el eco de esa armonía total que conduce las estrellas hacia su destino preciso. Nuestra alma es la memoria del tiempo vivido. Y la poesía no es otra cosa que el recuerdo purificado por la belleza expresiva. Vivir la vida en estado de poesía es

advertir en las cosas una constante emoción. No se trata acá de alinear palabras como su término rimado tal como lo enseña la preceptiva. El don poético no se aprende mediante cartillas al igual que las ciencias naturales. Sigfrido, que entendía el canto de los pájaros, a nadie hubiera podido enseñar esta sabiduría maravillosa. Así era de profunda y sagrada. La poesía es como la luz que ilumina pero que no se entrega.

Cuando no se ha nacido con el don del canto, solo nos está dado hablar en el tono de todos los días. Lo dice quien ha efectuado el trabajo forzado de la adjetivación. La misión de la prosa está arraigada a la realidad. El prosista es el minero que se arriesga hasta el metálico corazón de la montaña para extraerle el mineral en que lo precioso vendrá mezclado a lo despreciable. De su trabajo se aprovecharán más tarde, lo que harán de la obra de arte una perenne constatación de la belleza. Si el arte es una nueva naturaleza, la prosa debe ser su geometría. Lo que más atrae en la obra de un escritor es el soplo de ternura con que alienta a sus personajes. Es necesario advertir en el artista su solidaridad con todo lo humano. Aquellas trombas de pasiones que se observan en Shakespeare y Esquilo, tetanizan nuestra sensibilidad, cristalizan nuestro razonamiento. Estamos allí para contemplar y no para analizar. Es peligroso dar clase práctica de meteorología con una tempestad. Tenemos la intuición de las pasiones violentas que enloquecieron a esos personajes. Esto es superior a nuestras fuerzas. Sólo sorprenderemos en medio de la borrascosa desavenencia la formidable serenidad del destino. Algo humano queda aprisionado en toda obra de arte. El personaje ha nacido por obra y gracia de su genio. El artista es su Dios; pues lo ha creado de la nada. Le na el destino que le place, lo sume en el sufrimiento o lo anestesia en la felicidad. Hace su vida trabajosa u holgada, ya lo lleve por sendas desconocidas o por caminos apacibles. Y cuando le parece bello y oportuno, que la oportunidad es un actitud de la belleza, corta el hilo invisible de su existencia intelectual. Y la maravilla del ingenio hace que el espectáculo se repita cuantas veces se desea. Para ello basta con invocar a los personajes mediante el influjo de las palabras precisas que el talento supo ordenar armoniosamente. En el arte el espectador es a la vez actor. Su sensibilidad ante una obra de arte es como una piedra preciosa examinada a la luz del día. Ella acusará su valor por la claridad y el alma por la sensación que experimente.

Para que surjan varios poetas es necesario que le antecedan varias generaciones de versificadores. Para que la poesía surja purísima es necesario que el idioma sufra una disciplina de siglos hasta que la palabra adquiera las más sutiles y variadas transformaciones. Es así que ella es color, sonido, luz, voz, sentimiento, idea. Y cómo no ha de entusiasmarlos nuestro futuro si este es un país que se ha formado cantando. Hemos heredado un idioma protagonista de las más grandes empresas humanas. Este idioma que estuvo en la boca del Cid, y en él saludó el europeo a la América virgen, trágica y misteriosa. Y en el idioma en que Don Quijote razonara su locura, los conquistadores del Nuevo Mundo narraron su heroísmo. Este idioma sonó altanero en las calles de Nápoles. En él expresaron sus sufrimientos las víctimas de la inquisición y lanzaron sus denuos y baldones los héroes semibárbaros de la España de la Reconquista. Es uno de los dos idiomas en cuyos estados jamás se pone el sol. Me place exaltar el idioma ya que de su herencia se trata. Y es interesante observar ante vosotros que los tres poetas premiados, tanto por su influencia como por su origen y cultura, descienden directamente de España. Dos de ellos por lo pronto han residido largo tiempo en la península; no trato de sacar ninguna consecuencia de esta circunstancia. Lo hago tan solo por ser un hecho digno de ser notado.

Este idioma nos prestará las palabras a cuyo contacto mágico descu-

biaremos nuestro espíritu. Y no dudemos que es arma eficaz ya que la usaron varones diestros en el narrar, en el razonar y en el trovar. ¡Cómo no ha de ser eficaz un idioma que sirvió a Santa Teresa para entenderse con Dios? El castellano es luminoso y elástico como el acero. El se templea con el calor de la inspiración; y entonces muéstrase dócil a la voluntad expresiva. Pero sus vocablos, como esos caballeros antiguos, jamás dicen una cosa por otra y nunca tienen doble. Es así que vosotros advertiréis como en ninguna otra circunstancia, el espíritu y nobleza del idioma.

El artista debe comprender que su misión es equiparable a la del sabio por lo profunda y severa. La virtud del arte consiste en ocultar el artificio. Esto no se consigue sino después de rigurosa disciplina. Un ripio me hace la impresión de esas vigas que los albañiles dejan empotradas en el frente de un bello edificio. El que conoce el valor de las palabras las trata como a personas y sabe darle a cada una de ellas el sitio que merece. Es así como un espíritu llega a la claridad, a la sencillez y a la firmeza. Tres cualidades que parecen una en la gracia eficaz de quien las posee.

Una vez contemplando una joya oí una frase que me llenó de asombro: "parece que hubiera estado hecha siempre y que no hubieran hecho otra cosa que encontrarla". La obra de arte debe hacer esta impresión de haber estado hecha siempre y de que el artista no ha hecho otra cosa que hallarla en el seno de su sensibilidad.

Fernández Moreno, Guillot, Rega Molina, Morales, Bernardez y Aramburu: a vosotros iniciados os estoy hablando. A vosotros los que habéis elevado vuestras palabras por encima de la desazón cotidiana y de las multitudes indiferentes. La sensibilidad es una esperanza de belleza que se alegra y conmueve cuando la ve llegar. Vosotros que habéis escuchado en secreta armonía el renovado tema de una antigua emoción, poned vuestro espíritu en actitud de esperar ese remoto llamamiento. Y así como la naturaleza ha querido concretar en el murmullo del caracol la profunda y lejana resonancia del mar, así también vosotros, con la palabra dócil, habéis concretado un esquema de la armonía total.

DISCURSO DE ERNESTO MORALES

Ha querido nuestra mala suerte que el brillante amigo Víctor Juan Guillot, se vea imposibilitado de hablar en este ágape, y que yo, por lo tanto, ocupe su lugar en el instante — demasiado solemne — de responder a las frases de benévolo cariño y noble amistad que en nombre de todos ustedes, nos acaba de hacer oír Rojas Paz: ¡elocuente y cordial mensajero!

Lo que hubiese sido cálida página en el autor de *El Alma en el Pozo*, hombre público, avezado a las lides oratorias, se ha transformado, por arte de mi impericia, en este balbuceo que intenta, en vano, exteriorizar la emoción que para mí significa un hecho tan trascendental en mi vida. Pero no voy a alargar las disculpas por no pecar de mal gusto. No hay peor gusto que la falta de originalidad; y esto de disculparse así en público, a pesar de haber cargado con la responsabilidad de hablar en nombre de mis compañeros premiados, es ya un lugar común.

Quiero deciros, pues, que en nombre de mis compañeros y en el mío, debo haceros presente el regocijo que esta noche ha de poner en el cielo de nuestro recuerdo.

He aquí un grupo selecto de intelectuales que, rodeando a seis hombres jóvenes, plenos los seis de ilusiones, les ratifican con su presencia el honor del premio discernido por un jurado consciente y libre.

Y voy a hablar de estos premios municipales: No sé si son un estímulo; no sé si ellos significan mucho en la vocación de un escritor; pero si no lo fueran, el solo hecho de tomarles como pretexto para reunir en torno de una mesa un conjunto tan seleccionado de hombres y que ellos se reúnan en un ambiente de clara cordialidad y alegría camaraderil como el de hoy, es suficiente motivo para que todos veamos en su institución una obra de bien. Nada más antipático en el ambiente artístico de esta afiebrada Buenos Aires, que la separación en que se mantienen sus escritores y artistas; y loado sea, entonces, el motivo, cualquiera que él fuese, si ha de contribuir a ponerlos en contacto en una noche de lirismo, porque al dispersarse, llevarán a la vida diaria de la urbe un poco de la fraternidad y del entusiasmo con que esta noche enardecieron su sangre.

Amigos: Otra cosa debo decirlos también. Ha querido la buenaventura que de los seis premiados, tres de ellos: Fernández Moreno, Guillot y yo, pertenezcamos a la generación que se hizo en torno a nuestra querida y benemérita revista *Nosotros*; y los otros tres: Rega Molina, Bernárdez y Aramburu, fuesen de los recién llegados, de los que en *Inicial*, *Proa*, *Martín Fierro* y otras revistas juveniles, están aventando su inquietud y caldeando el ambiente de la metrópoli. Y yo he querido ver en estos seis representantes de las dos generaciones jóvenes, a los que hoy une el hecho fugaz de un premio, un símbolo de fraternidad. Y me regocija ver junto a nuestra serenidad un tanto irónica, las caras arrogantes de estos nuevos paladines armados con el arma invencible de una pluma arrancada al ala poderosa de la belleza.

Amigos: compañeros todos en la áspere brega de ir tirando sobre el asfalto de este duro Buenos Aires, los papeles de colores de nuestros ensueños, quiero agradecerlos vuestra generosa presencia en esta noche inolvidable para nosotros.

Y en el nombre de Fernández Moreno, señor de la emoción ciudadana y campesina, cantor de la lucha callejera y de la hogareña paz; en el nombre de Víctor Juan Guillot, sutil buzo de sicologías; en el nombre de Horacio Rega Molina, que ha puesto el latido de un noble sentir al diapason de su voz rítmica; en el nombre de Francisco Luis Bernárdez, consagrado a la tarea de labrar una nueva faceta en el diamante de la eterna poesía; en el nombre de Julio Aramburu, traductor del alma noruega que tiene para nosotros la sugestión de lo milenario; y en el nombre mío, trabajador tenaz; amigos, compañeros, ¡muchas gracias!

Sección de obras argentinas en la Biblioteca Nacional del Paraguay

EL 28 de julio último tuvo lugar en Asunción la inauguración oficial de la colección de obras de autores argentinos, donada a la vecina República por la "Comisión Nacional Protectora de Bibliotecas Populares", cuyo delegado, el doctor Eduardo Tibiletti, en nombre del Ministro de Instrucción Pública, doctor Antonio Sagarna, hizo entrega de los 500 volúmenes remitidos, exponiendo, en su discurso, la significación ideológica del intercambio de bibliotecas.

La ceremonia, a la cual asistieron el ministro de Instruc-

ción Pública, Dr. Adolfo Aponte, el de Hacienda, Dr. Manuel Benítez, el cuerpo diplomático y personalidades de las letras y de la política, revistió los caracteres gratos de una fiesta de cultura y cordialidad internacional.

El acto fué abierto por las palabras del Ministro Argentino, señor Leopoldo Díaz, quien tuvo frases elocuentes para aludir a la simiente que los vínculos espirituales hacen fructificar en el destino de las naciones.

También hablaron en términos elevados y cordiales, el delegado del gobierno argentino, Dr. Tibiletti y el Director del Archivo y Biblioteca Nacional del Paraguay, Dr. Viriato Díaz Pérez.

El Monumento a Rubén Darío.

Nos escribe Arturo Torres Ríosco:

No importa que Rubén Darío no tenga estatua todavía. Las estatuas son cosas eminentemente didácticas y Darío no fué nunca maestro de escuela. Además nuestras ciudades están llenas de monumentos de generales bigotudos y de políticos gordos. El cisne tendría "sed de amor y sed de cielo" entre tanta actitud seria. Sin embargo tenemos contraída una gran deuda con el máximo poeta. Debemos salvar su nombre puro y alado; debemos agradecerle todo el oro que echó a manos llenas sobre nuestro continente.

En nuestro idioma nadie puede escribir un análisis definitivo del poeta. Y no creo que sea necesario. Ya Rodó nos explicó su estética y el mismo Darío se adelantó a los eruditos a la violeta dándonos en *Historia de mis Libros*, fuentes de inspiración, influencias y métodos estéticos. De vez en cuando Pedro Henríquez Ureña ha dicho cosas acertadas acerca del gran poeta.

Lo que si hace falta es la bibliografía del nicaragüense. Su autobiografía es detestable y aporta muy poco al estudio de su vida. Yo tuve la intención de ensayar la gran empresa pero hube de declararme vencido ante la realidad. Escribí muchas cartas a sus amigos y secretarios. Algunos no me contestaron; otros me hablaban más de sí mismos que de Darío. El Sr. Blanco Fombona escribió tres artículos en *El Sol* de Madrid acerca del poeta y tuvo la gentileza de dedicármelos; pero cuando supo que yo había impugnado varias veces su arbitraria actitud antinorteamericana me escribió una carta airada diciéndome que si hubiera sabido antes que yo estaba contra sus ideas no habría escrito nada. Y hasta hubo escritor (y éste es uno de nuestros profesores de americanismo) que me contestó que la labor no valía la pena.

Armando Donoso acaba de darnos un Rubén Darío joven. Ghiraldo ha escrito bastante acerca de la vida del poeta; cien artículos aparecen cada año en nuestra América sobre Darío. No es esto lo que quere-

mos sino un estudio meditado, científico, abundante de documentación, imparcial, en que esté toda la vida de Rubén, con sus grandezas y sus pequeñeces.

Allá en Argentina donde Dario tuvo tantos amigos ¿no hay ni uno que quiera hacerle justicia e immortalizarse de paso? Soto Hall se acerca en su último libro, *Revelaciones intimas de Rubén Dario*, a mi ideal. Si Ricardo Rojas quisiera considerar este tema como digno de su seminario en la Universidad de Buenos Aires, haría una labor de trascendencia continental.

Los yanquis se nos adelantan. Acaba de aparecer un libro de Erwin Mapes titulado *L'influence française dans l'œuvre de Rubén Dario*. Libro mediocre, sin duda, pero que revela un esfuerzo. Coester, Goldberg, Morley y Hills le han dedicado sendos estudios. Seamos nosotros los liógrafos por lo menos.

Aquí lanzo esta idea. Que la aprovechen los buenos americanistas. Esto vale mucho más para nuestro nacionalismo que los congresos continentales que hacemos — imaginariamente — día por día. Y que esta biografía no sea nuestro clásico panegírico sino el estudio desapasionado y definitivo.

ARTURO TORRES RÍOSEO.

University of Texas (U. S. A.).

Un homenaje a Ingenieros.

LA *Revista de Criminología, Psiquiatría y Medicina Legal*, que dirige el doctor Helvio Hernández, con motivo de cumplirse el próximo 31 de octubre el primer aniversario de la muerte de José Ingenieros, prepara un número extraordinario destinado a estudiar su obra científica y trascendencia de la misma en las disciplinas mencionadas. Entiende dicha publicación que debe este homenaje al ilustre maestro, pues, como muy bien lo dice en la circular que ha remitido a sus colaboradores, “para la *Revista de Criminología, Psiquiatría y Medicina Legal* y para el *Instituto de Criminología*, que viven en el hogar por él creado, su nombre adquiere un entrañable significado; si algún valor tienen, suyo es el mérito”. Y refiriéndose a su labor, agrega:

La obra científica de José Ingenieros llena una época de la ciencia americana. En criminología, psiquiatría, psicopatología, psicología, medicina legal y ciencias afines, el nombre del maestro adquiere, en nuestro medio, un significado extraordinario. Inició, fecundó y dió contextura orgánica y giro original a las nuevas direcciones en boga. Pero no sólo por su obra, sino como incitador debe recordársele; en torno a Ingenieros se produjo un movimiento tan intenso en las ramas mencionadas del saber, que se tendrá siempre como cimental. Ya desde los *Archivos* — que fundó y dirigió durante un decenio — del Instituto de Criminología

que creó, de la Sala de Observación de Alienados, desde sus Cátedras, trabajó con espontáneo, libre y magnífico esfuerzo para que Latino-América dejara de ser tierra estéril para la ciencia y adquiriera personalidad y rango.

El Suplemento Literario de "La Prensa".

DEBEMOS señalar con justicia y complacencia el progreso que significa la nueva presentación del suplemento dominical de *La Prensa*. Dificilmente podría un diario ofrecer una presentación más artística de su material de lectura. La variedad de éste, así como la autoridad de sus colaboradores nacionales y extranjeros nos eran ya conocidos; el esmero y arte de su distribución actual y la belleza y nitidez de sus ilustraciones y fotografías, impresas según el procedimiento del rotograbado, marcan un adelanto señaladísimo sobre el suplemento de antes, con representar éste ya un significativo esfuerzo editorial.

Ediciones de "Nosotros".

ALFONSINA Storni, nuestra admirada poetisa, ha publicado un breve libro de *Poemas de amor*, en prosa, que NOSOTROS ha editado.

La autora lo define en el prólogo del siguiente modo:

"Estos poemas son simples frases de estados de amor escritos en pocos días hace ya algún tiempo.

"No es pues tan pequeño volumen obra literaria ni lo pretende.

"Apenas si se atreve a ser una de las tantas lágrimas caídas de los ojos humanos".

El gracioso libro, de pequeño formato, está en venta en todas las librerías y en la Administración de NOSOTROS, a un peso el ejemplar.

Necrología.

CON sincero pesar debemos registrar en nuestras páginas la muerte de un hombre joven, cuyo espíritu y cuya actividad eran la promesa de un positivo valor. Gabriel Moreau, egresa-

do del Instituto Nacional del Profesorado y Profesor de Sociología en el mismo, que, como director de *Renovación*, colaboró con José Ingenieros en la empresa idealista de dar a la América Latina la conciencia de su unidad espiritual y de su destino, ha seguido a su maestro y amigo, antes de que se cumpliera un año desde el fallecimiento de aquél.

—Profundamente sentida en nuestros círculos periodísticos e intelectuales ha sido también la muerte del viejo periodista Pedro Angelici, de la redacción de *La Nación*, cuya existencia de infatigable trabajador de la pluma y de espíritu culto y sutil queda vinculada a la historia del movimiento intelectual argentino de más de treinta años atrás hasta la fecha.

Julio Sigüenza.

DESPUÉS de una gira de años por Canadá, Estados Unidos, México, Cuba, Centro América y Brasil, hállase en Buenos Aires el poeta español Julio Sigüenza.

Crítico sereno, en los estudios de poetas de su tierra gallega; ensayista profundo, en sus anotaciones de la vida mexicana; poeta puro en *Los Agros Celtas*, las cinco obras que tiene publicadas le han valido un puesto destacado en las letras españolas.

Desde Valle Inclán a Benavente, que le prologó su primer libro, desde Mañach a Vincenzi, innumerables son las personalidades de España y América que han destacado su obra ya madura, a pesar de la juventud de su autor.

En breve, recorrerá los países del Pacífico, continuando la importante serie de "Retratos de escritores americanos" semejantes a los que lleva publicados en *Social* y *Figaro* de la Habana. Fué redactor de *Alfar* y de los principales diarios de España.

Adolphe Falgairolle.

ESTE conocido crítico francés viene ocupándose en *Les nouvelles littéraires* y *Vient de paraître* de libros hispano-americanos.

Nos pide hagamos saber a los autores de nuestra lengua,

que tendrá mucho gusto en ocuparse de todos aquellos libros que le sean remitidos a 21, Rue de Hautefeuille cargo *Vient de Paraître* o al 146 Rue Montmartre, cargo *Les Nouvelles Littéraires*.

NOSOTROS.

N O S O T R O S

Año XX — Tomo LIII

ÍNDICE

A

Aita Antonio	Una alusión a Jorge Bermúdez	26
Arconada M.	Dos tradiciones musicales	234

B

Bagaría	Torrendell (caricatura)	171
Barreda Ernesto Mario	A propósito de Antologías ...	375
Barrenechea Mariano A.	Los intelectuales y la realidad social (I)	433
Bellini María E.	Poesías	489
Bermann Gregorio	Psicología de la apetencia tóxica	338
Bermúdez Jorge	En Castilla la Vieja. Gallero viejo. El adolescente. Retrato (Reproducciones fuera de texto)	
Bianchi Alfredo A.	Volando sobre el corazón de Italia. (Trad. de F. T. Marinetti)	154
Bilis Aarón	Marinetti (Retrato)	159
"	Fernández Moreno (Retrato) ..	292
Binignat Fernando	Poesías	203
Blanco Marcos M.	Lo indígena en nuestro arte: Una exposición en La Plata	101
"	Educación: La obra de un consejo escolar	522
Borges Jorge Luis	Poesías	52

C

Carpena Elías	Poesías	368
Castelblanco P. Agustín	Poesías	205
Chiappori Atilio	Jorge Bermúdez	7
Coronado Nicolás	Rubén Dario	313

Cosco Montaldo J. Oscar	El Uruguay, desfigurado al través de Vasconcelos	497
Cossio Carlos	Análisis de la No-Vulgaridad	54
Crespo García Manuel	Poesías	254

D

Díaz Leguizamón Héctor	Apostillas: Ibsen en el XX° aniversario de su muerte	98
"Dirección (La)"	La imagen de Rachel	471
	Jorge Bermúdez (con retrato)	5

E

Eggers Lecour C. E.	Crónica musical: Ansermet y la Orquestal. Manuel Quiroga. Arturo Rubinstein. Benno Moisewitsch. Asociación Wagneriana. Sociedad del Cuarteto. Sociedad Amigos del Arte	392
Erquiaga Orlando	Tríptico de los niños (versos)	81

F

Fernández Moreno	Versos a Amorim	311
Ferraría Mayorino	Tres dúos líricos (poesías)	335

G

García Salaberry Adela	Ser y no ser (poesía)	530
Giusti Roberto F.	Letras Argentinas: Manuelita Rosas	103
González Juan B.	Espigando al azar	73
Herreros Pedro	Jacarandás floridos (poesía)	312

L

Lamarque Nydia	Poesías	459
Ledesma Roberto	Poemas de Rimbaud (traducción)	232

M

Marinetti F. T.	Volando sobre el corazón de Italia. (Fragmentos. Trad al castellano por Alfredo A. Bianchi)	154
Méndez Calzada Enrique	La obra poética de Fernández Moreno	289
Morales Ernesto	A propósito de la Antología de Noé	531
Muzio Sáenz Peña C.	Jorge Bermúdez y el verdadero arte argentino	20

O

Obligado Carlos	La cueva del fósil	32
"	El "Fausto" de Augusto Bunge	320

P

Pereda Valdés Ildefonso	La música nativa en el Uruguay	517
Pérez Petit Víctor	Juan Torrendell	163
Petetin María Luisa	Calle en la niebla (poesia)	528
Pinto Octavio	Jorge Bermúdez	15

R

Reissig Luis	La crónica del delito	91
"	La tierra: El latifundio	360
Reta Carlos	El fascismo considerado por un solitario	207
Rohde Jorge Max	Nicolás Avellaneda, crítico	462
Romero Francisco	Filosofía: La Teoría de la Forma	256

S

Sanín Cano B.	El poeta Guillermo Valencia	145
Storni Alfonsina	Versos a la mujer intocada	30
Suáiter Martínez R.	Cuadros de aldea	239
Suárez Calimano E.	Letras hispano-americanas:	
<i>A través de libros y de autores, de Luisa Luisi. Poemas nativos, de Fernán Silva Valdés. Bichitos de luz, de Emilio Frugoni</i>		115
<i>La Otra América, y Dostoyevsky, Renán, Pérez Galdós, por Armando Donoso</i>		536

T

Talamón Gastón O.	Acerca de la canción argentina	381
-------------------	--------------------------------	-----

V

Vaccaro Eduardo R.	El odio en la literatura moderna	479
Vega Carlos	Acerca de la canción argentina	84

X

X. X.	Barbarización literaria: "La Muestra de la Mala Pata"	261
-------	---	-----

CRONICA DEL MES

Bibliografía:

Alvaro Yunque: "Zancadillas" (Juan B. González). — Gustavo R. Lenns: "Sintéticas" (Juan B. González). — Alfredo L. Palacios: "La Universidad Nueva" (Gregorio Bermann). — Emilio Ravignani: "Historia Constitucional de la República Argentina" (Adolfo Korn Villafañe). — Juan Comorera: "El Abuelo" (F. E. G.). — Libros y folletos recibidos en mayo	123
Enrique Pérez Colman: "El Tinglado de la Farsa" (Juan B. González). — Nydia Lamarque: "Telarañas" (M. López Palmero). — López de Molina: "El amor fiel" (M. López Palmero). — Mario Fernández de Soto: "Ideología política" (C. Villalobos Domínguez). — Vicente Rossi: "Cosas de negros" (Isaac Carvajal). — Max Leopold Wagner: "La literatura hispano-americana en sus corrientes principales" (I. S.). — "Liber amicorum Romain Rolland" (I. S.). — Carlos F. Melo: "Hermes" (Adolfo Korn Villafañe). — Folco Testena: "La Riviera Ligure e le sue bellezze" (Nos.). — José A. Natale: "La base fonética" (M. M. B.). Libros y folletos recibidos en junio	268

- Roberto J. Payró: "Teatro" (M. López Palmero). — Mayorino Ferraria: "Momento musical" (M. López Palmero). — Raúl González Tuñón: "El violín del diablo" (M. López Palmero). — Jacinto A. Figuerero: "La ruta de los conquistadores" (M. López Palmero). — Ilka Kruppín: "La taza de chocolate" (M. López Palmero). — Pablo Rojas Paz: "La Metáfora y el Mundo" (Antonio Aita). — Manuel Núñez Regueiro: "Fundamentos de la Anterosofía" (Francisco Romero). — Juan Carlos Rébora: "La Familia" (Adolfo Korn Villafañe). — Eleuterio F. Tiscornia: "El discurso sobre la Poesía Castellana, de Gonzalo Argote de Molina" (R. F. G.). — Juan Carlos Mariategui: "La Escena Contemporánea" (C. V. D.). — Libros y folletos recibidos en julio 399
- J. Salas Subirat: "Pasos en la sombra" (Juan B. González). — Ezio Levi: "L'Unità del Mondo Latino" (Folco Testena). — Giovanni Papini: "Pane e vino" (Folco Testena). — Paolo Albatrelli: "I conquistatori" (Folco Testena). — Pedro Kropotkin: "Los Ideales y la Realidad en la Literatura Rusa" (Alejandro Castiñeiras). — Dmitri Merejkovsky: "Le Roman de Leonard de Vinci" (Nos.). — Laciós: "Les liaisons dangereuses". — L'Abbé Prévost: "Histoire du chevalier des Grieux et de Manon Lescaut" (Nos.). — Valincour: "Lettres a Madame la Marquise". — La Rochefoucauld: "Mémoires" (Nos.). — Rodolfo Otto: "Lo Santo" (Francisco Romero). — Juan B. Selva: "Crecimiento del habla castellana" (Raúl Moglia). — Raúl Sosa: "Hypsias" (Fermin Estrella Gutiérrez). Libros y folletos recibidos en agosto 543

Las letras argentinas juzgadas en el extranjero:

- Julio Noé: "Antología de la Poesía Argentina Moderna" (M. Arconada, *Alfar*, La Coruña). — Arturo Lagorio: "Las Tres Respuestas" (A. Zum Felde, *El Día*, Montevideo). — Momento 415

Miscelánea

- "Clavo" y "Cantramilla" (Vicente Rossi) 136
- Unos cuentos chilenos y un relato africano (M. Lizondo Borda). — La poesía tradicional en la Argentina (Raúl Moglia). — Una palabra estrañalaria (R.) 419

Notas y Comentarios:

- Concurso Literario Municipal. La demostración a Eduardo Schiaffino. Plaza Rubén Darío. La tiranía y el valor de las monedas (C. V. D.). — Enrique Molina. Taborda. Correo (R. F. G.) 138
- Marinetti. Sanín Cano. Aarón Bilis. Peter Goldsmith. El Instituto Popular de Conferencias. Alfredo Coester. Luis Bagaria. NOSOTROS en Alemania. Nuestro nuevo domicilio. Carlos S. Lottermöser 282
- Inauguración de la plaza Rubén Darío. Exposiciones de pintura en La Plata (M. M. Blanco). Los cafés literarios. Sylvio Julio. Demostración a Manuel Gleizer. Por la organización del saber: La ficha bibliográfica editorial. A los autores de libros 423
- Nuestro décimonoveno aniversario. Homenaje a Joaquín V. González. La demostración a los premiados en el Concurso Municipal. Sección de obras argentinas en la Biblioteca Nacional del Paraguay. El monumento a Rubén Darío. Un homenaje a Ingenieros. Ediciones de NOSOTROS. El Suplemento Literario de "La Prensa". Necrología. Julio Sigüenza. Adolphe Falgairolle 566